



Sophie Saint Rose

Serie Texas

Tu

vida

acaba

de empezar

Tu vida acaba de empezar

Sophie Saint Rose

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Epílogo](#)

Capítulo 1

Constance bajó del autobús y algo nerviosa miró a su alrededor con sus bonitos ojos color miel. Se mordió el labio inferior sin saber muy bien a donde ir y al ver que los pasajeros cogían sus equipajes fue hasta allí. Un chico de su edad con unos cascos puestos se agachó para agarrar una mochila y ella estiró el brazo para coger la vieja maleta de mimbre, pero el conductor hablando con uno de los pasajeros no la vio y cerró la puerta dándole con fuerza en la cabeza.

—¡Hostia! —exclamó el chico quitándose los cascos—. ¿Estás bien? —Fulminó al conductor con la mirada. —¡Serás imbécil, está sangrando!

Atontada se sentó en el portaequipajes llevándose la mano a la cabeza y el hombre se acercó a toda prisa. —Lo siento, señorita. No la había visto.

Forzó una sonrisa. —No pasa nada.

El chico apartó su mano con delicadeza para mirar la herida. —Tienen que ponerte puntos.

—¿Qué pasa aquí, Tommy? —preguntó una mujer.

—Sheriff, este que estaba dando a la lengua y ha cerrado la puerta sobre su cabeza. —Se apartó y Constance pudo ver a una mujer de unos cuarenta años vestida con un uniforme caqui y una estrella en el pecho. La plaquita decía sheriff Martin.

—Lo siento mucho —dijo el conductor—. Tenemos un seguro...

—¿Quiere poner una denuncia? —preguntó la mujer muy seria.

—Oh, no... —dijo tímidamente agachando la mirada—. No fue con intención.

—Gracias —dijo el hombre aliviado.

—Un despiste puede tenerlo cualquiera.

La sheriff se acercó agachándose a su lado para no golpearle con la puerta y la cogió por la barbilla para que bajara su rostro. Hizo una mueca al ver como su cabello rubio platino se manchaba de sangre. Soltó su rostro dando un paso atrás y enderezándose. —Está sangrando mucho, pero no se preocupe las heridas en la cabeza son muy escandalosas. Tommy vete a la cafetería a que te den unos paños. La llevaré al médico.

El chico salió corriendo y Constance sonrió.

—Gracias por su ayuda.

—Para eso estamos —dijo la mujer amablemente—. Intenta no tocarte, te vas a poner perdida.

Se miró los dedos que estaban llenos de sangre. Lo que le faltaba para rematar una semana histórica en su vida. Si dijera tacos, diría mierda. Si los dijera, claro, que ella no decía esas cosas.

Tommy llegó corriendo con unos paños en la mano. —Aquí tiene.

—Gracias —La sheriff le guiñó un ojo antes de cogerlo y ponérselo sobre la cabeza apretando bien. —¿Puedes cogerlo? ¿Te mareas?

—No, estoy bien. —Se levantó con cuidado de no dar con la puerta que estaba sobre sus cabezas y la sheriff la ayudó a dar un par de pasos para enderezarse. Respiró del alivio porque no se mareaba.

—Su maleta —dijo el chófer.

—Oh... —Se volvió y antes de que pudiera cogerla ya lo había hecho la sheriff. —Gracias.

—Lo siento —volvió a decir el conductor obviamente agobiado por la situación.

—No se disculpe más. Sé que lo siente, se nota que es un buen hombre.

El chófer sonrió y la sheriff Martin la cogió por el brazo libre para acercarla al coche controlando de reojo que no se le desmayara o algo. Tommy las acompañaba y preguntó — ¿Vienes de visita? ¿Quieres que avise a alguien?

—No, gracias. Es una sorpresa y...

—¿Una sorpresa? —preguntó la sheriff.

—Un primo mío vive aquí. Quería sorprenderle —dijo algo avergonzada.

—¿Y quién es?

—Tommy, ¿no ves que no te lo ha dicho? No seas cotilla. —La miró a los ojos. —¿Quién es?

—¿Conoce a Jericó Troyer?

Los dos se miraron confundidos. —Conocemos a un Troyer, pero se llama Eric.

—¿Eric? —Negó con la cabeza. —No, mi primo se llama Jericó.

—Es Eric —dijo la sheriff forzando una sonrisa—. Se ha acertado el nombre, eso pasa mucho. ¿Así que Eric es primo tuyo? —preguntó la sheriff.

—Sí, primo tercero por parte de madre. Hemos vivido en el mismo pueblo y siempre tuvimos muy buena relación. Me dijo que si algún día necesitaba algo que podía contar con él.

—Con Eric siempre se puede contar —dijo la mujer.

Sonrió aliviada porque era lo que necesitaba oír y cuando le abrió la puerta entró a toda prisa para no hacerla esperar. Una gotita de sangre cayó sobre sus nuevos pantalones vaqueros y gimió apartando el paño para ver que tenía mucha sangre lo que le hizo perder todo el color de la cara.

—No, no te lo quites —dijo Tommy agachándose a su lado.

—Gracias por tu ayuda.

—De nada. Espero que nos veamos por el pueblo.

—Sí, claro.

Él sonrió enderezándose y cerrando su puerta mientras la sheriff se sentaba tras el volante. — Enseguida llegamos, el médico está aquí cerca.

Encendió el motor y salió de la estación de autobuses entrando en la calle principal. Antes de parpadear ya estaba deteniendo el coche apenas a treinta metros. Asombrada miró a la mujer que se bajó del vehículo. Si hubieran llegado antes andando. Se bajó forzando una sonrisa. —No tenía que haberse molestado.

—No es molestia. Ven, Jack te atenderá de inmediato. —La llevó hasta una puerta y la empujó gritando —¡Tío, tienes una urgencia!

Un hombre de unos sesenta años con una bata blanca salió al pasillo. —¿Qué ha pasado? ¿Herida de bala?

—No es tan dramático —dijo divertida.

—Vaya... —Se acercó y le hizo un gesto para que se agachara. Lo hizo y él bufó. —Cuatro puntos de nada. —Suspiró como si fuera una pena. —Bien, vamos allá.

—¿Y Louise?

—De vacaciones en California.

—¿No me digas? —dijo su sobrina siguiéndoles—. ¿Se ha ido hoy?

—Esta mañana, iban a Houston para coger el avión. Se va con todas sus amigas. Dice que es la última vez que todas estarán solteras, así que... Eliza, haz que se siente en la camilla,

¿quieres? —Se puso los guantes de látex. —¿Cómo ha sido?

—La han golpeado con una puerta. El del autobús.

Él hizo una mueca acercándose con el carrito. —¿Ha perdido el sentido?

—No —respondió ella tímidamente.

—Ah, que habla.

—Muy gracioso, doctor. —Al ver que cogía una jeringuilla se alejó ligeramente. —¿Qué es eso?

—Anestesia.

Se mordió el labio inferior mirando la jeringuilla.

—Niña, ¿te dan miedo las agujas?

—No, no es eso.

—Tengo que cerrarte la herida y te dolerá si te pongo los puntos a pelo.

—¿Los puntos son necesarios?

—Claro que sí. ¿Qué pregunta es esa? ¿No ves cómo sangras?

—Está bien —susurró.

Tío y sobrina se miraron por encima de su cabeza. —Es prima de Eric.

—Ah... Entiendo. —El doctor sonrió pinchándola alrededor de la herida provocando que diera un respingo. —¿Te he hecho daño?

—No es nada.

—A tu primo tampoco le gusta que le curen, ¿sabes? Pero cuando no hay más remedio no hay más remedio si queremos que deje de sangrar cuanto antes. —Empezó a coserla con eficiencia y Constance no se enteró de nada. —He tenido que raparte un poco, así que tendrás que peinarte de lado una temporada.

—Da igual.

La sheriff entrecerró los ojos y apartó un mechón de su largo cabello para mostrar su cuello. —¿Qué es eso?

El doctor la miró y Constance intentó cubrir la cicatriz. —Sufrí un accidente hace unos años.

—Niña... —El médico le apartó el cabello. —Está justo en la yugular, estás viva de milagro.

Sonrió con ironía. —Sí, eso dice todo el mundo. ¿Cuánto le debo?

—Regalo de la casa.

—Oh, no... Tiene que cobrar por su trabajo. No es justo que...

—Bienvenida a Pearllhall. —Le guiñó un ojo y sorprendida vio que se ponían a hablar entre ellos de cómo se iba a arreglar solo esos días.

—Pues no lo sé —dijo el médico—. Hoy no hay nadie porque es festivo, pero ya verás mañana.

—¿Es festivo? —preguntó ella bajándose de la camilla—. Pero si es lunes.

—Niña, es cuatro de julio.

No se acordaba de que era fiesta. Ahora entendía por qué en el autobús había tanta gente, iban a ver a sus familiares. Igual no era el mejor momento para importunar a su primo. Igual tenía planes.

—Hoy es un día grande y en nuestra pequeña ciudad lo celebramos como se merece.

La sheriff sonrió. —Hay una gran feria al otro lado del pueblo y por la noche tenemos la mejor orquesta de todo Texas.

Sus preciosos ojos brillaron. —¿Una orquesta?

—Esta noche me debes un baile —dijo el doctor haciéndola sonreír—. ¿Piensas quedarte

mucho tiempo?

Eso le hizo perder algo la sonrisa. —Si mi primo quiere, una temporada.

El hombre entrecerró los ojos. —¿Y piensas trabajar con Eric?

Se sonrojó. —¿Con él? Pues no lo sé.

—Diez dólares la hora por coger el teléfono, llevar la agenda y hacer pasar a esas viejas cacatúas.

Separó los labios de la impresión. —¿Me ofrece trabajo?

—No eres enfermera, pero al menos ese maldito chisme que no hace más que sonar no me volverá loco.

—¡Sí! —dijo emocionada—. Claro que acepto el trabajo.

El doctor sonrió alargando la mano. —Por cierto, me llamo Jack, Jack Harris.

—Mucho gusto —dijo estrechándosela—. Constance, Constance Fisher.

—A las cacatúas les encantarás.

Soltó una risita. —¿De veras?

—Se nota que estás muy bien educada.

Sí, la buena educación había sido una tónica en su vida. Hizo una mueca y la sheriff dijo —Si quieres te acerco hasta el rancho de tu primo.

La miró asombrada. —¿Rancho? Creía que...

—Uno de los mejores ranchos de la zona, niña. Cómo trabaja ese hombre, de sol a sol —dijo el doctor cerrando uno de los armarios.

—Pensaba que trabajaba para alguien o...

—Empezó así hace ya unos diez años, pero terminó comprando el rancho al señor Morton. Cuando el chico llegó al pueblo Phill ya tenía cincuenta y siete años y problemas cardiovasculares, así que le contrató en cuanto le echó un ojo. Eric fue de gran ayuda, el rancho necesitaba mucho trabajo y se dejó la piel para mejorarlo. Como es serio y responsable enseguida se ganó la confianza del viejo. No nos extrañó que cuando decidió jubilarse le vendiera el rancho, el chico se lo ganó a pulso.

Sonrió orgullosa de él sin poder evitarlo. —¿Qué fue del señor Morton?

Ambos sonrieron. —Sigue viviendo en el rancho. Y lo hará hasta que se muera porque nació allí y le enterrarán allí.

—¿Vamos? —preguntó la sheriff.

—Oh, sí. Siento entretenerla —dijo saliendo de la consulta.

—No pasa nada. Además, ya he acabado mi turno y no tengo prisa.

—¿Mañana a qué hora estoy aquí?

—Abrimos a las diez. —Cogió algo de detrás del mostrador y le tendió unas llaves. —Mejor dicho, abres tú que tengo que ir a hacer un par de visitas antes. Aquí tienes la agenda —dijo levantando un libro—. Y en ella están apuntadas las citas del día. Que se vayan sentando y que esperen a que llegue.

—Muy bien.

—El trabajo es sencillo, no tendrás problema.

—Gracias —dijo emocionada.

La sheriff abrió la puerta y salió a toda prisa pues no quería retrasarla más. —Mañana te revisaré la herida. Oh, espera... —Volvió dentro de la consulta y dos segundos después volvió con dos botes en la mano. — Para que no se te infecte —dijo mostrándole el envase naranja—. Las otras para el dolor. Una de cada color cada ocho horas. Y no me des las gracias.

Sonrió cogiéndolas y fue hasta el coche mientras él la observaba. —¿Recuerdas que me debes un baile?

—Claro que sí, jefe.

Él se despidió con la mano y Constance le correspondió hasta que le perdió de vista. Se sintió genial. Tenía trabajo. Al menos no se presentaría en casa de su primo con las manos vacías. Miró a su alrededor. La verdad es que el pueblo era precioso con sus casitas bien cuidadas pintadas de blanco y las flores en los balcones. Elevó la vista para ver la bandera de Texas más grande que había visto nunca. —¿Has estado antes en el estado?

—No.

—¿De dónde eres?

—De Ohio. Condado de Holmes.

—¿Es bonito?

—Sí, muy bonito.

La miró de reojo. —Te aconsejo que no digas por aquí que tu primo se llama Jericó. —Hizo una mueca. —Ya se lo has dicho a Tommy, pero no es mal chico, hablaré con él y cerrará la boca.

La miró sin comprender.

—Eres amish, ¿no?

—¿Cómo se...?

—¿Me he dado cuenta? Chica, debes tener veinte años y cuando Tommy te sonrió te has sonrojado hasta la raíz del pelo. No has sacado el móvil ni una sola vez cuando la gente de tu edad parece que lo tiene pegado a la mano y no querías que mi tío te atendiera. Solo cuando te dijo que era necesario dejaste que te inyectara. Y si eso no fuera poco procedes de uno de los condados con más población amish del país. Además, sé desde hace mucho que tu primo lo era. El sheriff anterior no lo investigó, le tomó por un vaquero más, pero yo por aquel entonces era su ayudante y eché un vistazo a su pasado. Sorpresa, no tenía ni licencia de conducir, número de la seguridad social... Nada de nada. Así que le hice una visita y me lo explicó todo.

—No somos criminales —dijo indignada—. No tengo de qué avergonzarme.

—No he dicho eso. —Sonrió. —Pero muchos de por aquí cuchichearán sobre ti si lo dices, algunos se burlarán y es evidente que te sentirás incómoda. Tu primo ha hecho todo lo posible para que su pasado no se supiera precisamente por eso. —La miró de reojo. —Muchos aprovecharían las circunstancias de su nacimiento para ponerle verde. Porque algunos le temen, ¿sabes? Tan callado, tan serio, a él nadie le toma el pelo. Te mira de una manera que parece que te está leyendo el alma y sé que vosotros sois antiviolencia, ¿pero él? No, él no. —Se echó a reír. —A más de uno le ha partido la cara al intentar provocarle por su forma de ser. De hecho, uno se ha quedado cojo porque le rompió la pierna por tres sitios. —La miró divertida. —Por eso le echaron, ¿no? Por pegar a quien no debía.

Muy tensa apretó los labios. —No le echaron, se fue él.

—Claro que sí. ¿Qué pasó?

—¿No me había dicho que lo había hablado con Jericó?

—Muy lista. Pues no, eso no me lo ha contado.

—Pues vuelva a preguntárselo, sheriff.

Giró el volante para meterse por un camino de tierra. —¿Hace cuánto que no le ves?

—¿Esto es un interrogatorio? ¿Necesito un abogado?

La mujer se echó a reír. —¿Por qué sois tan desconfiados?

—No es desconfianza. Como usted misma ha insinuado nos consideran distintos y hay gente mala que intenta dañarnos, hacernos cambiar por lo que consideran una sociedad mejor. Para ellos somos locos, desequilibrados... Somos una secta, donde nos tienen reprimidos y no es así. Vivimos según nuestra fe y costumbres. ¡No sé por qué tienen que cambiarnos!

—Si piensas así, ¿qué haces aquí?

—Es mi rumspringa.

—¿Tú qué?

—Los jóvenes tienen un periodo para saber si quieren unirse a la comunidad o vivir en el mundo de los ingleses. Este es mi periodo.

—Ah... que tenéis opción de elegir.

—Que no es una secta. —Entonces vieron una casa de una planta, pero era enorme rodeada por un gran porche. Debía tener diez habitaciones al menos. Extrañada miró a la sheriff. —¿Es aquí?

—Sí, este es el rancho de tu primo.

—Vaya casa más grande.

—Pues las hay más grandes por la zona, te lo aseguro.

—¿Aquí tienen muchos hijos?

—La media nacional, supongo. ¿Cuál es la media en donde vives?

—¿Seis? ¿Ocho?

La sheriff rio por lo bajo. —Claro, como no tenéis televisión.

—Muy graciosa. Ni sé cuántas veces he escuchado ese chiste malo.

Detuvo el coche ante la puerta y de repente Constance sintió miedo. Miedo a su reacción. Estaba claro que si no había querido que nadie de por allí supiera que había sido amish, su presencia le incomodaría. Puede que hasta se enfadara. Tenía carácter, eso lo recordaba, ¿y si la echaba a patadas? Bueno, la sangre no llegaría al río, había que ser positiva. Dios proveería.

—¿No sales?

—Oh... —Se sonrojó abriendo la puerta a toda prisa. —Gracias por traerme.

—De nada. Oh mira, ahí está Phill.

Se volvió para ver que un hombre estaba en el porche mirándola con el ceño fruncido como si no le gustara nada lo que veía. La sheriff se bajó del coche. —¿Cómo estás, Phill?

—¿Quién es esta?

Vaya, iba directo al grano. Forzó una sonrisa. —Soy Constance Fisher.

—¿Y? Como me digas que vendes algo, saco la escopeta.

—¿La qué? —preguntó espantada antes de mirar a la sheriff que hizo un gesto sin darle importancia—. Soy pacifista.

—Espábilate niña, ahora estás en el mundo real.

—No vendo nada —dijo a toda prisa.

—Bien... —El hombre la miró con sus ojitos castaños y lo hizo de una manera que la puso muy nerviosa. —Ya entiendo, otra lagarta que quiere beneficiarse a mi chico.

Se puso como un tomate. —Pues...

—¡Largo de aquí! —gritó sobresaltándola.

Con los ojos como platos dijo —Soy prima de Jericó.

—¿Qué?

—¡De Eric! ¡Soy prima de Eric!

Dio un paso hacia ella. —¿De veras? No te pareces en nada a él.

—Es primo tercero.

—¿No me digas? —Bajó un escalón. —¿Es sangre lo que tienes en el pelo?

—Ha tenido un accidente al llegar al pueblo —dijo la sheriff—. La chica va a pensar que no somos hospitalarios en Pearlhall, amigo.

—¿Qué quieres? —le preguntó directamente sin hacer caso a la sheriff.

—¿Está Eric? Si hablara con él...

—No quiere hablar contigo. No quiere hablar con nadie que venga de donde provienes tú.

Palideció al escucharle. —Entiendo.

—¡Largo de aquí!

La sheriff frunció el ceño. —Phill...

—¡He dicho que largo! ¡Esas personas solo le han hecho daño! ¡No sé qué viene a buscar, pero seguro que no es nada bueno!

Se quedó sin aliento. —Se lo ha dicho...

—¿Que si me lo ha dicho? ¡Por supuesto que sí! ¡Soy lo único que tiene y en mí confía! ¡Me lo he ganado estando a su lado! —Le escupió a los pies y sonrió con ironía. —Su familia. Os creía su familia y solo le disteis la espalda.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y avergonzada agachó la mirada volviéndose. —Sheriff, ¿puede llevarme al pueblo?

—Claro que sí.

Se subió al coche y se apretó las manos diciéndose que era una estúpida por ir hasta allí. Por supuesto que no les había perdonado. Miró hacia el hombre que discutía con la sheriff. Lo que le faltaba. La mujer se volvió furiosa gritando —¡Serás cabezota!

—¡Largo de aquí! ¡Esta es propiedad privada!

—¡No te pongas chulo conmigo, Morton! —Abrió la puerta. —¡Y te recuerdo que estas no son tus tierras! ¡Ya no!

—¡Como si lo fueran!

Murmurando por lo bajo se subió al coche y arrancando siseó —Será idiota, ¿pero qué mosca le ha picado? —Enfiló la carretera y la miró de reojo. —¿Por qué le rechazaron los de tu pueblo? —Se mantuvo en silencio. —¿No dices nada? ¿Sabes por qué tengo este trabajo? Porque soy una cotilla de primera y con él me entero de todo.

Sorbió por la nariz apretándose las manos.

—Me voy a enterar, ¿sabes? Como si tengo que acosarle para que me lo diga.

—No, por favor...

—Pues ya estás cantando. No me gustan los secretos en mi comunidad, sobre todo si no los sé yo. Luego cierro el pico, pero si hay algo que puede ser gordo, que pueda afectar a mis vecinos debo saberlo y esto es gordo, vaya si lo es. Para que le dieran la espalda esos puritanos tiene que ser gordo. —Vio como fruncia el ceño. —O puede que no, porque precisamente sois unos puritanos y no pasáis ni una. ¿Qué es? Me muero de la curiosidad. Vamos niña, que no tengo todo el día. ¿Qué es?

Apretó los labios y la sheriff suspiró porque era evidente que no se lo iba a contar. —Bueno, ¿y qué vas a hacer ahora?

Pensó en ello. Cuando le había dicho que podía contar con él cuando le necesitara le había creído y pensaba que tendría una oportunidad de quedarse, pero al parecer le echaba la culpa de lo que había ocurrido como a todos los demás para que ese hombre la tratara así. Reprimió las lágrimas. No tenía a donde ir ni a quien pedir ayuda, ni mucho dinero. Durante el viaje había

pensado que si Jericó no la quería allí podía ir a Houston y pedir trabajo donde fuera, pero trabajo ya tenía. ¿Debía quedarse? Se apretó las manos. Igual la ponía verde si la veía por el pueblo, pero se moría por hablar con alguien, por hablar con él.

Miró por la ventanilla pensando en lo bien que la trataba cada vez que la veía en el pasado. Que era poco, porque su padre le mantenía muy ocupado como al resto de sus hermanos. Si hablaban, casi siempre era en un evento de la comunidad como en las bodas que se celebraban después de recoger la cosecha. Su comunidad aprovechaba el periodo de invierno para esos eventos antes de la siguiente siembra y para ella siempre era la época más divertida porque venía gente de otras comunidades amish y lo pasaban muy bien. Era la quinta de diez hermanos y recordó perfectamente la boda de su hermana mayor y como después de la comida y de ayudar a recoger, jugó con él a la pelota. Riendo la enseñaba y recordó esos ojos verdes mientras decía — Venga, lánzala.

—¡Párala!

Él rio y recordó como las luces de las lámparas donde estaban reunidos los mayores hicieron brillar su cabello negro, provocándole un nudo en la boca del estómago que no supo identificar. Él miró sus ojos. —¿Qué ocurre?

—Nada... que he fallado.

En ese momento otra de las niñas pasó a su lado y esta la empujó provocando que cayera al suelo. Constance la fulminó con la mirada y esta sonrió maliciosa. —Esa...

—Eh... Controla la lengua, señorita. —Se acercó y susurró a su oído —¿Quieres pasarte rezando todo lo que queda de fiesta?

Soltó una risita. —Tú no me delatarías.

—No, no lo haría.

—¿Me protegerás siempre? —preguntó ilusionada.

—Siempre podrás contar conmigo, pequeña.

Y le había creído. Se le hizo un nudo en la garganta recordándole. En los últimos diez años le había recordado cada día. ¿Por qué? Quizás porque había sido ella la que no había dado la cara por él cuando la había necesitado. No, no lo había hecho. Pero era una niña de diez años cuando ocurrió todo aquello y seguramente nadie le hubiera hecho caso. Sufrió mucho por él y había sentido mucho su ausencia. Después de que él se fuera las bodas ya no eran tan divertidas. Es más, tenían un punto de tristeza porque sabía que ya no le vería. ¿Quién sabía? Puede que fuera la ilusión de verle lo que echó de menos en los años siguientes. Ahora ya no importaba porque no quería saber nada más de ella.

—¿Vas a quedarte en el pueblo o le digo a mi tío que se busque a otra? —insistió la sheriff.

El trabajo. Al menos estaba bien pagado. No tenía nada mejor. —¿Hay algún hostal por aquí?

Capítulo 2

Tumbada en la cama de la habitación que le había alquilado a la señora Henderson miraba el techo escuchando como la mujer caminaba por la cocina. Al apoyar la mano debajo de la cabeza dio un respingo al tocarse la herida.

—¡Vamos Teresa, no quiero llegar tarde a la feria! —gritó alguien fuera de la casa.

—¡Ya voy! ¡Dame dos minutos para sacar las tartas!

—¡Este año voy a ganar yo!

—Qué más quisieras, hermosa. Mis tartas son las mejores del condado.

Constance sonrió sentándose en la cama. La feria. No tenía por qué quedarse encerrada en casa, podía ir a la feria y disfrutar como los demás. Como el resto del mundo. Se levantó y sacó el dinero del bolsillo de su pantalón vaquero. Hizo una mueca porque después de pagar la semana a su casera solo le quedaban veinte dólares. Bueno, al día siguiente ganaría dinero. Le diría al doctor Harris que necesitaba que le pagara al día. Tomando aire salió de la habitación y subió las escaleras que daban a la cocina.

—Oh, ¿vas a la feria?

—Sí, señora. —Al verla con dos tartas en la mano se acercó y le cogió una. —¿Se la llevo?

—Gracias niña y llámame Teresa. —La mujer debía tener unos sesenta y cinco años. Tenía el cabello teñido de castaño recogido en la nuca y su sonrisa demostraba que era muy buena persona. Y demostrándolo preguntó —¿Has comido algo?

Se sonrojó ligeramente. —Comeré algo allí.

—No te hinchas a perritos calientes. Tienes una figura estupenda, no la pierdas.

—Todos en mi familia son así.

—Qué suerte —dijo la mujer yendo hacia la puerta—. Yo he sido gordita toda mi vida, pero mi Preston decía que tenía el mejor tipo del mundo. El amor que nos vuelve ciegos.

Soltó una risita. —Seguro que la amaba mucho, pero pienso que está exagerando, tampoco está tan subida de peso.

—Oh, sí. El médico me ha dicho que debo bajar diez kilos.

—¿Tantos?

—Es por los dulces, niña. Me pirran.

—Es que esta tarta huele deliciosamente.

—Te daré un buen pedazo en el puesto.

—¿La vende o es para un concurso?

—La vendemos. Cuando dice que me va a ganar es a vender más raciones. —Le guiñó el ojo. —Yo he hecho dieciséis y estas son las últimas para llevar. Ya verás cuando las vea allí la cara que pone. Esperamos recaudar para el equipo de béisbol del instituto. Necesitan botas nuevas. Y no ganan un partido. —Divertida la siguió y cogió la otra tarta mientras cerraba la puerta. No debía ver muy bien porque se agachó ante la cerradura.

—¡Teresa! —Se volvió para ver ante la valla blanca a una mujer de su edad vestida de rojo

con otras dos tartas en la mano. —Date prisa. —Entonces reparó en ella. —Uy, ¿quién es?

—Mi nueva inquilina. Constance ella es Beth Hathaway.

—Mucho gusto.

—¿Sangre nueva? ¿O estás de paso?

—Voy a trabajar para el doctor Harris, pero es algo temporal hasta que vuelva su enfermera.
—Se acercaron a ella.

—Los chicos del pueblo se van a poner como locos al ver esta preciosidad. —La miró con sus inquisitivos ojos azules. —Aunque es evidente que esta niña no es como otras que hay por aquí, ¿no es cierto Teresa?

—Muy cierto, Beth. Me alegra que te hayas dado cuenta.

¿Qué pasaba? ¿Llevaba un cartel en la frente diciendo soy una buena chica? —Pues no, soy muy rebelde —dijo levantando la barbilla. Las dos soltaron una risita—. Hablo en serio.

—Ya, niña.

—Voy a desmelenarme.

—Pues no has buscado en el sitio adecuado —dijo Beth a punto de reírse.

—Bueno, algo podré hacer.

—Puedes salir con el rebelde del pueblo. Es exconvicto y vende hierba.

Las miró espantada y estas se echaron a reír a carcajadas. —Muy graciosas.

—Me va a encantar tenerte en casa —dijo su casera.

Sonrió porque increíblemente se sintió a gusto y fue la primera vez desde que se despidió de sus padres. Llegaron a la plaza mayor donde había una intensa actividad pues todos en el pueblo colaboraban. En el parque que estaba al lado muchas familias estaban acabando su picnic o barbacoa sentados en mesas de madera con manteles a cuadros rojos y blancos puestos para la ocasión. —¿Ya ha empezado la fiesta?

—No niña, no empieza hasta las cinco, pero muchas familias tienen la tradición del picnic. Yo lo hacía de recién casada. Pero ahora me parecen demasiadas horas y no aguantaría hasta los fuegos artificiales.

—¿Hay fuegos?

—Claro, es cuatro de julio. Y además hay desfile.

—Que bien —dijo ilusionada porque nunca había asistido a un baile.

Llegaron a un puesto que ya tenía un montón de tartas expuestas y Beth jadeó. —¡Tendrás cara! ¿Cuántas has hecho?

—Las suficientes para arrasarnos a todas. Trae niña.

Cuando le dio las tartas vio como las colocaba y Teresa no perdió el tiempo en cortarle un buen pedazo. Se lo puso en un plato de papel y le dio una servilleta. —Gracias por tu ayuda.

—Gracias por la tarta.

—¿Quieres que te presente a alguien?

Se puso como un tomate y negó con la cabeza. —Mejor voy a dar una vuelta a mi aire.

—Eso, hazte con el pueblo. Ya tendrás tiempo de conocerles a todos.

Se alejó y le dio un mordisco a la tarta que estaba para morirse del gusto. Al mirar sobre su hombro se dio cuenta de que no solo la observaban Teresa y Beth sino todas sus amigas. Forzó una sonrisa antes de alejarse.

—¿Qué piensas, Teresa? —preguntó Beth en voz baja para que las demás no la oyeran.

—Esa chica tiene el corazón roto.

—¿Por un hombre?

—No lo creo. Creo que está sola. Totalmente sola.

Beth se llevó la mano al pecho. —Pobrecita.

—No ha llamado a nadie desde que llegó hace dos horas. Y la he escuchado llorar. La trajo la sheriff, ¿sabes?

—¿Crees que sabrá algo más de ella?

—Tendré que interrogarla.

—Uy, no soltaré prenda. Ya la conoces —dijo molesta.

—Tú déjamela a mí.

Dio vueltas por la feria y se sentó en un banco mientras se comía un perrito y tomaba una cola. Había un grupo de chicas del instituto ante un puesto de tiro al blanco. Tiraban a unos patitos de metal. No daban ni una y sonrió cuando una de ellas protestó diciendo que la mira estaba desviada. El hombre jadeó indignado. —De eso nada. Y a ver si controlas tu lengua, hermosa. ¡Me has acusado de un delito! ¡Puedo denunciarte!

—Estoy segura. ¡Yo no fallo nunca! —gritó haciendo que todos les miraran.

Constance perdió la sonrisa poco a poco al ver como el hombre se ponía rojo como un tomate. —Te digo que la escopeta está bien.

—¡Voy a llamar a la sheriff, timador de medio pelo!

Sus amigas intentaron cogerla del brazo para apartarla, pero ella no las dejó, es más se puso más chula. —¡O me devuelves mi dinero o te denuncio!

—¡Mira niñata, el que te voy a denunciar soy yo porque me estás perjudicando! ¡Yo no necesito timar a nadie!

—Si eres un muerto de hambre. ¡Todos los feriantes lo sois, lo sabe todo el mundo!

Entonces Constance vio que una niña que estaba al lado del puesto se echaba a llorar. —Papá, ¿qué dice?

—Nada, cielo. Vete a la caravana.

Se levantó del banco furiosa y fue hasta las chicas. —Discúlpate ahora mismo.

—¿Y tú quién eres para decirme que tengo que hacer? —dijo con desprecio.

—Has hecho llorar a esa niña, deberías avergonzarte.

—Vaya, ha llegado la santa. ¿También eres itinerante? Pues no pienso dejar que le protejas. ¡Él me ha timado! ¡Quiero mi dinero! —gritó a los cuatro vientos haciendo que varios se acercaran.

—¿Dices que las miras están desviadas?

—¡Lo aseguro! ¡Es un timador!

—¿Has usado esta escopeta? —La cogió de encima del mostrador.

—Sí.

—Deme balines.

El hombre lo hizo de inmediato. Ella cargó dos con pericia. Se puso la culata al hombro y guiñó el ojo. Al observar los blancos se dio cuenta de que tendría que disparar cada dos segundos para dar al blanco. Apretó el gatillo sin pensar las dos veces y todos a su alrededor aplaudieron. La chica la miró con odio mientras dejaba la escopeta sobre el mostrador. —Ahora discúlpate.

—No pienso hacerlo.

—¿Sybil?

Un hombre se apartó para mostrar a la sheriff y la chica perdió el color de la cara. —Vete a

casa, estás castigada un mes por este comportamiento.

—¡Mamá!

—¿No me has oído? —gritó sobresaltándola.

La chica salió corriendo y la sheriff se acercó. —Lo siento. —Miró al hombre. —Lo siento de verdad.

—No pasa nada —dijo él cogiendo la escopeta.

Constance apretó los labios. —Sí que pasa. Ha hecho llorar a su hija con sus insultos.

Eliza suspiró. —Ya no sé qué hacer con ella. Cada día está más rebelde y últimamente ya es insoportable. —Se acercó y susurró —Ni te imaginas las que me hace pasar y como soy la autoridad los demás críos creen que pueden tomarme el pelo.

—Entiendo. Lo siento, debe ser una situación difícil.

Sonrió. —¿Te lo pasas bien?

—Sí, es muy... interesante.

Se echó a reír. —Debe ser toda una experiencia.

De repente llegó la niña con un oso de peluche y lo tendió hacia ella. —Para ti.

—¿Para mí? —preguntó sorprendida antes de mirar al hombre—. No puedo aceptarlo, no...

—Por favor. Gracias por su ayuda.

—De nada. —Se agachó ante la niña y sonrió cogiéndolo. —Gracias, es precioso.

—Lo he elegido yo. Es mi favorito.

—¿Me prometes una cosa?

La niña asintió. —No vuelvas a llorar por lo que la gente diga de ti. No saben nada. Se guían por las apariencias o por lo que les han dicho, pero realmente no sabe cómo vivís ni cómo sois.

—Siempre nos dicen cosas feas.

—A palabras necias oídos sordos. ¿Tú eres feliz con tus papás?

—Sí, mucho. Tengo muchos amigos, ¿sabes?

—Eso es estupendo. Pues céntrate solo en la gente que te ama. Los demás no importan.

—Buen consejo —dijo la sheriff. La niña asintió muy seria—. Vamos a tomar una hamburguesa.

—Acabo de comer un perrito.

—¿Y?

Se echó a reír alejándose y la niña se despidió con la mano. Fueron al puesto de las hamburguesas y las invitaron porque era la sheriff. —¿Esto te pasa mucho?

—Continuamente —dijo sentándose en una de las mesas portátiles dejando la cesta ante ella—. Es una de las ventajas de mi puesto. Muchos quieren agradecerme mi trabajo así. Te pasará lo mismo en la consulta de mi tío.

—¿De veras?

—Este es un pueblo muy unido. Todo el mundo conoce a todos los demás y casi todos se llevan bien.

—¿Casi todos?

—Bueno, tu primo tiene algunos enemigos...

La miró sorprendida. —Enemigos es una palabra muy fuerte.

—Los hijos de Phill no se tomaron muy bien que le vendiera el rancho.

—¿Tiene hijos?

—Y no vive con ellos, así que imagínate como son. Ahí les tienes, buscando bronca como siempre con sus amigos.

Miró hacia atrás para ver a cinco tipos con aspecto descuidado. Llevaban unos vasos en la mano y cuando se cruzaron con un grupo de chavales el que iba delante les hizo un gesto agresivo con el puño que les hizo salir corriendo. Constance apretó los labios volviéndose. —Ya no son unos niños.

—No, hace tiempo que les salieron pelos en los... —Carraspeó cogiendo una patata. —Ya me entiendes.

Sonrió sin poder evitarlo. —Sí, lo entiendo. Así que se llevan mal con Eric.

La sheriff Martin asintió. —Eso por ser suave. La última vez que se encontraron en el pueblo Eric le rompió el brazo a Jeff.

Dejó caer la mandíbula del asombro y la sheriff rio por lo bajo. —Tú serás pacifista pero tu primo no duda en repartir hostias como panes. A él no se le suben a las barbas.

Se llevó la mano al pecho impresionada. —¿Se ha casado?

—¿Qué?

—Solo los casados llevan barba.

—No. —Se echó a reír. —Solo era un decir.

Suspiró del alivio y la sheriff entrecerró los ojos. —Parecía que te había dado un disgusto enorme.

Se sonrojó. —No, claro que no. Pero como Phill no dijo nada... Y tú tampoco.

—Ya, claro. Era primo lejano, ¿no?

—La hamburguesa está muy buena.

—Chica, no te juzgo. Si yo tuviera un primo así me lo comería entero.

—No se hablan de esas cosas —siseó.

—Estás en el mundo real. Aquí hablamos de esas cosas a menudo.

—Mi mundo es muy real.

—Ya claro, por eso os dan un periodo en el exterior. —Le dio un buen mordisco a la hamburguesa. —Debes reconocer que vivís en una burbuja. Si ni tenéis luz.

—Algunas comunidades sí.

—Pero vosotros no. Apuesto que vienes de una de las más restrictivas.

—Veo que te has pasado un rato en internet.

—Muy útil, deberías probarlo.

Gruñó dando un mordisco a la hamburguesa. —Vamos, no me digas que no envidiabas a las inglesas como vosotros nos llamáis.

—Pues para que lo sepas la mayoría después de probar lo que llamas el mundo exterior deciden quedarse. Nuestra comunidad aumenta cada año.

—Claro, teniendo diez hijos...

—Nosotros no necesitamos cosas y más cosas que en realidad no llenan nuestra vida.

—Tienes razón.

—¿Me das la razón?

—Cuando la tienes, la tienes. Estamos devorados por el consumismo. Díselo a mi hija, ¿quieres? No hace más que pedirme cachivaches carísimos. Ni sé las fotos que sube al día a las redes sociales. ¿Qué les importa a los vecinos lo que desayuna? La verdad no lo entiendo.

Sonrió sin poder evitarlo. —¿De verdad hace eso?

—Me pone de los nervios. Se saca fotos con cada modelito o nuevo peinado. Se expone de una manera que no es normal.

—Parecía la que mandaba en el grupo.

—Con su personalidad no me extraña.

—¿Eres viuda?

Levantó una ceja.

—Divorciada.

—Sí, y hace seis años que no le vemos el pelo. Se largó del pueblo con viento fresco después de decir que iba a trabajar. No veas la cara que se me quedó cuando me lo encontré en Houston viviendo con otra.

—Lo siento.

—Bah, no merecía la pena. Además, tampoco era un buen padre así que me libré de una buena sanguijuela.

—Si te sirve de consuelo estoy de acuerdo con el divorcio.

—¿De veras?

—Sí, mi abuelo le dio muy mala vida a mi abuela. El divorcio no está permitido en mi comunidad, además mi abuela jamás le hubiera dejado.

—¿Le pegaba?

—Estamos en contra de la violencia.

—La vejaba.

—Digamos que para él nunca hacía nada bien. —Pensando en ello miró al vacío. —Recuerdo un día que la miró de una manera que mi abuela se echó a llorar.

—Que duro.

—Pues le aguantó hasta que murió.

—¿Qué hubieras hecho tú?

—Largarme.

—Hubiera perdido a sus hijos y a sus amigos, ¿no? Si os vais es para siempre y totalmente solos. La comunidad os dará la espalda para siempre.

—Antes de vivir así yo me hubiera ido. —Bebió de su cola.

—Pero bueno...

Ambas volvieron la cabeza hacia los hijos de Phill que se acercaron en ese momento. —Que cosita más bonita —dijo el cabecilla.

—Jeff desaparece.

Sonrió mostrando un incisivo mellado. —¿Quién eres, preciosa?

Volvió su rostro agachando la mirada y Jeff extrañado miró a la sheriff. —¿Qué le pasa? ¿Es lela o algo así?

Constance apretó los labios antes de volver la cabeza hacia él. —¿Eres tan corto que no te das cuenta cuando alguien no quiere hablar contigo?

Sus amigos se echaron a reír. Dio un paso hacia ella perdiendo la sonrisa. —¿Qué me has llamado?

—Te he descrito. Corto. Se nota que eres corto porque la sheriff te ha dicho que te largues y no lo has captado. Que hay que ser corto para no captarlo. ¿Sabes lo que significa la palabra captar? Porque no tienes pinta de haber leído mucho en tu vida e igual no sabes lo que significa.

—Sé lo que significa perfectamente.

—Bien, pues adiós.

—Oye, bonita... Te noto algo chula.

—Jeff aire.

—No, es que me acerco a conocerla y esta zorra me trata como si fuera basura. ¿Crees que

soy basura, bonita? —preguntó agresivo.

Le miró a los ojos sin decir una sola palabra. —Hermano, sí que lo cree solo hay que verla.

Ella volvió la vista hacia su hermano que era igual que él, pero algo más rubio por las mechas que se había puesto, que por cierto le quedaban fatal.

—Me estáis cansando —dijo la sheriff—. Jeff discúlpate.

—¿Por qué? —preguntó con ganas de bronca.

—¡Por insultarla!

—La he descrito —dijo con burla.

Asombrada miró a la sheriff. —Ahora lo entiendo todo. No me extraña que pierda la paciencia, es que hacen perder la paciencia a cualquiera. —Miró a Jeff. —Rezaré por ti y porque tu vida se encarrile.

—¿Qué? —Se echó a reír. —¿Eres monja?

—Vaya, el chiste de siempre. Encima que te hacía un favor...

—¿Quieres hacerme un favor? Chúpamela.

Jadeó del asombro y la sheriff se levantó. —¡No Eric!

Se volvió para ver a un tipo enorme que agarraba del hombro a Jeff para volverle antes de meterle un puñetazo que le tiró sobre sus amigos. Asombrada le miró bien y se dio cuenta de que si le hubiera visto en la calle no le hubiera reconocido. Llevaba su cabello moreno muy corto y sus músculos habían crecido considerablemente. Asombrada miró el duro trasero que marcaban sus viejos vaqueros mientras se quitaba a dos de encima. La sheriff sacó su arma y disparó al cielo sobresaltándola. Con los ojos como platos vio como Eric se volvía con sangre en el labio y la respiración agitada. En ese momento sus ojos verdes la miraron y la hicieron temblar por dentro de placer. Estaba claro que ya no era el joven que ella había conocido. No, aquel era un hombre duro que no dudaba en proteger lo suyo. Y en ese momento deseo ser suya, deseo más que nada unirse a él de por vida.

—¡Basta ya! —gritó la sheriff—. ¡Qué estamos de fiesta, leche!

Eric se acercó furioso y la cogió por la muñeca tirando de ella. Sin decir ni una palabra le siguió. —No me lo puedo creer —siseó él.

La llevó hasta detrás de la caseta del algodón de azúcar. —¿Qué haces aquí?

—Dijiste...

—¿Qué?

—Que si necesitaba ayuda te la pidiera.

Parpadeó como si no se lo pudiera creer. —¿Has venido hasta aquí para pedirme ayuda cuando tú y todos los tuyos me disteis la espalda? ¿Lo he entendido bien?

Se sonrojó y apretó sus manos. —Sí. —De repente sonrió. —Pero ya no lo necesito, me he arreglado muy bien, ya tengo trabajo y alojamiento.

—¿Que tienes qué? —gritó sobresaltándola. Tomó aire como si se estuviera controlando—. Te vas en el primer autobús.

—¿Por qué?

De repente frunció el ceño. —Te has ido, ¿verdad?

Se sonrojó. —Estoy en mi rusmpringa —dijo en alemán.

—¡Habla en inglés! Vivo entre los ingleses y hablo inglés.

Suspiró. —Estoy en mi rusmpringa.

Dio un paso atrás. —Será broma. Si ya debes tener...

—Veintiún años.

—Constance explícate.

—No pude hacerla con dieciséis, ¿qué pasa?

Se cruzó de brazos con el ceño fruncido. —¿Por qué? —Madre mía, qué músculos, pensó distraída. —¿Constance!

Apartó el cabello de su cuello y mostró la cicatriz. —¿Qué coño...?

Le miró con los ojos como platos. —Has dicho una blasfemia.

—Déjate de rollos. —La cogió por el cuello elevando su barbilla. —¿Qué te pasó?

—Tuve un accidente.

—¿Cómo? —Ella se mordió el labio inferior. —¿Cómo?

—Volvía del pueblo de ir a la biblioteca, iba caminando por el arcén cuando me obligaron a subir a un coche.

Eric se tensó. —¿Qué?

—Al intentar escapar se rompió la ventanilla trasera y me cortó el cuello. Se asustaron y me tiraron a la carretera. Mi cabeza se golpeó contra una piedra. Estuve en coma hasta hace un año.

—Hijos de puta.

—¡Jericó!

—Ni se te ocurra volver a llamarme así —dijo entre dientes—. Soy Eric.

—Sí, ya me he enterado. ¡Y te has comprado un rancho! —dijo como si fuera un delito.

—¿Y?

—¿Aquí?

La miró como si no la entendiera. —Vivo aquí.

Ella bufó y miró hacia su derecha sin saber muy bien qué decir.

—¿Esperabas que volviera? —preguntó él.

—No, claro que no —dijo como si nada.

—¿Ahora mientes? Veo que la comunidad ha cambiado mucho.

Le miró furiosa. —No he mentado.

—Entonces no entiendo tus preguntas. Vuelve a casa, Constance.

—Tengo permiso para hacer mi rumspringa y pienso hacerla.

La cogió por el brazo para acercarla. —No quiero tener que preocuparme por ti. Vuelve a casa.

—Como ves me he arreglado bastante bien. Voy a trabajar para el médico y...

—¿Eso es sangre? —preguntó mirando su cabello—. ¿Qué coño te ha pasado?

Vaya, y ella que había pensado que se había limpiado bien. —¿Tienes que decir un taco en cada frase?

—¡Es que ahora soy libre para decir lo que me dé la gana! —La cogió por las mejillas para que bajara la cabeza. —Joder, ¿qué te ha pasado?

—Me han golpeado sin querer.

—Vamos, que te llevo al hospital.

—¿Qué? Estoy bien. Y ya me ha visto el médico.

—Después de estar años en coma necesitas un escáner.

—Eric estoy bien. No tienes que preocuparte por mí.

—¡Vamos al hospital!

—¡No!

La miró como si no se lo creyera. —¿Qué has dicho?

—¡Soy libre para hacer lo que me venga en gana! —Se volvió dejándole con la palabra en la

boca.

Sintió como la seguía. —Mujer...

—Se me enfrió la hamburguesa. —Cuando regresó la sheriff ya no estaba. —Vaya —dijo apenada—. Ni le había dado las gracias.

—Constance no puedes quedarte.

—Claro que sí. —Después de verle y de sentir lo que había sentido no pensaba irse de allí sin él.

—¿No te das cuenta de que estás expuesta a tipos como Jeff y Ryan?

—Desgraciadamente la vida me ha demostrado que estoy expuesta a ese tipo de hombres en cualquier sitio y no pienso dejarme intimidar. —Se volvió con una sonrisa. —¿Me invitas a un helado? Hace calor.

—Sí, aquí hace mucho más calor. ¡Y más que habrá! Porque la noche se caldea por momentos. —Miró a un tipo que había en la mesa de al lado. —¿Qué miras?

El tipo cogió la cesta y su vaso antes de salir pitando. Sorprendida se acercó. —Estás algo alterado. ¿Vivir aquí no te sienta bien?

—Me sienta perfectamente —siseó.

—¿Entonces estás enfadado por verme a mí? —preguntó apenada.

—Pues ya que lo dices...

—¡Pues te fastidias! ¡Este es un país libre y puedo vivir donde quiera!

—Constance que has pasado por mucho y no es buena idea...

—¡Uy, mi osito! —Se volvió para mirar el banco. —¡Me han mangado el osito! —Se sintió fatal por ser tan descuidada. —Me lo había regalado la niña.

—No te disgustes, igual se lo ha llevado la sheriff.

—Oh... —Miró a su alrededor. —Voy a buscarla.

Apenas se había alejado unos pasos cuando escuchó —¿Por qué no me culpas?

Se le cortó el aliento y se emocionó porque no esperaba que le hiciera esa pregunta tan pronto. Eso demostraba lo que le había alterado su llegada. Se volvió para mirarle a los ojos y vio la tortura en ellos. Él sí se culpaba. —No fue culpa tuya.

—¿Por qué no me culpas? —repitió furioso.

—Se quitó la vida, no fue culpa de nadie.

—¡Pues ellos pensaban otra cosa! ¡Tus padres pensaban que era un asesino!

Se acercó a él y cogió su mano. —Sé que se arrepienten. Todos se arrepienten de su comportamiento.

—¿Ahora? —preguntó con ironía—. ¿Sabes lo que es que tus hermanos te den la espalda? ¿Sabes lo que es que tu madre llore durante días? Vi el alivio en su rostro cuando dije que me iba. ¿Te puedes imaginar lo que se siente?

—No puedo imaginármelo. Y sobre tu madre sé que se arrepintió hasta...

—¿Hasta?

Apretó los labios. —Tu madre falleció hace dos meses, Eric. —Él perdió todo el color de la cara dando un paso atrás. —Lo siento.

—¡Lárgate del pueblo! —gritó antes de volverse e irse como alma que lleva el diablo.

Reprimiendo las lágrimas corrió tras él. —Bridget se mató, no fue culpa de nadie. Tenías derecho a pensarte mejor lo de la boda.

—La humillé. —Abrió la puerta de una ranchera y se subió.

—No te vayas, hablemos de esto.

Cerró de un portazo dejando clara su respuesta. —¡No me voy a ir! —Se puso delante de la camioneta y él dio marcha atrás. Una lágrima recorrió su mejilla por el sufrimiento que reflejaba su rostro. —No me voy a dar por vencida.

—Y haces muy bien.

Sorprendida se dio la vuelta para ver a la sheriff allí con el osito en los brazos. Esta sonrió con tristeza. —Le amas.

Confundida con sus sentimientos negó con la cabeza. —No, claro que...

—Sí. Por eso has venido hasta aquí porque te morías por verle, por saber qué había sido de su vida.

—No, no es cierto.

La sheriff le acarició el hombro. —No debes avergonzarte.

—¡Se iba a casar con mi hermana!

—¿Y sería una deshonra desear algo que era suyo? Si no se casó con ella fue porque no la quería.

—Pero...

—Por eso le echaron, ¿no?

—Se fue él.

—Sí, debe ser muy difícil que todo el mundo que conoces y quieres te dé la espalda. Cambió de opinión, hubo consecuencias y alguien tenía que pagar.

—Se arrepienten.

—Como ha dicho Eric ahora ya es tarde. El mal está hecho. —Se quedó unos segundos en silencio. —Eres muy valiente, ¿sabes? —La miró sorprendida. —Oh, sí. A pesar de perder a tu hermana, a pesar de lo que pensarían los tuyos, has venido hasta aquí cuando has tenido la oportunidad. —Iba a decir algo, pero ella la interrumpió. —No me vengas con que se arrepienten, si fuera así le hubieran buscado como has hecho tú. Le hubieran pedido que volviera y no ha sido así. Aunque se hayan dado cuenta de su error, jamás darán su brazo a torcer por lo que eso conllevaría. ¿Ver a la persona a la que hicieron daño, a la que rechazaron y obligaron a irse como si fuera un apestado? Su vida es mucho más cómoda sin verle por allí.

Sollozó. —Yo no quería que se fuera.

—Apuesto a que te castigaron.

—Fui a verle, pero...

—Te pillaron, ¿no? ¿Te castigaron?

—Me encerraron en mi habitación hasta que se fue.

—Lo siento.

—No le amo, pero...

—Cielo, eso es amor. —Constance la miró sorprendida. —No has podido olvidarle y estás aquí. Ni me puedo imaginar lo que has sentido al verle.

—Que no quiero perderle —dijo casi con desesperación.

La mujer sonrió. —Pues vas a tener que espabilarte un poco.

—¿Cómo?

La miró de arriba abajo. —Ahora le gustan mujeres algo más liberales.

—¿Cómo? —gritó más alto.

—Y tienes que ganarte a Phill. Me da que si estás en el pueblo va a salir poco del rancho.

Entrecerró los ojos. —Nunca le caigo mal a nadie.

—Pues desde que has llegado al pueblo ya te has granjeado enemigos. Mi niña seguro que no

puede ni verte. Y lo de Jeff...

—Esto de ser inglesa es muy difícil —dijo molesta haciéndola reír—. Sheriff...

—Lámame Eliza.

—Eliza, Phill tiene problemas cardiacos, ¿no?

—Vas por buen camino. Buen modo de acercamiento.

—Voy a buscar al jefe. Tiene que revisarle cuanto antes.

Capítulo 3

Colgó el teléfono y apuntó la cita. —Niña... —Miró hacia la sala de espera donde Beth allí sentada estaba haciendo punto. —¿Va a tardar mucho?

—El niño de los Harrison se ha roto el brazo.

—Pobrecito.

—Es un diablillo —dijo la señora De Luca—. Siempre está trasteando. El otro día en misa no se estaba quieto.

Sonrió porque era cierto. Su madre ya no sabía qué hacer. Escucharon llorar al niño y a toda prisa fue hasta la consulta a ver si podía ayudar. —Eh, eh... Campeón, ¿qué ocurre?

—Intenta que no se mueva, ¿quieres? —dijo el médico exasperado mientras su madre estaba angustiada viendo sufrir a su hijo. Se acercó sonriendo—. ¿Te duele mucho?

—Sí.

—Vaya... —Acarició su cabello. —Pero el doctor te va a curar y si te mueves le costará más y te dolerá más, así que tienes que estar muy quietecito. Y sé que lo harás muy bien porque tú eres muy valiente.

El niño sorbió y Constance cogió un pañuelo de papel antes de pasárselo por debajo de la nariz. —¿Sabes una cosa? Esta noche papá y mamá se irán al cine y nos quedaremos tú y yo a ver una peli. —Se acercó y susurró —Y tendremos pizza con chuches.

—¿De veras? —preguntó ilusionado.

—Constance no...

—No te preocupes —dijo a su madre—. Necesitas una noche libre.

—Mamá no quiere —dijo el niño refunfuñando.

—Claro que quiere. —Sonrió divertida. —Lo está deseando. Pero es muy tímida para aceptar de inmediato. ¿A que no hay que ser tímida, campeón?

—No —respondió el niño ya distraído de lo que hacía el médico—. ¡Mamá no seas tímida!

Lisa sonrió. —Gracias, gracias.

—No te preocupes, lo pasaremos muy bien. Incluso podemos jugar a los videojuegos. Y soy buenísima... —Que no hubiera jugado nunca no importaba, ya aprendería. Además tenía cinco años, tampoco podía ser un erudito.

—¡Sí! —dijo él ilusionado.

El sonido del teléfono la hizo suspirar. —Vengo enseguida.

—No hay prisa, casi he acabado —dijo el doctor.

Cuando llegó a la recepción descolgó de inmediato. —Consulta del doctor Harris, al habla Constance. —Escuchó un gruñido al otro lado. —¿Diga?

—Soy Phill.

Tres días había tardado en llamar. Al parecer no tenía mucha prisa por esa revisión. —¿Phill?

—Phill Morton.

—Ahhh... Señor Morton, ¿cómo está?

—Quiero cita.

—¿Una cita conmigo? Lo siento, pero esta noche la tengo ocupada.

—¡Una cita con el doctor!

Soltó una risita. —Oh, pues... —Hizo que revisaba la agenda cuando ya le tenía más que apuntado. —Hoy a las tres.

—¿Hoy?

—Tiene un hueco. ¿Acaso no puede? Si está jubilado.

—¡Muy bien!

Colgó el teléfono y ella miró el auricular. —Que carácter...

—No lo sabes bien —dijo Beth como si fuera una desgracia—. Se le agrió mucho el carácter cuando falleció su esposa hace diez años.

—Vaya.

—Además ese desastre de hijos que tiene que solo le dan problemas... —dijo otra de las pacientes—. Ayer Ryan durmió en el calabozo por conducir ebrio. Puede que esta vez acabe en prisión porque pegó al ayudante del sheriff cuando le pilló.

—¿No me digas? —preguntó Beth impresionada.

—Oh, sí. ¿No te has enterado?

—Esta mañana he estado muy ocupada, no he podido ir a la tienda.

Mirando la agenda reprimió la sonrisa. Allí era imposible no ser cotilla.

—Pues sí y no veas como se puso Jeff. Menudo espectáculo que montó en la oficina del sheriff. Rompió la pantalla de un ordenador y porque tiró mil dólares sobre la mesa que a punto estuvo de ser detenido también.

—¿En qué trabajan? —preguntó como si nada.

—Venden coches usados —dijo Beth con desprecio—. Si quieres que te timen cómprales a ellos. Mi hijo les compró su primer coche y le duró cuatro meses.

Todos asintieron. —Entonces ahora no les comprará nadie, ¿no? —preguntó divertida.

Las mujeres se miraron. —La verdad es que no creo que a día de hoy pique nadie. Uy, uy... ¿De dónde sacarán el dinero?

En ese momento se abrió la puerta y entró Teresa. —¿Os habéis enterado?

—¿De la detención?

—Teresa esto es una sala de espera —dijo Constance divertida.

—Oh, venía a traerte un sándwich que estás muy delgada.

—Gracias.

Después de dejarle la bolsa sobre el mostrador fue a toda prisa a sentarse al lado de Beth y sacó el punto de su bolso. —Menudo escándalo.

—Y que lo digas, amiga.

—Pues eso no es todo. —Todas se adelantaron en sus asientos. —Han pillado a la hija de la sheriff con Jeff.

Jadearon llevándose la mano a la boca incluida Constance que no se lo podía creer. —Oh, sí. Ayer la niña no fue a dormir a casa. Imagínate su madre, estaba de los nervios buscándola por todo el pueblo. Encontró su coche en el camino del norte, el que da a la iglesia abandonada y allí estaba su hija con el otro. Se puso como loca y le detuvo. Sybil tiene dieciséis años, puede ir a prisión.

—Pues así le hace compañía a su hermano —dijo ella molesta antes de ir hacia la consulta. Todas asintieron dándole la razón.

Al entrar en la consulta sonrió al niño aún escandalizada por lo que había oído. Ese tipo... Esperaba que la sheriff le diera su merecido. —Vaya, ¿ya has terminado?

—Eso se merece un caramelo —dijo el niño haciéndoles reír.

Saliendo de la consulta le dijo a su madre —Estaré allí a las seis, ¿te parece bien?

—Sí, gracias. Te pagaré.

—No, por favor. Lo pasaré genial. Eso no es un trabajo. —Acarició el cabello del pequeño. —¿Verdad campeón?

Alguien carraspeó y se quedó de piedra al ver allí a Jericó con un sombrero en las manos. — ¿Podemos hablar fuera un momento? —preguntó evidentemente incómodo.

Se sonrojó porque todos les miraban. —Sí, claro. Doctor...

—Tranquila, cogeré yo el teléfono si es que suena.

Eric salió primero y la esperó en la acera. Se mordió el labio inferior saliendo tras él y se acercó metiendo las manos en los bolsillos de la bata blanca que llevaba.

Se quedaron en silencio varios segundos mirándose. —Me he quedado.

—Eso ya lo veo. No hacen más que hablar de ti por el pueblo. Como nos vieron discutir en la fiesta saben que nos conocemos y no dejan de preguntarme por ti aunque les mando a la mierda.

—¿De veras? Pues a mí no me ha preguntado nadie. —Miró hacia atrás para verles a todos con la nariz pegada en el escaparate. Hizo una mueca. —Aunque ahora sí que me van a preguntar.

—No quiero que nadie sepa mi vida anterior —dijo muy tenso.

—No pensaba decir nada. Lo sabía, la sheriff me lo dijo casi desde que me conoció. También me advirtió de que no dijera nada de ese tema sobre mí para que no hubiera rumores.

Él asintió. —Podemos decir que vivíamos en Ohio, saben que soy de allí. Que tú eras una niña cuando me fui del pueblo a buscar trabajo.

—Muy bien, lo que quieras. —Eric se volvió para irse. —Es una pena que te avergüences de tu vida anterior —dijo molesta sin poder evitarlo—. Porque no tenía nada de malo. —Se la quedó mirando mientras entraba de nuevo en la consulta. Forzó una sonrisa a todos los presentes. —¿A las seis? —La madre de Jeremy asintió. —Perfecto.

—Niña, ¿de qué conoces a Eric? —preguntó Beth como si nada, pero Teresa le dio un codazo.

—No disimuléis. Sí, le conocía de antes. Sí, seguramente sabéis que es un primo lejano y sí, no nos vemos desde que se fue del pueblo para buscar trabajo.

—Es raro que no volviera por allí, ¿no? —preguntó una de las pacientes.

—No, no es raro. Sus padres habían muerto y no es que tuviéramos mucha relación.

—Hasta ahora —dijo Teresa.

—Ahora no es que tengamos mucha tampoco.

—Qué casualidad que hayas venido a trabajar al mismo pueblo donde...

La puerta se abrió dando paso a Eric que por su cara estaba cabreadísimo. —¡No me avergüenzo!

Salió de mala leche dejándolas a todas con la boca abierta. —¿De qué no se avergüenza? —preguntó Teresa al ser la primera en reaccionar—. Uy, uy... Que aquí hay mucho que rascar, amiga.

—Eso ya lo veo. Boda a la vista.

Se puso como un tomate, pero en lugar de contestarles salió de allí a toda pastilla porque ya se subía a su camioneta. —Ah, ¿no? ¡Pues bien que te callas lo que te interesa!

La fulminó con la mirada. —¡Cómo tú! ¡No veo que se lo vayas diciendo a todo el mundo! ¿Y dónde han quedado tus modales? ¿No te han dicho que no se grita como si fueras una verdulera?

—¿Me estás reprendiendo? ¿Tú? ¡Ja! ¡Lo que me faltaba por ver! ¡Anda, vuelve a esa vida tan interesante que te has buscado y déjame en paz!

—¡Eso pienso hacer!

—¡Pues muy bien!

—¡Pues perfecto!

Pero no arrancaba y él juró por lo bajo antes de bajarse del vehículo para acercarse en dos zancadas cortándole el aliento. ¡No se iba, no se iba! —¿Qué?

—Constance... —Ella levantó las cejas interrogante. —¿No vas a volver a casa?

—Pues de momento no. —Levantó la barbilla retándole.

—¿Cuándo piensas acabar con esto? ¡El mundo es muy grande! —le gritó a la cara.

—¿Has salido del rancho para decirme eso? —gritó como él.

Eric miró sus labios provocándole un vuelco al corazón y le escuchó gruñir antes de que se volviera para subir a su camioneta de nuevo. —Niña, que se te va —dijo Teresa—. Pídele una cita.

—¿Qué ha dicho? —preguntó él desde su asiento mirándola espantado.

—¿Qué pasa? ¡No hace falta que pongas esa cara! —dijo sin poder evitarlo aunque se moría de la vergüenza.

Él se volvió a bajar de malos modos dando otro portazo. —¿Pero qué ideas les metes en la cabeza? —siseó—. ¿Estás loca?

—Yo no tengo la culpa de lo que piense la gente. Y no me extraña que piensen eso por cómo te comportas. Si creen que te gusto es porque has venido hasta aquí sin ninguna razón. —Le miró sorprendida. —¿Querías verme?

—No digas tonterías. Ya te he dicho que fue para que no abrieras la boca. Ya somos el cotilleo de todo el pueblo.

—Que mentira más gorda. Tendrás que rezar mucho para...

—¡Déjate de rollos!

Le miró a los ojos. —Antes no te parecían rollos. Antes podías haber llegado a obispo o...

—¡Eso fue antes! ¡Y del antes al ahora han pasado muchas cosas!

Sus ojos brillaron. —¿Quieres que te las cuente? —La miró como si le hubieran salido dos cabezas. —Vale, no pongas esa cara.

—¡Me importan una mierda, como tú! —Las mujeres jadearon mientras ella perdía todo el color de la cara. —¡Lárgate del pueblo y déjame vivir en paz!

Se subió a su camioneta y la miró como si la odiara mientras arrancaba antes de salir de allí quemando yanta. Constance intentó reprimir las lágrimas porque sus palabras le habían hecho daño, pero le entendía. Más había sufrido Eric y ella era la única que estaba allí para pagar el pato.

—Niña, no lo ha dicho en serio —dijo Teresa.

—Lo sé. Si lo hubiera dicho en serio sería mala persona y sé que no lo es. Lo sé muy bien.

—Está enfadado, se le pasará.

—Sí, ¿pero por qué está enfadado? —preguntó Beth haciendo que todos la miraran—. Eh, que vosotros también os morís de curiosidad.

—No hay ningún misterio. —Forzó una sonrisa. —Nadie de los míos le ayudó cuando lo pasó

mal y yo se lo recuerdo, eso es todo. No me gusta hablar de eso, a él le hace daño y es lo que menos quiero.

—Entiendo —dijo Beth—. Pero lo de obispo me ha dejado atónita. ¿Iba para cura?

Soltó una risita. —No, pero sí que era muy devoto. Sus padres lo eran y...—Se encogió de hombros sin darle importancia.

—Pues ahora no pisa la iglesia.

Sin poder creérselo miró a Teresa esperando confirmación y esta asintió. —El cura le dio por perdido hace mucho tiempo.

Bueno, igual no estaba de acuerdo con el catolicismo, pero alejarse tanto de la palabra de Dios le parecía increíble. Igual rezaba en casa ya que no tenía una comunidad con quien hacerlo. Pensó en ello yendo hasta el mostrador. No, había querido romper con todo y rezar cada día le recordaría su pasado. Y era evidente que quería enterrarlo. Disimuló su pena cogiendo el sándwich sabiéndose observada por todos, pero sus pensamientos la llevaron hasta su hermana y todo lo que había provocado con su muerte. Ella había acabado con su sufrimiento, pero había provocado mucho dolor y al parecer ese dolor no había acabado porque era evidente que él todavía se torturaba con ello. Se preguntó cómo podía ayudarle. Dio un mordisco al sándwich. ¿Le ayudaría que se fuera? Claro que sí porque su conciencia no le remordería por el pasado y volvería a esa vida que había construido al lado de Phill. Pero no se pensaba ir. Ni hablar, ahora que sabía lo que su corazón sentía a su lado no pensaba separarse de él jamás. Solo tenía que hacer que se sintiera a gusto en su compañía, que olvidara el pasado y que volviera a casa. Bueno, lo de volver a casa mejor lo pensaban que con ese carácter que tenía ahora igual no encajaba. Ella se podía amoldar perfectamente a vivir allí. Aunque no vería más a sus padres y hermanos. Perdería a su familia. Se mordió el labio inferior porque en eso no había pensado. Si no regresabas a la comunidad ya no podías tener más contacto con ellos, eran las reglas. ¿Sería capaz de no hablar con su madre de nuevo? ¿De no ver a sus hermanos? Sintió una pena enorme. Era elegir entre un amor y otro, no sabía si sería capaz de renunciar a uno de ellos. Esperaba que ese momento no llegara nunca. Miró hacia el escaparate sintiendo que se le desgarraba el alma.

Capítulo 4

—Se ha portado estupendamente. El pobre se ha quedado dormidito enseguida, debe ser por la medicación —dijo mientras el padre de Jeremy le abría la puerta.

—No sé cómo agradecer tu ofrecimiento. Necesitábamos una noche así.

—Pues si queréis repetir, podéis llamarme a la consulta. A mí no me importa, es un cielo.

—Un torbellino, eso es lo que es.

Rio divertida. —Tiene mucha energía. Hay que canalizarla para que se agote. Mi hermano pequeño es igual. Unas carreras detrás de una pelota y todo bajo control.

Thomas entrecerró los ojos pensando en ello. —Compraré la pelota mañana mismo.

Sonrió divertida. —Buenas noches.

—¿Seguro que no quieres que te acerque?

—Si está aquí al lado. —Se despidió con la mano y abrió la verja para salir a la acera. El perro del vecino la siguió desde el otro lado de su valla moviendo el rabo sin ladrarle ni una sola vez. —Eres un buen chico.

Dio la vuelta a la esquina y se detuvo en seco al ver la camioneta de Eric aparcada en la acera de enfrente ante una casa azul con una valla blanca. Frunció el ceño mirando a su alrededor. ¿La había seguido? Entonces se fijó en las luces de la casa, las de abajo estaban encendidas y se veían dos siluetas a través de las cortinas. Y para su gusto esas siluetas estaban demasiado juntas. No, no podía ser. Cruzó la calle corriendo y saltó la valla como toda una profesional antes de acercarse de puntillas cruzando el césped. Se oía una música suave a través de la ventana abierta y un sonido muy sospechoso. Sin pensar agarró la cortina y la apartó para ver que Eric bailaba con una y que sus manos amasaban sus glúteos con ganas mientras la besaba como si quisiera comérsela. Jadeó indignada. —¡Jericó, suelta eso! —Sorprendidos se apartaron para mirarla con los ojos como platos. —¡Uy, vas a tener que rezar muchísimo para expiar tus pecados! ¡Eso no se hace!

—¿Quién es esta loca? —preguntó la chica. Al mirarla vio que era una morena guapísima con un top que mostraba gran parte de su vientre y unos vaqueros minúsculos a la altura de la nalga.

—Uy, uy... si viste como una lagarta. —Fulminó a Eric con sus preciosos ojos color miel. —Como has perdido el norte. ¡Menos mal que estoy yo aquí!

—Voy a llamar al sheriff. Seguro que se ha escapado de algún manicomio.

—¿Qué ha dicho? —preguntó agresiva.

—No hace falta que llames a nadie —dijo él entre dientes antes de señalarla con el dedo—. Espérame ahí.

—¡Claro que te espero! —Él salió del salón y Constance miró a la chica como si quisiera desmembrarla. —¡No te acerques más a él, pecadora!

—¿Qué me has llamado?

—¡Arrepiéntete de tus actos o la justicia de Dios caerá sobre tu cabeza!

La cogieron del brazo apartándola de la ventana y Eric la volvió para sisear —¡Vete de mi

vida!

—¿Esta vida de lujuria y desenfreno?

—¿Qué lujuria y qué desenfreno? ¿Estás loca? ¡Con mi vida hago lo que me viene en gana!

—Uy, que perdido estás. Pero yo te haré volver al redil, vaya que sí.

—Escúchame bien... No volveré a ese redil jamás, ¿me has entendido? Ahora lárgate antes de que Sheryl llame a la sheriff —dijo con ganas de pegarle cuatro gritos.

—¡Pues aquí la espero! —Se cruzó de brazos. —Pero yo no te dejo con esa.

—¿Qué coño te pasa? ¿Estás celosa?

Se sonrojó. —Que mentira.

Él la miró sorprendido. —Estás celosa.

—¡Qué no!

—¡Y has mentido! Otro pecado en tu inmaculada lista. Al parecer te estás volviendo como yo.

—Más quisieras —dijo entre dientes.

Dio un paso hacia ella. —Escúchame bien... Lejos de esa reprimida vida que llevábamos me he dado cuenta de que hay muchos placeres que están al alcance de mi mano y pienso disfrutarlos mientras viva sin sentir esa culpa de mierda que nos programaron desde pequeños. Esto es el mundo real. ¡Si quiero comerme una hamburguesa no es gula! ¡Si quiero comprarme otros vaqueros no estoy derrochando! ¡Y si quiero follar lo hago con quien me place! ¡Se acabó reprimir mis emociones o mis sentimientos! ¡Se acabó tener que pedir perdón por todo o dejar que otros nos insulten con la cabeza gacha! Yo ya no me dejo pisar por nadie y mucho menos dejo que nadie dirija mi vida, ¿lo has entendido? ¡Y sí que estás celosa!

Parpadeó. —¿Has acabado?

—¡Sí!

Levantó la barbilla. —¿Piensas casarte con ella?

—¿Y a ti qué te importa?

—El sexo es para tener hijos y...

—¡Deja de pensar así! ¡El sexo es placer, los hijos son una consecuencia! ¿O piensas que los chicos que te subieron a ese coche querían tener hijos contigo?

Perdió todo el color de la cara dando un paso atrás como si la hubiera golpeado y Eric apretó los labios. —Constance...

Salió corriendo intentando huir del dolor que le había provocado ese golpe bajo. Sabía de sobra que aquellos salvajes no querían hijos, no era tonta. Lo que le dolía es que había utilizado esa dolorosa y aterradora experiencia de su vida para intentar dejarla como una estúpida. ¿Quién era ese hombre? Porque puede que se pareciera al Jericó de su infancia, pero por dentro era una persona totalmente distinta.

Cuando llegó ante la casa de Teresa dejó de correr y cruzó la calle limpiándose las lágrimas. —Constance...

Se detuvo en seco en medio de la calzada y se volvió lentamente para verle tras ella. —No quería hacerte daño.

—No me lo has hecho. Tienes razón, es tu vida, tu decisión. Si quieres ir al infierno es problema tuyo.

—Exacto.

—Si quieres arder entre las llamas del pecado...

—Es problema mío.

—Si quieres la desdicha eterna. —Él sonrió. —¡No te rías!

—Te veo muy preocupada por mi alma.

Asombrada dio un paso hacia él. —¿No te das cuenta de que esta es la primera vez que te he visto sonreír desde que estoy aquí?

—No he tenido muchas razones para sonreír desde que llegaste.

—¿Me atacas porque remuevo tu conciencia?

—¡Porque me haces recordar cada maldito día a tu hermana!

—¿Habías conseguido olvidarla? Porque yo no puedo. ¡Yo encontré su cadáver! ¡Yo sabía que estaba mal y no hice nada! —Dio un paso hacia él. —¿Y sabes por qué no hice nada? ¡Porque sabía que ese matrimonio era equivocado! ¡Porque os dejasteis llevar por lo que querían nuestros padres! ¡Ella tampoco te quería de marido!

—Eso es mentira.

—¡Me lo dijo ella misma!

—¿Entonces por qué se mató?

—Porque estaba embarazada de otro hombre.

La miró como si no se lo creyera.

—¡Es cierto! ¡Estaba enamorada de un inglés del pueblo! El hijo del ferretero y cuando se acostó con ella se rio diciendo que las amish no éramos tan puras como todos pensaban. Descubrió que estaba en estado un día antes de quitarse la vida. ¡Yo lo sabía!

—Eras una niña, no...

—Sabes de sobra que a pesar de mi edad era su confidente.

—Yo me hubiera enterado de eso. Lo habría oído por el pueblo.

—¿Crees que ese cerdo dijo algo? ¿Y más después de ver las consecuencias de sus acciones?

—¡Por qué no dijiste nada! —gritó—. ¡Me culparon a mí!

Sollozó. —¿Y manchar la reputación de mi hermana? Intenté decírtelo a ti, pero cuando mis padres se enteraron de que quería hablar contigo, aunque nunca les dije sobre que, me encerraron en mi habitación hasta que te fuiste.

Eric se llevó las manos a la cabeza volviéndose. —Lo siento —dijo ella dando un paso hacia él.

—¡No te acerques a mí! —dijo rabioso—. ¡Vosotras hicisteis que perdiera mi vida!

—¿Y no has tenido más remedio que vivir esta? ¿Eso me estás diciendo?

—¡Sí!

De repente sonrió. —Siempre puedes volver. Mañana nos vamos, que veo que estás en un camino sin rumbo. —Se volvió mirándola incrédulo. —Ya verás cuando te vean, se van a alegrar mucho. Saben que fueron injustos contigo, te pedirán perdón. Puedes llevar la granja de tu padre, o mejor puedes comprar las tierras que lindan con las del mío. Entre todos haremos una casita y...

—¡Estás loca! ¿Crees que voy a volver allí? —preguntó con desprecio—. ¿Cuando he trabajado tanto por mi rancho?

—Puedes venderlo y...

—¡No voy a volver!

Constance enderezó la espalda. —¿Es tu última palabra?

—¡Sí!

—Vale, pues me quedará yo. Sentiré perder a mis padres y a mi familia, pero en la vida hay que hacer sacrificios. Tu alma necesita consuelo. Tranquilo, que yo te ayudo. —Decidida fue

hasta la valla dejándole pasmado. —¿Vienes mañana a recogerme al salir del trabajo para rezar juntos? Nos lo pasaremos bien. —Al no recibir respuesta se volvió y cuando no le vio miró de un lado a otro. —¿Jericó? —Bufó dando un paso hacia la carretera y gritó —¡Cómo vuelvas con ella me planto allí, tú verás! ¡Expía tus pecados, no te lo digo más! —Puso los brazos en jarras. ¿Debía ir hasta allí otra vez? No, había aprendido la lección. Se volvió y se sobresaltó al ver a Teresa tras ella en bata y con los brazos cruzados. —Hola.

—Niña, tienes mucho que contarme. Pasa que va a ser una noche larga.

Gimió pasando ante ella. —¿Lo has oído todo?

—Bastante, pero quiero más.

Ante una taza de té se miraron a los ojos. —Vaya —dijo Teresa.

—¿Es todo lo que tienes que decir?

—No, pero es lo único que me sale en este momento.

Sonrió con tristeza. —La verdad es que ni sé para qué me molesto.

—No has podido dejar de pensar en él en todos estos años y es lógico porque llevabas dentro un secreto que cambió su vida para siempre. Eras una niña y te impresionó todo lo que ocurrió, por eso has venido para cerrar este capítulo de tu vida, pero lo único que has conseguido es alterar la suya. —Se adelantó y cogió su mano. —Le quieres.

Se puso como un tomate y avergonzada dijo —La sheriff dice que sí, ¿no es una tontería? Si nos llevamos fatal.

—¿Por qué te mientes a ti misma? Hace unos minutos he escuchado como estabas dispuesta a renunciar a tu vida por él.

Miró al vacío. —Cuando me desperté del coma fue en el primero en que pensé, ¿sabes?

—Mi niña...

—Creo que el señor me ha dado otra oportunidad para intentar arreglarlo, por eso vine.

—¿Cómo le localizaste?

—Cuando murió su madre yo fui una de las que la preparó. —Sonrió con tristeza. —¿Sabes que nos enterramos con nuestro vestido de boda?

—¿De veras? Qué bonito.

—Bueno, no es como el vuestro, pero me parece una tradición preciosa. —Hizo una mueca. —Si tu matrimonio es feliz, claro. El hecho es que estuve en su habitación y al coger su delantal blanco vi que tenía un papel dentro. Era una carta de Jericó fechada nueve años antes preguntándoles cómo estaban. Nunca recibió respuesta, pero al fin supe dónde estaba.

—Lo siento mucho por él. Es difícil perder a la familia, pero perderles estando vivos debe ser terrible. No saber si están bien... Tuvo que ser un duro golpe para él enterarse del fallecimiento de su madre.

—Sí, y me temo que no fui muy delicada.

—Seguro que se lo dijiste lo mejor que pudiste dadas las circunstancias. Está muy rebelde.

Sonrió con tristeza. —Está claro que no quiere ni verme.

—Y lo de esa mujer te ha sacado de tus casillas.

—Pensaba en un acercamiento, ¿sabes? Iba a ganarme a Phill y después...

—Pero fue a verte hoy al trabajo y discutisteis de nuevo.

—Y Phill no me ha dirigido la palabra durante su reconocimiento. Y cómo me miraba, como si fuera el anticristo.

Rio por lo bajo. —Sabe que el sufre. Protege al chico como si fuera su propio hijo.

La miró a los ojos. —¿Y los suyos? ¿Esos no necesitan ayuda?

—Esos ya están perdidos. Llevan perdidos muchos años. Por eso aprecia tanto a Eric porque se ha comportado mejor que ellos sin llevar su sangre. ¿Sabes que cuando llegó a Phill le acababa de dar un infarto? No le dejaba hacer nada. Trabajaba de sol a sol para levantar el rancho. Phill lo había descuidado desde la muerte de su esposa y sus hijos no le echaron una mano ni una sola vez. El pobre estaba desbordado, pero llegó Eric y tomó las riendas. Y como lo ha convertido en uno de los mejores de la comarca, Phill está muy orgulloso de él. Por aquí puede que piensen que a veces es huraño o tiene mala leche, pero siempre que un vecino necesita ayuda ahí está Eric. El primero. Es un buen hombre.

—Eso ya lo sabía.

—Con esto quiero decirte que no es tan distinto al chico que conociste. Ha tenido una vida dura, pero en el fondo sigue ahí.

—Pues antes no se besuqueaba con lagartas —dijo con rencor haciéndola reír—. No tiene gracia.

—Es un hombre. Sheryl es una chica bonita y sé que han tenido algo de cuando en cuando porque no se esconden, pero no es serio. Sé que a ella le gustaría, pero él no piensa en casarse, te lo digo yo.

—Eso no se puede hacer.

—No puedes esperar que viva como un monje, niña.

—Para eso es el matrimonio. Para hacer esas cosas y tener los hijos que envíe Dios.

—Madre mía, si hubiera tenido diez hijos me hubiera tirado de los pelos —dijo escandalizada—. Hablas de hacer el amor como si fuera algo exclusivo del matrimonio y no lo es, no te hagas la tonta.

—Lo que hagáis vosotras a mí me da igual, pero nosotros...

—Ya no es uno de vosotros, acéptalo. —Constance apretó los labios. —Dios mío, hablabas en serio cuando decías que volviera. Quieres llevártelo, a eso has venido.

—Le perdonarán.

—¡Él no hizo nada!

—Bueno, pues se arrepentirán de sus actos.

—¿Crees que le tratarán igual después de lo ocurrido? Lo que menos quieren es verle por allí para que remuerda sus conciencias, como te dijo la sheriff. Y para que se arrepientan del todo deberías revelar la verdad sobre tu hermana y sé que no lo vas a hacer.

—Ah, no. Lo que ocurrió de verdad no pienso decírselo a nadie.

—¿Y crees que es justo para él?

Gimió dejando caer la cabeza sobre la mesa.

—Niña, el pasado no puede cambiarse, solo puedes intentar cambiar el futuro. ¿Por qué le has dicho que te quedarías si no lo pensabas en serio?

—No lo sé. ¡Ya ni sé lo que me digo! ¿Para qué me molesto? Es evidente que no quiere ni verme. Si al menos quisiera hablarlo... Yo insistiría, pero sin carnet no puedo coger un coche, así que no puedo acercarme al rancho. —Se encogió de hombros. —De todas maneras no querrá escucharme.

—Hay una bici en el garaje.

Sus ojos brillaron. —¿De veras? ¿Me la prestas?

—¿Para qué? ¿Para que acoses al pobre chico cuando no sabes todavía si te quedarás o no?

No pienso consentirlo.

—¡Teresa!

—¡Aclárate! Ya has contado lo que venías a contar. Ya te has desahogado y estoy segura de que eso ha ayudado a aliviar su conciencia. Ahora vete o quédate, pero si te quedas tiene que ser para luchar por él. Aunque niña no voy a negarte que lo tienes difícil.

—¿Eso crees? —preguntó desmoralizada.

—Eres la hermana amish de su antigua prometida muerta.

—Eso suena fatal.

—Es que es fatal. Mucho tienes que atraerle para que dé el paso. Y con todas las que tiene esperando no sé si te tocaría ni un pelo.

—¡Así que las tiene esperando! —Se levantó furiosa. —Eso es que les ha dado esperanzas.

—¿A ti te las ha dado?

Se detuvo en seco y parpadeó. —Pues no.

—Pues estás esperando como las demás —dijo divertida. Se puso como un tomate—. Volviendo a que lo tienes difícil, lo tienes muy difícil.

—¿Aparte de lo de mi hermana?

—Claro que sí, porque contigo sabe que no puede llegar más allá de cogerte de la mano hasta la boda.

—Claro que...

—Sí.

—¿Sí? —preguntó espantada. La mujer la miró como si fuera tonta—. ¡Vale, no me caído de un guindo! Lo entendí cuando me lo dijo la sheriff, pero si me quiere...

—Niña, hasta mi Preston me metió mano en su coche de vez en cuando y eso que eran otros tiempos. Si quieres competir con ellas debes hacerlo en igualdad de condiciones porque si no estarás en desventaja.

Se mordió el labio inferior y Teresa sonrió. —¿Sabes que tu subconsciente te ha delatado?

—¿Qué?

—Has dicho, si me quiere... Es lo que deseas, niña. Que te quiera. Lo que significa que estás enamorada de él y que estés aquí, que no le hayas olvidado en tanto tiempo y que desees que te haga lo mismo que le hacía a Sheryl, pero en exclusiva, demuestra que estás loca por sus huesos. Tú no vas a volver.

Palideció al escucharla y sintió una inmensa pena. —A ellos también les quiero.

—Sé que es duro. Muy duro, pero tendrás que elegir. Aunque no adelantemos acontecimientos, todavía tienes que conquistarle a él. Lo importante es saber cuánto lo ansías para dejarte la piel en conseguirle.

—Cuando le vi de nuevo supe que era suya. Le necesito. Ni te imaginas lo que siento a su lado.

Teresa se llevó la mano al pecho de la impresión. —Qué bonito.

—¿Por qué mi amor no es suficiente?

—Porque si va unido al sexo mucho mejor. —Ella iba a decir algo. —¡Antes del matrimonio, pesada!

Bufó. —Está bien.

—Pues a depilarse, que te he visto las piernas y es para ponerse a gritar del horror.

—¿Eso duele?

—Tranquila, que para algo inventaron las cuchillas de afeitar.

Capítulo 5

Caminando hacia la consulta se sintió desnuda con tanta pierna al aire. Para sorprenderla Teresa le había regalado alguna ropa de su hija de cuando era adolescente y los pantaloncitos, aunque eran mucho más decentes que los de Sheryl dejaban bastante pierna a la vista. Además, la camiseta de tirantes rosa que llevaba no ayudaba nada a sentirse mejor, todo lo contrario. Se le veía el escote. Si su madre la viera... Sacó las llaves para abrir la consulta y alguien silbó tras ella. Vio a través del cristal que era Jeff que aparcado en la otra acera la miraba con una sonrisa en los labios. ¡Había salido! Bueno, aquello ya era el colmo. Entró a toda prisa y cerró la puerta con pestillo no fuera a ser que se le ocurriera hacerle una visita. Dejó su bolso nuevo al lado de la agenda y fue hasta el perchero para coger la bata. Al menos estaría más fresquita. En ese pueblo hacía un calor de mil demonios. Suspiró volviéndose mientras cerraba la bata y se quedó helada al ver a Jeff en la puerta. —El pestillo no funciona —dijo con burla—. Y el doctor Harris es tan despistado que nunca lo arregla.

—Lo que te ha venido genial para robar lo que te diera la gana, ¿no es cierto? ¿Aprovechando que salía a tomar el café y no cerraba con llave?

Rio por lo bajo. —Eso lo hacía de adolescente.

—Ah, ¿pero has salido de esa fase?

Jeff apretó los labios. —Me parece que tú y yo hemos empezado con mal pie.

—Tengo la sensación de que tú empiezas con mal pie con todo el mundo. Tengo que trabajar, ¿querías algo? Porque como ves aquí no hay adolescentes a las que corromper.

—Veo que te has enterado.

—Yo y todo el pueblo.

—Pues Sybil no es la inocente doncella que todos piensan, ¿sabes? Y yo no necesito corromper a nadie. El juez ha pensado lo mismo porque ya estoy fuera.

—Por supuesto que sí, la gente como tú siempre cae de pie, ¿no es cierto? —Fue hasta su bolso para quedarse al lado del teléfono. —¿Qué quieres? Tengo mucho que hacer.

—Me han dicho que ayer mi padre estuvo aquí.

Se le cortó el aliento mirando sus ojos verdes. —¿Y?

Dio un paso hacia ella. —¿Está mal? ¿Por eso vino?

Estaba preocupado por su padre. —No te hablas con él, ¿no?

—¿Está bien o no?

—Se toma el tratamiento, descansa y come bastante mal, pero el médico le dijo que siguiera así. —El alivio de su rostro fue evidente. —Oye, ¿por qué no le llamas? Seguro que está deseando hablar contigo.

Salió de allí dejándola con la palabra en la boca y vio cómo iba hacia su coche. Su hermano no tardó en aparecer y mientras se subía al asiento del copiloto ella se acercó al escaparate. Jeff la miró mientras arrancaba y le hizo un gesto con la cabeza en señal de despedida antes de salir a la carretera. Al mirar la calle vio que la sheriff les observaba desde la puerta de su oficina con los

labios apretados. A esos se la tenía jurada, eso era evidente. Cuando cruzó la calle suspiró. — Ahora viene a interrogarme a mí. — Volvió a su sitio y no tardó en escuchar que se abría la puerta. Sonrió a la recién llegada. — Buenos días.

— ¿Qué quería?

— Saber cómo estaba su padre.

— ¿De veras?

— Sí, a mí también me ha sorprendido. Al parecer no se hablan.

— Phill es muy recto para sus cosas.

— ¿Cómo estás?

— ¿Te has enterado?

— Difícil no hacerlo cuando tengo una sala de espera llena de gente del pueblo. ¿Cómo está Sybil?

— Me echa la culpa de que se haya enterado todo el mundo y no me habla. Tiene dieciséis años, por Dios.

Hizo una mueca. — Es obvio que ella quería, por eso le ha soltado el juez, ¿no?

— Por eso y porque me ha puesto verde. Que la oprimo, que tiene sus derechos civiles y no sé cuántas cosas más. Debería ser abogado. — Constance soltó una risita. — No tiene gracia. El juez puso una cara que pensé que iba a llamar a servicios sociales.

— Increíble.

— Sí, ahora resulta que soy una bruja que no deja que mi hija se enrolle en el asiento trasero de un coche con el delincuente del pueblo. ¿Y cómo va lo tuyo? Ayer estuvo aquí.

— Sí, y discutimos. Y por la noche me lo encontré en casa de una tal Sheryl haciendo lo mismo que tu hija. — La sheriff hizo una mueca. — Sí, está rebelde, ¿qué se le va a hacer? Quiere que me vaya.

— Así que somos las apestadas de los nuestros.

— Al parecer sí.

— Sería interesante que sintieran lo que es no tenernos, ¿no es cierto?

Entrecerró los ojos. — Eric haría fiesta.

— Ya, pero mi hija no. Luego ya pensaremos en algo para ti.

— ¿Y qué se te ha ocurrido?

— Darle una lección que no olvide jamás.

Entró en la oficina del sheriff y sonrió a la mujer que estaba tras una mesa. — Buenas noches. ¿La jefa está por aquí?

— No. Se fue a casa hace dos horas ya.

— ¿Cómo? Si había quedado conmigo para ir a cenar.

La chica frunció el ceño. — Qué raro. ¿La ha llamado a casa?

— Sí, pero no lo cogen. Y también la he llamado al móvil, pero como no daba llamada creí que estaba aquí.

— Espere, que la llamo al coche patrulla. — Cogió un micro de mesa acercándolo y pulsó el botón. — Sheriff aquí Betty... — Soltó el botón, pero como no contestaba nadie volvió a intentarlo. — ¿Sheriff Martin? — Frunció el ceño. — Qué raro, siempre contesta.

— A ver si le ha pasado algo. ¿Y si se ha caído en la bañera o algo?

La chica la miró asustada y pulsó el botón. — ¿Robert? ¿Me oyes?

—Aquí Robert.

—Vete a casa de la jefa no la localizamos por ningún medio.

—Eso no puede ser. Espera, estoy girando la calle. El coche patrulla no está ante la casa.

Suspiró del alivio para decir exagerada —Entonces no ha llegado a casa. ¿Estará trabajando? Hay mucho criminal suelto.

—A todas las unidades tenemos que localizar el coche de la sheriff.

—¿No tenéis GPS de esos?

—Oh... —Fue hasta el ordenador y Constance puso los ojos en blanco. Esa no iba a salir de esa mesa en la vida. No se la veía muy avispada. Después de mover el ratón varias veces se acercó al micro de nuevo. —Su coche está en la cantina de Ross. Chicos ir para allá a ver qué ocurre.

—No estará en problemas, ¿no? Para que no conteste...

Esta apretó el botón de nuevo. —A todas las unidades ir a la cantina de Ross, la sheriff no contesta.

Un coche patrulla pasó ante la oficina a toda pastilla con las luces puestas y sonrió para sí. Ya estaba todo en marcha.

La noticia de su desaparición no dejaba de salir en los periódicos y la televisión. No se dejaba de decir que habían encontrado su coche abandonado cerca de la interestatal y que había sangre en el volante y en el salpicadero. Su hija llorando salió en las noticias pidiendo que quien la tuviera la dejara libre. Que la necesitaba. Era evidente que estaba muerta de miedo. A esa se le había quitado la tontuna de golpe. Los primeros en visitar la oficina del sheriff fueron Jeff y Ryan. Al ver sus rostros en la televisión hizo una mueca. Al parecer esto había tenido efectos colaterales. Jeff ante una cámara gritó —¡Dejadme en paz!

Todo el pueblo estaba revolucionado y no dejaban de salir declaraciones de vecinos diciendo que seguramente Jeff la había matado. Bueno, eso ya se resolvería. Igual le daban una lección también y enderezaba su vida que ya iba siendo hora.

—Dios, que desgracia —dijo Teresa.

—No sabemos lo que ha pasado...

—Seguro que la sheriff luchó con uñas y dientes.

—Igual está desmayada por ahí. En cuanto amanezca haremos otra batida con los demás.

—No sé si pegaré ojo.

—Tú tómate un vasito de leche caliente y la pastilla para dormir que ya verás como todo se resuelve.

—Dios te oiga. —Salió del salón y fue hasta la cocina. Apenas dos minutos después salió con el vaso de leche en la mano y dijo desde el hall —Que descanses.

—Que descanses.

Subió las escaleras. Constance estiró el cuello para verla ir hacia su habitación y cerrar la puerta. Apagó la televisión y dejó el mando en su sitio. Inquieta esperó diez minutos y se levantó en silencio para ir hacia la cocina. Cogió la bolsa con la comida que había escondido dentro de uno de los armarios de abajo y abrió la nevera para sacar dos botellas de agua. Las metió en la bolsa y procurando no hacer ruido abrió la puerta de atrás. Esta chirrió y ella gimió por dentro antes de mirar hacia arriba, pero no escuchó nada. Salió a toda prisa y cerró la puerta muy lentamente. Cogió la bici que tenía preparada en el patio trasero y salió por la puerta de atrás. Se

subió a la bici y sin salir a la carretera para que no la viera nadie pedaleó lo más aprisa que pudo. La pobre bicicleta chirriaba y todo. Cuando vio que venía un coche de frente se metió entre unos setos y cuando pasó de largo continuó su camino hasta la desviación. Fue por el camino de tierra entrando en el rancho de Eric y como le había dicho su amiga antes de llegar a la casa fue por un camino hacia su derecha. Que cantidad de baches. Al llegar al antiguo establo que estaba casi derruido por la mitad suspiró del alivio, prefería el caballo. Tenía la entrepierna hecha polvo y eso era porque el sillín casi no tenía relleno. Cuando se bajó dejó la bici apoyada en la pared antes de acercarse a la puerta. —¿Eliza? —Le extrañó no ver luz, pero igual ya estaba dormida. —¿Eliza? —Entró en el establo y la luz de la luna le mostró el saco de dormir al lado de la caja de madera donde tenía varios envoltorios de comida y una lámpara de aceite que estaba apagada. —¿Eliza? —Se acercó a la lámpara y la encendió rápidamente. —¿Eliza? —Alumbró a su alrededor, pero allí no estaba. Seguro que había salido para hacer sus cosas. Salió fuera y alumbró. —¿Eliza? ¡Estoy aquí! —Rodeó el establo y cuando llegó a la puerta de nuevo empezó a preocuparse. —¿Eliza! ¡No tiene gracia! —La buscó por todas partes. ¿Y si le había pasado algo? Igual había intentado volver a casa y le había pasado algo. O igual había regresado y ella no lo sabía. Quizás la había intentado llamar y ya no estaba en casa. No, sabía que iría esa noche. Lo habían hablado. Además, era demasiado pronto para que volviera. Habían planeado que sería una semana. Se estaba poniendo muy nerviosa. ¿Y si se había alejado y la había atacado un animal o se había caído a un hoyo? No tenía pinta de haber vivido en el campo en su vida. Si cuando vio la lámpara de aceite la miró con horror como si fuera el fin del mundo. Se mordió el labio inferior. —Dios mío, ¿y ahora qué hago? —A toda prisa dejó allí la comida por si regresaba y apagó la lámpara. Fue a la bici y suspiró pensando que le iba a quedar el chichi en carne viva. Se detuvo en seco. —¿Has pensado chichi? —preguntó escandalizada—. ¡Estos ingleses te están corrompiendo! ¡Cuántas oraciones tienes pendientes! ¡Se te acumulan! ¡Constance, céntrate porque te estás descarriando! —Se subió a la bici. —¡Lo dice la que está deseando perder la virginidad y sin estar casada! ¡Lo que decía, estás corrompiéndote! ¡Si estás cometiendo un delito! —Empezó a pedalear. —¡Tú cometiendo un delito! Y eso que no llevas aquí ni una semana. A saber lo que haces en un mes. —Juró por lo bajo cuando pasó por un bache. —Vas a acabar en prisión, estás fingiendo un delito o ayudando a que se finja y eso tiene que estar penado. La que te puede caer va a ser muy gorda. ¡Malditos baches! Levanta el culo, Constance. —Intentó hacerlo, pero al pasar por un bache perdió el equilibrio y al llegar al cruce gritó cayendo a la cuneta raspándose todo el lado derecho. Tenía que haberse puesto los vaqueros. Mirándose la pierna que le sangraba chilló de la rabia antes de decir —Necesito un caballo. —Volvió la vista hacia el rancho y entrecerró los ojos al ver las luces apagadas. Su mirada fue a parar hacia el establo. No, era un riesgo enorme. Además, no podía ir a caballo por la carretera. Miró resignada la bici antes de cogerla de mala manera. —Esto es peor que una tortura china —siseó. A cada movimiento el dolor era peor y al llegar al pueblo ya lo tenía insensible. Al llegar a la oficina del sheriff entró a toda prisa. Allí estaba Robert tras la mesa—. ¿Se sabe algo?

—No, todavía nada. ¿Has tenido un accidente?

Se miró la pierna. —Mierda, no me había dado cuenta. —Asombrada le miró. —¿He dicho mierda?

—Sí.

—Mierda. —Jadeó llevándose la mano a la boca. —Ay madre, que esto ya no va a tener arreglo.

—Claro que sí agua oxigenada y una tirita. ¿Quieres que te lo cure? —Le hizo ojitos.

—No, gracias. Ya me lo curo yo solita...

—Bonitas piernas...

—¡Podrías dejar de miraras y buscar a tu jefa! ¡Vergüenza debería darte decir algo así en un momento como este!

—Tengo ojos.

—¡Y lengua, eso ya lo veo! —gritó abriendo la puerta.

—Y hago maravillas con ella.

—¡Serás guarro! —Salió de allí a toda prisa. —¡Se lo diré a tu jefa! —Se volvió y dijo por lo bajo —Cuando la encuentre.

¿Y ahora qué hacía? Necesitaba ayuda para buscarla. Podía estar en problemas y morir de veras y eso sí que no lo quería sobre su conciencia. Antes lo cantaba todo. Miró hacia la puerta. —No, no puedes decir nada. Perdería su trabajo y a su hija. —Entrecerró los ojos. —Si algún día necesitas ayuda...

Cogió la bici y fue hacia el rancho ya sin importarle si la veía alguien. Cuando llegó ante la casa dejó caer la bici y subió los escalones de un salto. Abrió la puerta. —¿Eric? —Una luz se encendió arriba. —¡Eric, soy yo!

—¿Qué pasa? —Se encendió otra luz y se mordió el labio inferior porque había despertado a Phill. —Chico, ¿qué pasa?

—Nada, duérmete. —Eric apareció solo con los vaqueros puestos. Que músculos, por tocarlos le importaba bien poco pagar penitencia el resto de su vida. —¿Qué coño...? Bajó los escalones descalzo. —¿Estás sangrando?

—No es nada. Pero necesito...

Phill apareció abrochándose la camisa. —¿Qué pasa? ¿Qué hace aquí?

Miró a Eric a los ojos. —Necesito que me ayudes.

—¿Te han atacado?

Cogió su mano tirando de él hacia el porche. —No puedes decírselo a nadie—susurró.

Phill apareció en la puerta y Eric apretó los labios. —No es nada, amigo. Puedes volver a la cama.

—¿Seguro? —preguntó mirándola con desconfianza.

—Seguro.

—Esta mujer solo te traerá problemas.

—¡Lo que pasa es que le quiere solo para usted! —dijo sin poder evitarlo.

La miró con rencor antes de cerrar de un portazo. Eric la cogió por el brazo alejándola. —¿Qué pasa?

—La sheriff Martin.

—¿La han encontrado?

Le rogó con la mirada. —No te enfades.

—¿Qué pasa, Constance? ¿Qué pasa con la sheriff?

—Ha desaparecido —dijo angustiada.

—Lo sé. Mañana haremos otra batida y...

—No, ha desaparecido hace unas horas.

—No te entiendo.

—Estaba en tu viejo establo. —Señaló con el dedo hacia allí. —Fue todo una farsa para darle una lección a su hija, pero ahora no está.

—¿Una lección a su hija? ¿Me estás tomando el pelo? He perdido todo el día de trabajo buscándola —siseó.

—Lo siento, pero... Ahora vas a perder la noche.

—Ah, no.

—Por favor...

—Seguro que está por ahí tomándote el pelo a ti también.

—No lo creo. Además, si pensara que ha desaparecido de veras, puede que me asustara como está pasando, que dijera la verdad y eso solo la perjudicaría.

—En su trabajo y en su relación con su hija —dijo muy serio.

—Exacto. ¿Hay algún sitio por allí en el que puede haberse caído o...?

—¿Seguro que has mirado bien en el establo?

—Claro.

—Hay un sótano.

—¿Qué?

Juró por lo bajo. —Se usaba en el pasado para guardar herramientas y esas cosas. Espera aquí.

Entró en la casa y Constance nerviosa se mordió el labio inferior. Regresó con una camiseta en las manos y ya las botas puestas. —Vamos.

Caminando hacia la camioneta se puso la camiseta lo que era una pena, la verdad. Se sentó a su lado y él arrancó derrapando sobre la gravilla. Fue campo a través y no tardaron en llegar. Eric frenó en seco ante la puerta y entró sin esperarla. Constance corrió detrás de él y vio como encendía la lámpara. —¿Dónde está? —Gritó cayendo cuando los tablones cedieron por su peso y casi de milagro se agarró a la madera del suelo con los brazos.

—¿No te dije que esperarás? —preguntó exasperado.

—¡Pues no! —Él se acercó y agarró sus brazos tirando de ella, pero al tirar hacia él se le rasparon las axilas y los pechos. —¡Ay, cuidado que me haces daño!

—Nena, ¿y cómo quieres que te saque? No puedo acercarme más, el suelo está podrido y podemos caer los dos.

—¡No me sueltes! —dijo asustada.

—No te voy a soltar. Intenta elevar la pierna para apoyarla en el borde.

—¿Te crees que soy gimnasta o algo así?

Escucharon un gemido y se miraron con los ojos como platos. —¿Eliza?

Un gemido le confirmó que estaba allí. —¡Vete a buscar una ambulancia!

—No sin sacarte de ahí. Dame la mano. —Al ver que dudaba gritó —¡Dame la mano! ¡Puede estar malherida!

Agarró su mano y dejó que tirara de ella. Sintió como se le clavaban varias astillas. Maldita ropa de verano, eso con su vestido amish no le hubiera pasado. —¿Eliza? Ahora vamos. —Suspiró del alivio cuando la arrastró hasta dejarla a su lado. —Tenemos que llamar a alguien.

—¿Y que sea yo el que la ha secuestrado?

Anda, pues no había pensado en eso. —Puedes decir que tú no sabías nada. ¡En realidad no lo sabías!

—Y cómo es que la he encontrado, ¿eh? ¿Y por qué sabías tú dónde estaba? Puede que la ayudemos a ella, pero nos hundiremos en la mierda.

—No, por favor —dijo débilmente desde abajo.

—¿Estás bien?

—Creo que me he roto la pierna y me he golpeado la cabeza. ¿He perdido la consciencia? —preguntó confundida—. No sé.

Eso explicaba que antes no le contestara cuando la había llamado. —Tenemos que llevarla a un médico —siseó Eric.

—Que venga mi tío.

—¡Eso! —exclamó Constance—Traemos a su tío y que él se encargue.

—Y luego cómo justifica que está escayolada, ¿eh? Lo mejor es tirarla en una cuneta y que diga que no se acuerda de nada.

—Pues también tienes razón, que en menudo lío nos estamos metiendo.

—¡En menudo lío me habéis metido a mí, joder! Hay pruebas de que estuvo aquí por todos los sitios. Seguirán investigando y como tomen pruebas de ADN estoy entre rejas en menos que canta un gallo.

—Pues quemamos el establo. Para lo que sirve.

Se sobresaltaron volviéndose de golpe y cuando vieron a Phill suspiraron del alivio. —Jefa, ¿qué haces ahí? —preguntó este acercándose al agujero.

—El idiota, claramente.

El hombre gruñó molesto. —Eso es evidente, no sé cómo este sitio no se ha derrumbado hace tiempo —Miró a los chicos y chasqueó la lengua. —No se lo voy a decir a nadie.

—Tenemos que sacarla de ahí. ¿Alguna idea? —preguntó ella nerviosa porque lo supiera más gente.

—¿Sin que vengan los bomberos? Lo tenemos difícil. —Phill estiró el cuello. —Pero tranquila que te sacamos.

—¿No me digas? —preguntó irónica desde abajo—. Dios mío, voy a perder mi trabajo y mi hija no volverá a hablarme nunca más. Eso si no acabo en prisión, claro.

—Eso no va a pasar —dijo Constance—. Tengo que bajar, necesitamos una cuerda.

—Hay un arnés en el almacén, Phill. Pero bajaré yo.

—Ni hablar. Tú pesas mucho más y puede hundirse el suelo.

—¿Te has visto? Ya estás hecha una pena. —La miró de arriba abajo. —¡Y por cierto de qué vas vestida! ¡Eso si se puede decir que vas vestida, claro, porque se te ve todo!

—¡De lo que van todas y no me saques tu lado amish que la tenemos! ¡Phill el arnés!

—Traeré también la escalera extensible por si acaso. —Se rascó la cabeza antes de mirar al techo. Todos miraron hacia allí para ver telarañas. —Y una polea para sacarla. Esa viga parece que resiste.

—Buena idea. —Fulminó a Eric con la mirada. —¿Ves? ¡Él da ideas! —Eric gruñó saliendo del establo. —¿A dónde vas?

—A acercar el coche para que nos ilumine.

—Esa también es una buena idea.

—¿No me digas?

—Vas muy bien, sigue así —dijo su amiga desde abajo.

—Shusss que te va a oír.

Los faros la iluminaron y la silueta de Eric abrió las puertas del establo de par en par para dejar pasar la luz. Cuando la miró se detuvo en seco, pero no se movió lo que la puso nerviosa. —¿Qué ocurre?

—Nada. —Se acercó a ella. —Estás llena de heridas.

—¿De veras? —Se miró y gimió al ver que se había raspado todas las piernas y que tenía algo

negro encima de su pecho izquierdo. —¿Qué es eso?

Él carraspeó. —¿Una astilla? Creo que te la clavaste al subir.

Era enorme. Preocupada por si le quedaba cicatriz llevó las manos allí, pero se le escurría porque no la veía bien. —Déjame a mí —dijo con voz ronca cortándole el aliento. Levantó la vista hasta su rostro, pero él le miraba el pecho con el ceño fruncido—. Nena, ¿no llevas sujetador?

—Nunca me lo he puesto —dijo casi sin aliento.

Gruñó elevando la mano y su cuerpo tembló de anticipación. Movié la mano de un lado a otro como si no supiera como tocarla para no rozar su seno y cuando dio varias vueltas bufó. —¡Hazlo ya! ¡A esa no dudas en ponerle la mano encima!

—¡Sheryl no es como tú! ¡Y no quiero que te hagas ilusiones!

Su burbuja le explotó en la cara. —¿Ilusiones?

Obviamente incómodo dijo —No me voy a casar contigo porque te toque una teta.

—¡Pues hazlo de una vez! —le gritó en la cara.

Él siseó algo por lo bajo y le pellizcó la carne alrededor de la astilla para elevarla un poco y con la otra mano la sacó. —¡Ya!

Mirándole con rencor porque había roto la magia dijo —Felicidades campeón.

—Se te está poniendo un carácter insoportable. A ver si vuelves de una vez porque...

Chasqueó la lengua dándole la espalda y él la miró asombrado. —¡Hablo en serio! ¡Antes jamás me hubieras dado la espalda!

—Es que he aprendido que si tú gritas yo grito y si gritas más te ignoro. ¡Y no tengo por qué ser la perfecta amish aquí! ¡Es mi rumspringa! ¡Puedo hacer lo que quiera! ¡Incluso acostarme con veinte si me da la gana!

Él entrecerró los ojos. —¿Qué has dicho?

—Amiga, ¿estás bien? —gritó al agujero.

—Muy entretenida. Seguid, seguid...

Se volvió poniendo los brazos en jarras. —Lo sabes de sobra, tú la tuviste y decidiste volver, bautizarte y entrar en la comunidad. Ahora es mi momento de decidir si quiero quedarme o vivir con los ingleses. A saber lo que hiciste tú en ese periodo viendo la vida que llevas ahora.

—¿La vida que llevo ahora? ¡Si soy como un monje!

—¡Ja! ¡Encima mentiroso!

—¡Tengo ya treinta años, necesito sexo!

—Pues lo que decía. —Levantó la barbilla disimulando que se moría de la vergüenza. —Yo también lo necesito.

Dio un paso hacia ella amenazante. —De eso nada.

—Jacob no me lo tomará en cuenta. Lo entenderá.

—¿Jacob? ¿Quién coño es Jacob?

—Tu hermano. —Parpadeó como si no la entendiera. —Cuando vuelva decidiremos si nos casamos.

—La leche —dijo Eliza desde abajo.

—¿Estás comprometida con Jacob?

—No, ¿estás sordo? Nos llevamos bien y quiere...

—¡Me importa una mierda lo que quiera! —gritó alterado—. ¡No te puedes casar con él!

—¿Por qué?

Se la quedó mirando como si le hubiera dado la sorpresa de su vida y a Constance le dio un

vuelco al corazón porque parecía que no encontraba una respuesta. Dio un paso hacia él. —¿Por qué no puedo casarme con Jacob?

Separó los labios para decir algo y ella expectante retuvo el aliento. —Voy a ver qué hace Phill.

Salió de allí como si le persiguiera el diablo y las luces de los faros desaparecieron antes de que pudiera parpadear siquiera.

—Amiga esto va muy bien. —Eliza soltó una risita antes de gemir de dolor.

—¿De veras? —preguntó esperanzada—. Dice que no me haga ilusiones.

—Bah, eso dicen todos y luego caen. Vaya si caen. Y este está al borde del precipicio.

Sonrió loca de contenta y estiró el cuello. —¿Seguro que estás bien?

—Decidido, tengo la pierna rota.

—Vaya. Sé que te duele, pero tranquila que enseguida llega la ayuda. Es genial que Phill se ponga de nuestro lado.

—Siempre le he caído bien.

—Ya, pero estamos hablando de su hijo.

—¿Qué?

—Ah, es verdad que tú no lo sabes. Jeff es el principal sospechoso.

—¡Constance sácame de aquí!

—Enseguida vienen.

—¡Ese ha ido a chivarse! ¡Jamás delataría a su hijo! ¡Le ha protegido cien veces antes, nos va a descubrir!

Ahora sí que se puso nerviosa porque era evidente que ella estaba implicada y si el viejo se chivaba no se libraría de que todos lo supieran.

—¡Rápido Constance!

—¿Qué hago?

—No lo sé.

Llevó las manos a la cabeza mirando a su alrededor y entonces frunció el ceño. —Eso es un sótano tiene que haber una entrada.

—No hay ninguna puerta en el suelo. Yo no la vi.

—Debe estar en la parte derruida, por eso Eric no pensó en esa opción. —Fue hasta allí corriendo sin importarle si el suelo crujía.

—¡Ten cuidado!

Había varias vigas enormes que habían caído del techo, pero afortunadamente como allí tenía la luz de la luna podía ver mejor. Apartó varias tejas de madera. —Vamos, vamos... —Saltó una de las vigas y vio algo que relucía, pero al agacharse vio que era una herradura. —Mierda.

—¿No la encuentras?

—¡No!

—Busca en la parte exterior del edificio. Muchos tienen la entrada allí. Así tienen acceso desde fuera.

Saltó los escombros y al llegar a lo que se suponía que era el exterior vio la puerta pues la entrada sobresalía un poco del suelo. Pero tenía una viga encima. Estaban perdidas. Fue hasta allí y la cogió con ambas manos, pero era imposible de mover sin un caballo. Intentó arrastrarla a un lado y escuchó un sollozo. Eliza lo iba a perder todo. Siguió la viga por si algo le impedía moverse y vio que otra había caído encima. A toda prisa cogió un tablón e hizo palanca. Logró moverlo hasta que cayó a un lado. Sí, así podía moverlo, así que recorrió la viga en dirección a la

trampilla y buscó un punto de apoyo. Al minuto sudaba como nunca en su vida, pero consiguió moverlo mientras gritaba del esfuerzo. Al mirar hacia la trampilla vio que una de las puertas se había liberado, así que corrió hacia allí sin importarle rasparse las piernas con los restos de madera. Abrió la puerta empujándola a un lado.

—¡Veo la luz!

Bajó el primer escalón, pero al bajar el siguiente este se rompió con su peso cayendo de rodillas en el suelo del sótano. —¿Estás bien?

—Sí, sí. No es nada.

Se levantó disimulando el dolor y fue hasta ella lo más rápido que pudo. La luz de la lámpara de arriba la iluminaba porque estaba justo bajo el agujero. Suspiró del alivio porque a pesar de todo no tenía mal aspecto. Se arrodilló a su lado. —¿Podrás ponerte en pie?

—Te aseguro que pienso intentarlo. Ayúdame.

Pasó el brazo sobre sus hombros. —No tenemos coche.

—Primero tenemos que salir de aquí. —Dando saltitos mientras su amiga reprimía los gritos de dolor consiguieron llegar a la escalera. Eliza se sentó en un escalón y apoyando las manos fue subiendo hasta llegar al escalón roto. La cogió por las axilas gritando del esfuerzo mientras ella se ayudaba con el pie sano y logró sacarla. La ayudó a sacar las piernas y Eliza gritó cuando le tocó su pierna herida. —Lo siento, lo siento...

—No te disculpes. —Tomando aire miró a su alrededor. Había una caseta algo más lejos. —Tengo que esconderme allí detrás.

—Vamos. —La cogió por la cintura levantándola y Eliza apoyándose en ella avanzó. Estaban casi llegando cuando escucharon el sonido del motor. —¡Ya vienen!

En su prisa por llegar Eliza tropezó con el pie sano y ambas cayeron al suelo. Mientras su amiga gemía de dolor ella levantó la cabeza para ver que era la camioneta de Eric. —¡Constance! ¿Dónde estás?

—¡Aquí!

—¡No! —protestó Eliza.

—Le necesitamos para sacarte lo más aprisa que podamos.

Vio como él salía del establo y las veía. Corrió hacia ellas y por su rostro se dio cuenta de que algo no iba bien. —He pillado a Phill llamando a la oficina del sheriff.

—Lo suponía —dijo Eliza—. Ayúdame. Tengo que irme.

La cogió en brazos como si no pesara nada. —Nena recoge sus cosas del establo. Que no quede nada.

Sin perder el tiempo Constance corrió y mientras él la llevaba a la camioneta entró en el establo, cogió la mochila y metió dentro todo lo que veía. Cuando acabó agarró el saco de dormir y lo apartó para asegurarse de que no había nada debajo. Eric llegó corriendo y agarró la mochila con el saco. —Asegúrate de que no queda nada.

Miró a su alrededor y cogió la lámpara de aceite iluminando bien la zona. —No hay nada.

—Bien, vámonos.

Salieron a toda prisa y él le dijo —Súbete delante. Eliza, tumbate para que no te vean. —Esta lo hizo en la caja trasera. —Voy a dejarte en la ermita abandonada.

Eric cerró la puerta y arrancó el motor. Apenas había cerrado ella la puerta cuando giró el volante yendo campo a través en dirección contraria a la casa. Eric miró por el espejo retrovisor. —Mierda, hay ADN suyo por todo el establo.

Le miró angustiada. —Lo siento.

—La culpa es mía por no vigilar que nos escuchara. Teníamos que habernos alejado más de la casa. —Apretó el volante furioso. —Le entiendo, ¿sabes? Jeff es hijo suyo. Lleva dos días muerto de miedo por él. ¡Joder! —golpeó el volante.

—Tenemos que idear algo.

—¿Cómo qué? Que diga que no se acuerda de nada.

—Nos van a interrogar.

—Diremos que hemos pasado la noche juntos.

Se puso como un tomate. —¿Y que lo sepan todos?

—¿Tenemos otra opción? Es su palabra contra la nuestra y si decimos que estuvimos juntos todo el mundo pensará que lo que quiere hacer es liberar a su hijo. Si nos mantenemos en nuestra versión nadie podrá decir lo contrario. —La fulminó con la mirada. —¿No ibas de liberal?

Se apretó las manos y cuando le dolieron vio que las tenía llenas de pequeñas heridas. Él miró hacia ella y juró por lo bajo. —Estupendo, nena. ¿Ahora cómo vas a justificar eso?

—¿Me caí en una zarza al intentar evitar que me sedujeras?

—Muy graciosa. —Él sonrió. —¿Te acuerdas de eso? Eras una cría.

—Te quedaron los brazos y parte de la cara que parecía que te habían hecho acupuntura, pero a lo bestia.

Rio por lo bajo. —Mi madre se puso de los nervios porque fue...

Ella perdió la sonrisa poco a poco. —Dos días antes del anuncio del compromiso en la iglesia. Ese día vosotros no fuisteis y te preparó la comida para que comierais solos como es la tradición.

De repente él se echó a reír. —Tu hermana cocinaba fatal.

Sonrió con tristeza. —Madre decía que pobre del marido que cogiera, que sería un santo que moriría de envenenamiento prematuramente.

Él asintió. Se quedaron unos segundos en silencio pensando en ella y sintió una pena enorme porque hubiera tomado aquella decisión que le sesgó la vida. Habían perdido tantos momentos juntas... Tragó saliva intentando no llorar. Como la echaba de menos.

Eric la miró de reojo. —¿Y tú cómo cocinas?

Se le cortó el aliento volviendo la cabeza hacia él. —¿Qué has dicho?

Carraspeó. —Es para saber si envenenarás a alguien en el futuro.

—Pues... —Se sonrojó. —Madre dice que mejor que ella —susurró.

—Hace mucho que no pruebo una buena comida casera. Y me debes una y muy gorda.

Sonrió. —Eso está hecho.

Pegaron un bote y salieron a la carretera general. Eric giró a la derecha y condujo dentro del límite para no llamar la atención.

—Todavía quedan unas horas para que amanezca. Debe dolerle horrores.

—No podemos hacer más. La dejamos en la ermita porque sé que mañana varios van a mirar por allí. Pero nosotros nos dirigiremos a otro sitio. Eso si el ayudante del sheriff no nos interroga, claro.

—¿Dónde hemos pasado la noche?

—No queríamos que Phill ni la señora Henderson se enteraran y la pasamos en la parte de atrás de la camioneta a la luz de las estrellas. Tengo una manta atrás y también tenemos el saco de dormir y lo demás. Diremos que es nuestro.

Se puso como un tomate antes de mirarle con desconfianza. —Lo has hecho antes, ¿no? ¡Por eso tienes una manta!

Él carraspeó. —No, que va.

—¡Eso, tú sigue mintiendo! Mucho vas a tener que rezar para limpiar tu alma.

—¡Yo ya no rezo, cómo tengo que decírtelo!

—¿En alemán? —preguntó con burla.

—Muy graciosa. —Apretó el volante. —Ya hemos llegado.

Frenó ante la ermita que era preciosa, pero le faltaba el tejado. Ingleses, que panda de vagos. Se bajó de la camioneta y cuando Eric se subió atrás preguntó —¿Qué hago?

—Nada. —Eliza sonrió alargando la mano hacia él. —Ya has hecho muchísimo. Gracias.

—Recuerda, no sabemos nada. —Eric bajó de la camioneta de un salto y esta gimió de dolor. —Lo siento.

—No pasa nada —dijo sin aliento—. Tranquilo, no me acuerdo de nada. Por cierto, siento lo de Phill.

Apretó los labios y la dejó a un lado de la ermita. —Cuando oigas algo tumbate en el suelo y haz que estés inconsciente.

Eliza sonrió a Constance. —No le sueltes, es un partido buenísimo.

Como un tomate dijo —Cállate.

—Anda, largaos de aquí.

Corrieron a la camioneta y se subieron a toda prisa. Eric giró el volante dando marcha atrás antes de enfilar de nuevo la carretera. La miró de reajo. —Iremos a lo que muchos llaman la laguna.

—Vale. —Frunció el ceño. —¿En este secarral hay una laguna?

—Nena, es una poza artificial que sale del río Pearl.

—Ah, ¿y hay agua con este calor de mil demonios?

Eric rio por lo bajo. —Algo queda.

—Genial, porque así me lavaré las heridas.

Él carraspeó revolviéndose incómodo en su asiento, pero ella ni se dio cuenta mirándose las manos. Que desastre. Ni se dio cuenta de que se metían por una senda hasta que varios baches hicieron que mirara la carretera. —¿Esto es propiedad privada? —preguntó viendo un cartel.

—Es mío. Desde aquí hasta el rancho todo es mío, pero algunos chicos siempre se cuelan en mis tierras para ir a la laguna.

—Ah... —Le miró de reajo. —Has prosperado mucho.

—He trabajado como un cabrón.

—Eso es evidente. En esta vida nadie regala nada.

—Pues por aquí no piensan lo mismo.

—Piensan que eres un trabajador incansable y que te mereces estas tierras. Que has levantado el rancho y que no tiene nada que ver con lo que era. También piensan que eres un buen vecino y un buen hombre.

La miró sorprendido. —¿De veras?

—Sí, en la consulta oigo muchas cosas. —Soltó una risita. —Y te admiran porque nadie se te sube a las barbas.

Él miró al frente pensativo. —Cuando llegué tuve algunos problemas de adaptación. No les entendía.

—Yo tampoco entiendo muchas cosas. —Suspiró mirando por la ventanilla. —No entiendo como Sybil puede tratar así a su madre que la quiere más que a nada. Que Jeff no respete a su padre. Que se cotillee con tanta crueldad de la vida de los demás. Su afán en gastar el dinero para conseguir cosas inútiles que no les darán la felicidad. —Se cruzó de brazos. —Y no entiendo

como en muchas cosas te has dejado llevar.

Eric se tensó. —¿Como en qué? ¿En lo de Sheryl?

—Ya has sacado el tema.

—Lo has sacado tú.

—¡No la he mencionado y podría haberlo hecho! ¡Son unas descaradas que buscan el amor eterno y se acuestan con el primero que pillan! ¡No es que busquen mucho!

—¿Y tú eres la que hace apenas una hora me dijo que iba a acostarse con otros? ¡Y estando comprometida con mi hermano, al que por cierto no quieres!

—Claro que le quiero.

Frenó en seco mirándola como si fuera un extraterrestre. —No puedes quererle.

—Le quiero.

Entrecerró los ojos. —A ver Constance, que te noto muy perdida, ¿le amas?

Se sonrojó. —Tendremos un buen matrimonio.

—¿Le amas? —Ella apretó los labios. —No puedes cometer el mismo error que tu hermana y yo. ¡No puedes casarte si no le amas más que a tu vida!

Se le cortó el aliento y dijo la frase que su madre le había dicho mil veces —Es un buen hombre, me honra y estará bien cuidada. Seré la madre de sus hijos y será un buen compañero.

—¿Te estás oyendo? ¡Tendrás una vida vacía hasta que el señor se te lleve! ¿De veras quieres eso?

—Pero es que en la comunidad no me gusta ninguno y si regreso...

—¡Pues no regreses! —le gritó en la cara—. ¡Me dijiste que te quedarías!

Su corazón dio un vuelco. —¿Quieres que me quede? Si no haces más que decirme que me vaya.

Eric suspiró. —Nena, me vas a volver loco.

Se acercó más. —¿De veras?

Él bajó la vista hasta sus labios y su corazón se aceleró acercándose más sin poder evitarlo. —Aquí también hay cosas muy buenas —dijo él en un susurro.

—La luz, el agua caliente al abrir el grifo... —Se pasó la lengua por su labio inferior.

—Puedo usar el tractor para trabajar —dijo acercándose a ella hasta que sus labios casi se rozaron.

—Y conduces, se llega más rápido. —Él acarició sus labios con los suyos casi mareándola. —El teléfono...

—Los condones —dijo separándose.

Parpadeó sin entender. —No los he probado, pero...

—Nena, que no tengo condones.

—¡Claro que sí, mírate en los bolsillos! —dijo alterada.

—¿Crees que siempre los llevo encima?

—¡Eric a mí no me dejas así! ¡Soy virgen y me has excitado! ¡Arréglalo! —La agarró por la nuca y atrapó su boca provocando que todo su ser chillara de la alegría porque lo había conseguido. Cuando su lengua se entrelazó con la suya se mareó de gusto hasta tal punto que se abrazó a su cuello. Él apartó sus labios. —Nena, no hemos llegado y no tengo...

Constance le besó de nuevo y él gruñó en su boca antes de llevar las manos a su cintura tirando de ella para pegarla a su torso. Constance enterró sus dedos en su cabello saboreándole, jamás en su vida se sintió tan embriagada y lo que sentía en su pecho le haría recorrer medio mundo con tal de tenerle. Y estaba allí, en ese momento era suyo, así que pensaba disfrutarlo.

Sintió que sus manos ascendían por su cintura por debajo de la camiseta y ansiosa porque le tocara apartó sus labios para quitársela antes de que él pudiera parpadear siquiera. —Joder, preciosa... Estamos llegando a un punto de no retorno.

—Mejor —dijo antes de besar sus labios.

Él consiguió apartar los suyos y Constance bajó hasta su cuello. —Nena, si hacemos esto no podrás volver. —Se le cortó el aliento. —Ya no —dijo él firmemente—. No lo permitiré.

Se apartó con miedo casi de mirarle a los ojos. —¿Por lo que dirán?

—Porque serás mía.

—No tienes que hacerlo, aquí soy inglesa y...

—¿Crees que dejaré que te ocurra lo mismo que a tu hermana?

—Bueno, siempre puedo volver y...

—¡Ni hablar! —le gritó a la cara—. Te quedarás aquí y para siempre, ¿me has entendido?

Asintió impresionada. —¿Me estás pidiendo matrimonio?

—¿Y qué si lo hiciera? —Frunció el ceño. —¿Qué responderías?

Se le quedó mirando y acarició sus mejillas como si no se creyera que estuviera allí. —¿Nena? Sé que no podrás volver a verles y sé mejor que nadie lo duro que es, pero si te quedas, si te unes a mí, intentaré con todas mis fuerzas darte la vida que mereces.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y en ese momento supo que ese era su sitio. Ya no tuvo dudas porque si debía seguir su corazón debía seguirle a él. Se abrazó a su cuello y él acarició su espalda desnuda. —¿Eso es que sí?

—Sí. —Sonrió loca de la alegría antes de besar su cuello. —¿Te dejarás barba?

—¿Quieres que me la deje?

—No, no me gusta.

—Pues no lo haré.

Preocupada por lo que pensara susurró —Tengo el cabello más corto.

Él acarició su melena hasta la mitad de su espalda. —Has estado enferma. Me imaginé por qué te lo habían cortado y no me importa. Solo me importa que estés sana.

Sonrió contra su piel. —Lo estoy. —Notó algo duro entre sus piernas y soltó una risita. —Estoy deseando llevar un hijo tuyo en mis entrañas.

La agarró por la nuca para mirarla a los ojos con una intensidad que le aceleró el corazón. —¿Quieres?

—Sí —dijo ansiosa—. Quiero tenerte dentro.

Abrió la puerta sorprendiéndola y con ella en brazos salió de la camioneta. Abrazada a él soltó una risita y Eric agarrándola por el trasero sonrió alejándose del vehículo. —¿Seguro que no quieres esperar a la noche de bodas?

—Esta es nuestra noche de bodas. —Constance acarició su nuca. —Solos tú, yo y la bendición del señor.

Sin dejar de mirarse a los ojos bajó una pequeña colina y la dejó en el suelo suavemente. Constance miró a su alrededor para ver un río como a diez metros que comunicaba por un estrecho canal con una pequeña laguna que estaba ante ella y en la que se reflejaba la luna. Era idílico. —Esto lo has hecho tú, ¿verdad? En casa tenemos uno así para que beba el ganado.

—Yo lo utilizo para bañarme en verano. —Se quitó la camiseta y la tiró a un lado antes de quitarse las botas. Al levantar la vista vio que ella no se había movido observándole. —¿No te desnudas, esposa? —Se desabrochó los pantalones y los dejó caer al suelo mostrándole su sexo erecto. Se sonrojó sintiendo que se le secaba la boca. Eric se acercó. —¿De pronto eres tímida?

—Llevó sus manos a la cinturilla de su pantalón y lo desabrochó robándole el aliento. Esas manos fueron a parar a su trasero y acariciando sus nalgas los hizo caer hasta sus pies. —Jamás había tocado algo tan suave —dijo con voz ronca antes de pegarla a su torso. Constance cerró los ojos por el roce de sus senos con su pecho antes de sentir su sexo contra su vientre. Fue maravilloso y acarició sus brazos hasta llegar a sus hombros fascinada por lo que su tacto le hacía sentir. Eric pasó las manos por su cintura de manera tan delicada que la estremeció de placer. —Eres preciosa.

—Ámame.

Él reclamó sus labios y no fue suave ni gentil, sino ansioso y apasionado. Y fue perfecto porque Constance sintió que ardía por dentro. Ni fue consciente de como la elevaba ni como ella rodeaba sus caderas con sus piernas ni tampoco de como la metía en el agua. Se acariciaron y besaron entregados el uno al otro mientras su vientre se estremecía deseando algo que la llevaba a querer más. Se apartó con la respiración agitada y él la elevó para atrapar uno de sus pechos metiéndose el pezón en la boca. Constance gritó de placer aferrándose a su nuca e inclinándose hacia atrás para darle mayor acceso. Cuando besó su otro pezón ya duramente erguido, fue una tortura tan exquisita que clavó sus uñas en su cuello. Él levantó la vista hacia su rostro. —Preciosa... —Metió la mano entre sus piernas y acarició su sexo con el suyo. —¿Me quieres dentro?

—Sí —susurró desesperada por lo que esas caricias provocaban en su ser.

La miró posesivo y colocó la punta en la entrada de su sexo. —Di que eres mi mujer.

—Soy tuya. Siempre seré tuya.

Entró en ella de un solo empujón y Constance gritó arqueando su cuello hacia atrás. Eric se lo besó con pasión y susurró a su oído —Ya está, nena. Enseguida dejará de doler.

Ella acarició su nuca y se enderezó para mirarle a los ojos. —Te siento, estás dentro de mí. —Eric se movió y ella abrió los ojos como platos haciéndole sonreír. —Ahora sí que te siento.

—Pues es solo el principio —dijo antes de besarla como si quisiera fundirse con ella antes de moverse de nuevo. Tembló entre sus brazos por el placer que la traspasó, pero él no dejó de moverse lo que provocó que enlazara un placer con otro sin saber ya ni como se llamaba. Aferrada a él y desesperada por más enlazó sus pies en su trasero para poder impulsarse, yendo a su encuentro en cada embestida y tuvo que apartar sus labios para gritar porque cada vez que entraba en ella era una tortura exquisita. Eric apretó sus nalgas empujándola hacia él y llegó un punto en que creyó que todo aquello la volvería loca porque era imposible que lo que sentía no tuviera consecuencias. Y por un momento se asustó. Él debió darse cuenta y se detuvo en seco.

—¿Nena?

Asustada miró sus ojos. —¿Esto está bien? ¿Es normal? —preguntó sin aliento.

Él sonrió. —¿Disfrutas?

—Sí. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Mucho.

—Pues es normal.

—Gracias a Dios.

Él rio y apoyó la frente en su hombro. Se abrazaron durante unos segundos. —Preciosa, ¿sigo?

—Prométeme que esto no me matará.

Se echó a reír a carcajadas. —Mujer, eres única.

—¿De veras?

—Sabes que ahora voy a tener que hacerlo casi todo de nuevo, ¿no?

—Madre mía. —Al sentir como se movía otra vez gimió. —Sí...

—Déjate llevar, no pienses en nada. Lo que hagamos está bien. —Besó el lóbulo de su oreja antes de entrar de nuevo en ella. —Estar en ti es lo mejor que he sentido nunca.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas abrazada a él y al sentir de nuevo como su vientre reclamaba ese placer se dejó llevar. Eric no perdió el tiempo. Sus envites cada vez eran más firmes y rápidos lo que a Constance la hizo llegar a un límite que tensó todo su cuerpo. Su vientre se estremeció con tal fuerza que creyó que se rompía en dos y fue ahí cuando Eric movió sus caderas con ímpetu entrando en ella y provocando que todo su ser explotara en su liberación. Fue lo más maravilloso que había sentido jamás. Y era un regalo suyo. Un regalo que solo podía hacerle la persona amada porque estaba segura de que ningún otro hombre la hubiera hecho sentir así jamás.

Él besó su cuello sacándola del agua mientras volvía en sí y la tumbó sobre la hierba. Cuando Constance abrió los ojos le vio sobre ella sonriendo. Él acarició su vientre. —¿Estás bien?

—Sí. Me ha encantado, gracias.

Sonrió. —Gracias a ti, esposa.

—¿Esto lo haremos mucho?

—Espero que sí.

—¿Todas las noches?

—Y algunos días. —Se acercó a sus labios. —Muchos días —dijo con voz ronca.

Abrazó su cuello sintiendo que ese deseo volvía. —Vas a estar muy cansado para trabajar, esposo.

—Pues trabajaré menos. La familia es lo primero. —Atrapó sus labios y su mano fue a parar a su pecho acunándolo con pasión. Constance supo que nunca se sentiría más feliz que en ese momento y deseó que fuera así para siempre porque ahora estaba segura, siempre le amaría y ya no podría renunciar a él.

Capítulo 6

El sol le dio en la cara y gruñó abrazando el torso de Eric. Alguien carraspeó y abrió un ojo para ver a cuatro tipos agachados sobre ellos mirándoles con una sonrisa bobalicona en la cara. Chilló cubriéndose con el saco de dormir y destapando a Eric que se despertó sobresaltado.

El ayudante del sheriff carraspeó. —¿Os importa si os hago unas preguntas?

—¿Qué? ¡Dejad de mirar a mi mujer! —gritó intentando cubrirla, aunque solo se le veían los ojos.

—Chicos daos la vuelta —dijo Robert con sorna.

Eric se levantó furioso y agarró sus pantalones. —¿Qué coño haces en mis tierras? —preguntó de malos modos poniéndose los vaqueros.

—Buscarte. Al parecer tú y aquí... tu mujer, tenéis mucho que contarme sobre la desaparición de la sheriff Martin

—¿De qué hablas? Yo de eso no sé nada. —Miró hacia Constance que tumbada aún se tapó la cara—¿Queréis largaros de una vez? —gritó a los otros.

Esto suspiraron volviéndose y subiendo el desnivel para ir hacia la carretera. —¿Has visto que culito tan mono? —preguntó uno de ellos.

—Le voy a decir a mi mujer que haga aerobio.

—¡Matt cierra la boca si no quieres que te la cierre yo! —Fulminó a Robert con la mirada. —¿Te lo pasas bien? —El ayudante sonrió con descaro y Eric apretó los puños. —Si no tuvieras esa placa en el pecho...

Asustada se sentó. —Es lo que busca, cielo. Solo quiere provocarte porque es un envidioso, solo hay que verte a ti y verle a él —dijo con mala leche—. Además, le rechacé ayer mismo.

Eric entrecerró los ojos mientras ese idiota perdía la sonrisa. —¿No me digas?

—Sí, le vi ayer cuando fui a la oficina del sheriff a preguntar por Eliza. Fue justo antes de ir a verte.

—¡Largo de mis tierras! —gritó furibundo.

—Antes voy a hacer lo que me ha traído aquí. Phill nos llamó ayer por la noche.

Eric entrecerró los ojos. —¿Para qué? ¿Ha pasado algo en el rancho?

—Decía que en su antiguo establo estaba la sheriff. Que lo había fingido todo para dar una lección a su hija y que tu mujer la ayudaba —dijo con burla—. Es más, al parecer la jefa se cayó en el sótano y esa que llamas tu mujer fue a pedir tu ayuda.

—Constance vino a verme para estar juntos, pero si no me crees puedes revisar el establo.

—Ya lo he visto y no había rastro de la sheriff.

Suspiró llevándose la mano a la nuca. —Últimamente Phill no está muy bien. A veces dice cosas sin sentido.

Robert se puso serio de repente. —Eso me temía. La sheriff no podría hacer una cosa así, pero lo que me preocupa es lo que ha insistido, seguramente para exculpar a su hijo.

—¿Es que tenéis algo contra Jeff?

—Le tenía rencor a la sheriff por lo sucedido con Sybil. Es evidente que algo ha tenido que ver. No tardaré en encontrar alguna pista. Pero ten cuidado con Phill, cuando me fui del rancho estaba realmente furioso porque no le había creído. Y por cómo me hablaba de ella —dijo señalando a Constance —, no le tiene mucho aprecio. Hubo un momento en el que hasta gritó que quería llevarte con ella a no sé dónde.

—¿Dijo eso? —preguntó ella asombrada—. ¿Ves cómo solo te quería para ti?

—Nena, ahora no —dijo preocupado—. Gracias por decírmelo, Robert.

—De nada. —La miró a ella. —Y no le tengo envidia.

—Pues perfecto.

—No seas creída, tampoco eres para tanto —dijo con burla.

Jadeó indignada. —Yo no soy creída. Díselo, cielo.

—Nena, ¿no ves que quiere provocarte para que saltes?

Robert sonrió malicioso y ella entrecerró los ojos confundida. —No entiendo su humor. ¿Lo del culito también fue una provocación?

—Sí preciosa, pero esa era para mí. Te costará un poco acostumbrarte. Hay veces que hasta yo caigo en la trampa. —Miró a Robert. —Largo de aquí.

Este se echó a reír. —Pringados. Si va a ser cierto eso de que sois tal para cual.

En ese momento se escuchó la radio. —¡Robert vete a la ermita! ¡La han encontrado!

Robert subió el desnivel de un salto y gritando a la radio —¿Está viva?

—¡Dicen que sí!

Por como corría era evidente que sí que se preocupaba por ella y Constance miró asombrada a Eric que chasqueó la lengua. —En el fondo es un buen tipo.

—Cielo, ¿cómo voy a saber cuándo hablan en serio o en broma?

Hizo una mueca. —Conmigo suelen parar cuando ven que voy a arrearles.

—Ah...

Se sentó a su lado y sonrió. —Ya está.

Se abrazó a él. —¿Nos hemos librado?

—Parece que sí.

Eric besó su cuello haciéndola reír. —Cielo, es domingo.

La miró sorprendido. —Ah, no.

—Es día de descanso.

—En esto no se descansa.

Riendo dejó que la tumbara. —¿De veras?

—¿Es que no pensáis venir? —Chilló mirando hacia Robert que estaba allí de nuevo. —¿Tú no estabas tan preocupada por tu amiga?

Se puso como un tomate. —Sí claro, ya me vestía. Me estaba ayudando. —Vio en su rostro que no se creía nada. —Para que no me vierais nada.

—Eric tengo que dejar aquí el coche patrulla, se me ha pinchado una rueda. Luego vendré a buscarlo.

—Tranquilo, yo te la cambio y te lo llevo a la ermita.

—Si no os dais prisa puede que ya no esté allí. —Salió corriendo de nuevo. —Se la van a llevar en el helicóptero.

—¿Tan mal está? —preguntó ella aparentando preocupación.

—¡No lo sé! ¡Nos vemos allí!

Eric hizo una mueca. —Venga preciosa, date prisa. Que tengo que llevarte a casa a cambiarte

antes de seguir haciendo el paripé.

Cuando llegó a casa de su casera esta que estaba haciéndose el café dejó caer la mandíbula del asombro mirándola de arriba abajo. —Dios mío, ¿te han atacado?

—¿Tan mala pinta tengo?

—¡Sí! —La cogió de las manos. —¿Pero qué?

—Me caí sobre una zarza.

—Oh, Dios mío.

—Iba en la bici y... —Vaya, como mentía últimamente. Al parecer la lengua se acostumbraba pronto a soltar trolas como puños.

—Pobrecita. ¿Y a dónde fuiste?

Alguien carraspeó en el hall y Eric evidentemente incómodo dijo —Señora Henderson, buenos días.

Asombrada miró a Constance que sonrió. —Fuiste a...

—Sí.

—Y...

—Y todo. Pero nos vamos a casar.

Teresa chilló de la alegría antes de abrazarla. —Felicidades.

—Gracias.

—Prepararé un desayuno de reyes y me lo contaréis todo. —Al ver que se ponían como tomates dijo —Bueno, lo que se puede contar.

—No podemos —dijo ella corriendo hasta la puerta que llevaba al sótano. Bajó las escaleras y gritó —¡Han encontrado a Eliza!

—Oh, ¿y está bien?

—Iba un helicóptero a buscarla —dijo Eric—. Pero un café sí que me tomaba.

—Por supuesto.

Constance abrió el armario y tuvo que descartar la ropa que le había regalado Teresa. Se puso los vaqueros largos y una camiseta de manga larga. Iba a pasar un calor horrible, pero era lo que había. ¿Debería hacerse algún vestido? Soltó una risita. Sí, el de novia. Corrió escaleras arriba y fue hasta la puerta que llevaba al hall. Al ver que él no se movía sentado a la mesa de la cocina dijo —Cielo, tenemos que irnos.

Eric suspiró. —Es el mejor café que he tomado en años, señora Henderson.

—La mezcla la hace la niña.

—¿De veras?

Soltó una risita. —Hoy te haré la cena, vas a chuparte los dedos.

—Oh, le diré a Beth que venga. Está tan sola la pobre desde que enviudó —dijo Teresa sorprendiéndola

—Cuanto más mejor —dijo Eric.

—Pero...

Él le hizo un gesto sin darle importancia y se acercó besando sus labios. —Eso quedó atrás.

Pero era una tradición que a ella le gustaba... Intentó disimular su decepción. Siempre había pensado en la comida que le haría a su futuro esposo el día de su compromiso y ya no tendría ese día. Aunque sabía que tenía razón, su antigua vida como todo lo demás quedaba atrás. Sonrió mirando a Teresa que parecía preocupada. —Celebraremos la vuelta de Eliza.

—Estupendo, niña.

Le guiñó un ojo antes de coger la mano de Eric. —Nos vamos

—Avisadme si me necesitáis.

Se subieron al coche patrulla. —Nena tienes que aprender a conducir.

Sonrió ilusionada. —¿Me enseñarás?

—Claro que sí.

—¿Y tendré coche? Necesito coche para ir al trabajo. Bueno, eso si el doctor Harris me sigue dando trabajo.

—¿Trabajo? —Era obvio que se le había cambiado la cara. —No necesitas trabajar.

—Ya, ¿pero voy a ser una inglesa o no? Porque no voy a ser una inglesa cuando a ti te convenga. —Le miró fijamente y él se revolvió incómodo en su asiento mirando la carretera. —¿Eric?

—Espera nena, que estoy pensando.

—Sí, tú piénsatelo que me parece que no te lo has pensado bien. Si soy una inglesa lo soy para todo, sino nos volvemos a casa.

—Esta es nuestra casa ahora.

—Pues soy inglesa, ya lo has decidido. Y como un matrimonio inglés hablaremos entre los dos de las decisiones que se tomen.

Él sonrió. —Así que discutiremos de todo.

—De todo. Tú das tu opinión, yo la mía y decidimos entre los dos.

—¿Y si no estamos de acuerdo?

Le advirtió con la mirada. —No te pongas cabezón, que quieres ser amish cuando te conviene.

—Menuda mentira.

—Ah, ¿no? La cara que pusiste por los pantalones cortos.

—Eran muy cortos.

—Eso tengo que decidirlo yo.

—¡Y yo! Tú lo has dicho. ¡Si uno de los dos no está de acuerdo en algo, el otro no debería hacerlo!

—¿Eso significa que si no estoy de acuerdo en que vendas un ternero no lo harás?

—Claro que no.

—¿Ves? Eso es retrógrado.

—Nena, que no estamos hablando de lo mismo.

—Claro que sí.

—No podemos estar de acuerdo en todo. Yo decido sobre el rancho.

—Entonces yo sobre mi trabajo, es lo justo.

La miró entrecerrando los ojos. —Al parecer voy a casarme con una mujer muy lista.

—¿Por qué crees que me dejaron hacer el rumspringa con más de veinte años?

Él rio por lo bajo. —La cara que debieron poner.

—Ni te lo imaginas. Después de casi cuatro años en coma no querían presionarme con lo del bautizo y cuando el obispo se atrevió a sugerirlo, se quedó de piedra cuando le dije que quería mis vacaciones. Me dijo asombrado, pero si ya te las has tomado.

Eric se echó a reír. —¿Quién era?

—Abram Lapp.

—¿Ahora es obispo? —preguntó incrédulo—. Si de niño hacía que rezaba.

—Pues ahora ha cambiado mucho y es muy... —Apretó los labios. —Estricto.
—Lo has dicho de una manera... —La miró de reojo. —¿Qué pasa en casa, cielo?
—No, nada. Será que desde que me di ese golpe en la cabeza ya no soy tan sumisa como antes.

—¿Chocabais?
—Como dos trenes de mercancías uno frente al otro y sin frenos. Un par de veces pensé que me echaba porque le repliqué en la misa. Mi padre se subía por las paredes.

Eric se echó a reír. —Increíble.
—Mi madre le decía que me disculpara, que el golpe en la cabeza no me había dejado bien.
—¿Qué? ¡Estás perfectamente!
—Necesitaba un respiro y cuando vi tu dirección... —Le miró. —Tenía que contarte lo de mi hermana.

Él alargó la mano y cogió la suya. —Gracias por decírmelo.
Miró al frente. —Igual es cierto que he cambiado. Igual ya no tengo la paciencia ni la voluntad de sacrificio que tenía antes.

—Nena, aquí estaremos bien, tendremos una buena vida.
—Sí, formaremos nuestra familia y tendremos amigos. Nuestra propia comunidad.
—Exacto. —Vieron como el helicóptero se elevaba. —Llegamos tarde.
—¿Y cómo vamos a volver a por tu ranchera?
—Tranquila, alguien nos llevará. Seguro que allí hay un montón de gente.
Efectivamente cuando llegaron hasta estaba la prensa. Habían hecho un cordón policial rodeando la ermita, seguramente para preservar las pruebas. —Menos mal que todos estos coches han borrado las rodadas de mi ranchera.

—Sí, Robert no ha sido muy inteligente, ¿no crees?
Apagó el vehículo. —¿Qué se te pasa por la cabeza?
—Creo que lo sabe.
La miró sorprendido. —¿Cómo estás tan segura?
—Porque cuando ayer le fui a ver a la oficina del sheriff, estaba tan pancho comiendo patatas fritas como si su jefa no estuviera perdida cuando los demás han pateado el pueblo de arriba abajo en su busca. Además, casi ni nos interrogó tragándose eso de que Phill había perdido la cabeza. Seguro que casi ni registró el establo y fue a buscarnos. ¿Por qué, si no le había creído? Para asegurarse de que decíamos los tres la misma versión de lo que le está ocurriendo a Phill.

—Y que sus acusaciones no sean creídas por nadie.
—Exacto. Por eso ha dejado que todos estos se acerquen tanto, para encubrir pruebas si es que las había y te ha dejado el coche para que no vinieras con tu ranchera. Hay mucha gente de fuera por aquí, alguien podía haber visto tu ranchera por la zona y atar cabos. Sobre todo si Phill se está yendo de la lengua. Pero si no ven tu vehículo puede que no se acuerden de que vieron uno igual la noche anterior.

—Eso es mucho suponer, nena.
—Bueno, tú por si acaso hasta que esto no se calme no salgas mucho con ella.
—No puedo ir a caballo al pueblo.
—¿No tienes calesa?
—Bajemos, ¿quieres? Te preocupas demasiado.
Bajaron del coche patrulla y en ese momento se apartó un periodista mostrando a Phill que estaba hablando con uno que llevaba un micro. —¡Ellos la han dejado ahí! —dijo señalándoles

—. ¡Han sido ellos! ¡Todo esto es una farsa para inculpar a mi hijo!

—Me preocupo demasiado, ¿eh? —dijo entre dientes antes de gritar —¿Pero qué dice este hombre? ¿Es que ha perdido la cabeza? ¡Yo soy amiga de Eliza, jamás le haría daño!

Los periodistas corrieron hacia ella rodeándola con sus micros y empezaron a hacerle mil preguntas todos a la vez. —¡Déjenla en paz! —Eric señaló con el dedo a Phill. —No me puedo creer que hagas esto.

—¡Ni yo me creo todavía que te hayas puesto en mi contra! ¡Te lo he dado todo! ¡Eras un muerto de hambre cuando llegaste al pueblo!

Eric se tensó por el insulto y ella le cogió por el brazo. —¡Será desagradecido, vive en su casa gratis!

—¡Una casa que era mía y que le vendí por cuatro cuartos! Jodidos amish aprovechados. Vais de santos, pero después apuñaláis por la espalda.

—¿Son amish? —preguntaron los periodistas.

Eric fulminó al periodista con la mirada. —¿Tengo pinta de ser amish?

Robert llegó en ese momento y empujó al periodista. —¡Aléjense!

—¡Oiga, no me empuje!

—¡Como no se aleje de ellos voy a arrestarle por acoso! ¡Y esto va para todos los demás! ¡Esta es una comunidad tranquila y la intimidad de sus habitantes no tiene nada que ver con el caso hasta que yo lo diga! ¡Y tanto Eric como Constance nos han ayudado todo lo que han podido! —Miró a Phill furioso. —¡Te aconsejo que te largues, solo quieres proteger a tu hijo y lo único que haces es perjudicarlo!

—¿Perjudicarlo? ¡Intento que se sepa la verdad!

Robert se acercó a él y le dijo algo al oído que le tensó. El anciano le miró a los ojos. —¿Eso crees?

—Estoy seguro, así que vete a casa. Es por el bien de todos.

Phill rabioso pasó ante ellos mirando a Constance como si la odiara y Robert suspiró acercándose. Eric preguntó en un susurro —¿Estamos en problemas?

El ayudante del sheriff mirando a su alrededor respondió —Ten cuidado con él, amigo. Si algo sé de los Morton desde que era un crío es que son muy rencorosos y es evidente que ahora el patriarca te considera su enemigo. —Le miró a los ojos. —Y no es solo uno, son tres y sus secuaces.

Preocupada le escuchó decir —Tranquilo, sé defenderme.

—Yo que tú iría a tu casa cuanto antes.

—Pues tendrás que acercarme a mi camioneta. Además, tenemos que hablar.

Robert asintió y se volvió. —¡Bill te quedas al cargo! ¡Que no se acerquen mientras recogen las pruebas!

—¡De acuerdo!

Les hizo un gesto con la cabeza y fueron en silencio hasta su coche. —Gracias por traerme el coche arreglado —dijo bien alto al pasar entre los periodistas.

—De nada.

—¿Os importa ir atrás?

—No, claro que no —dijo ella sonriendo.

En cuanto se subieron Robert encendió el motor y la miró por el espejo retrovisor —Joder, la que habéis liado.

—¿Lo sabías?

—Claro que lo sabía. Si hubieran sorprendido a la jefa en su coche habría habido lucha o algo. Además, la escuché por la radio de su hombro cuando hablaba contigo.

Dejó caer la mandíbula del asombro. —¿Eso se puede hacer?

—No se dio cuenta de que el botón de la radio se le había quedado atascado.

Eric la miró como si fuera un desastre. —¡Yo qué sabía!

—¡Y ahora habéis metido a Eric en esto y habéis iniciado una guerra con los Morton! —gritó Robert.

—Oye, que yo no he iniciado nada. ¡Si no fuera por tu jefa yo no estaría en esto! ¡Nunca me meto en líos! —Eric la miró como si hubiera dicho un disparate. —¡Guardar secretos no es meterse en líos!

—¡Sí cuando esos secretos afectan a la vida de otras personas!

—¡Estamos hablando de Eliza sino te importa! Yo no ganaba nada con esto. ¡Era un favor!

—¡Pues ahora el favor me lo va a hacer a mí! ¡Tendré que vigilar mi ganado y la casa hasta que esto se calme!

Se sonrojó. —¿Yo qué sabía que iba a pasar esto?

—Eso si no te lleva a los tribunales —dijo Robert dejándola de piedra.

—¿Qué coño me estás contando? —preguntó Eric furioso—. ¿Hablas de las tierras? ¡Son más ante notario!

—Ya le acabas de oír, se las compraste por cuatro perras.

—¡El precio de mercado de entonces teniendo en cuenta el estado en que se encontraba la explotación! ¡Todo el mundo sabe que yo la saqué adelante!

—Pues por la cara que ha puesto Phill va a luchar. Y os aconsejo que no digáis mucho por ahí que ha perdido la cabeza porque pueden alegar que os aprovechasteis de su estado para robarle sus tierras a un precio de risa.

Eric la miró incrédulo. —¿Te das cuenta de lo que has hecho? —gritó furioso.

Gimió apretándose las manos. —Lo siento, cielo.

—Como pierda mis tierras... —dijo entre dientes.

—Eso no va a pasar. ¿Verdad Robert?

—Los jueces son imprevisibles.

—¡Oye, ánimale un poco!

—No tengo que animarle, tengo que decirle la verdad. —Giró metiéndose por el camino que llevaba a la laguna. —Vosotros mantener los ojos abiertos, no me fío de ellos ni un pelo.

Aquello cada vez se ponía mejor. —Gracias, Robert —dijo Eric cuando se detuvo al lado de su camioneta. Cabreado salió del coche a toda prisa.

—¿Eliza está bien?

Robert sonrió. —En unos días estará como una rosa. Su hija ya iba para el hospital.

—Espero que lo suyo se arregle.

—Claro que sí. En el fondo es una buena chica.

Iba a salir, pero se detuvo. —Robert, ¿sabías que somos amish? Cuando Phill lo gritó ante los periodistas no te sorprendió.

—Claro que lo sabía. Lo de Eric lo sé hace mucho por un comentario que hizo Phill precisamente.

—¿Un comentario?

—Un día me acerqué al rancho y Phill estaba en el porche. Había bebido de más. —Ella separó los labios de la impresión. —Empezó a despotricar contra sus hijos y alabó a Eric. Dijo

que era por su educación. Yo le dije que no entendía lo que quería decir y fue cuando me dijo que se había criado amish.

—¿Lo sabe alguien más?

—¿Aparte de las cien personas de la ermita?

—Esos no creyeron a Phill.

—No, supongo que no. Y sobre tu pregunta no he oído nada por el pueblo. Ha sabido guardar muy bien el secreto porque si lo ha contado ha sido a personas que no lo han cotilleado por ahí.

—¡Nena, date prisa!

—Gracias. —Rodeó el coche para subirse a la camioneta que ya estaba encendida.

—¡Phill es capaz de quemar la casa!

Asustada se subió cerrando la puerta. —¿Eso crees?

—Hasta hoy jamás hubiera pensado que me traicionaría así —dijo entre dientes acelerando.

—Cielo, según él también le has traicionado. —Gruñó. —Esto es un malentendido. Lo arreglaréis.

—Jamás le había visto así. —Apretó el volante. —¡Joder!

—Lo siento. Si no hubiera ido a buscarte para encontrar a Eliza...

—Ahora no es hora de arrepentimientos, nena. Necesito soluciones.

Intentó pensar rápidamente. —Camélatelo, tú puedes hacerlo. Te admira mucho más que a sus hijos. Hazle ver que ayudar a Eliza era lo correcto.

—¿A costa de Jeff?

—No le van a acusar de nada.

—Pero su reputación...

—¿Qué reputación? Todo el pueblo sabe que es un sinvergüenza.

Él apretó los labios. —No me gusta que acusen a alguien de algo que no ha hecho.

Le entendía perfectamente, él había pasado por eso. —Cariño, no es lo mismo.

—Sí que lo es.

—Bueno, ya hablaré yo con Eliza para que diga que él no ha sido. Que recuerde algo y yo qué sé. Ahora vamos a hablar con Phill para intentar calmarle.

Su prometido asintió y giró el volante para entrar en el camino que llevaba a la casa. Cuando llegaron Phill estaba metiendo unas bolsas en la parte de atrás de su camioneta. Eric juró por lo bajo antes de frenar en seco ante la casa y salir a toda prisa pegando un portazo. —¿Qué coño haces?

—Me largo de aquí.

Constance corrió tras él hasta la parte trasera de la camioneta donde los dos se miraban enfrentados. —¿Por qué no hablamos de esto como personas civilizadas? —Ambos la fulminaron con la mirada. —¡Vale! ¡Ha sido culpa mía por meteros en esto, pero no tenía otra opción! ¿Hubierais preferido que Eliza hubiera muerto en ese agujero? ¡Yo no sabía que podía estar ahí! ¡Si no os hubiera llamado a saber lo que podría haber pasado!

—Están dejando a mi hijo a la altura del betún —dijo Phill entre dientes—. ¡Mi obligación es protegerlo!

Asombrada preguntó —¿De veras te parece bien lo que hizo con Sybil? —Phill tuvo la decencia de sonrojarse. —¿Y te parece bien que venda drogas? ¡Porque las vende, solo hay que ver a los que les acompañan! ¿Te parece bien que abuse de los demás y que la gente le tenga miedo?

—Niña, ¿ahora eres la voz de mi conciencia?

—¡Sí! ¡Si es necesario sí porque todo esto te está haciendo perder el norte! ¡Merece una lección! ¡Y Sybil también la merecía por tratar mal a su madre! ¡Lo que pasa es que aquí nadie paga penitencias, claro, y luego pasa lo que pasa porque todo lo que hacen no tiene consecuencias! ¡Pues las tiene!

—Nena, déjame esto a mí.

Se cruzó de brazos dispuesta a escuchar lo que tenía que decir —Viejo, sabes que jamás haría algo que te perjudicara. Eliza es una buena mujer y una buena sheriff, tenía que ayudarla.

Phill le miró impotente antes de volverse llevándose las manos a la cabeza. Eric se acercó. —No le va a pasar nada a tu hijo. Solo se llevará un par de sustos por los interrogatorios y ya está. Y debes reconocer que su reputación no puede ser peor.

—No puedo consentir que le pase nada malo. Puede que no haya sido un buen hijo, pero debo protegerle. —Se volvió para mirarle a los ojos. —Como mi hijo vaya a la cárcel este maldito pueblo va a temblar hasta los cimientos.

—No va a ir a la cárcel —dijo ella incrédula—. No ha hecho nada, no hay pruebas contra él.

Eso pareció aliviar a Phill que miró de reojo a Eric. Este sonrió y le palmeó el hombro. —Te ayudaremos a guardar tus cosas. Esta es tu casa.

—Sobre lo que dije...

—Agua pasada.

Asombrada vio que iban hacia la camioneta y cogían dos bolsas de lona como las del ejército. —¿Ya está? —Ambos la miraron. —¡Pues yo quiero que se disculpe! ¿Ves cómo sois muy blandos? Qué os he dicho de las consecuencias, ¿eh? ¿Es que no me he expresado con claridad?

Phill carraspeó. —Solo dije lo que ocurrió, no mentí en nada.

Hala, le había cerrado la boca con esa pequeña frase. —Pues también es verdad.

Eric rio por lo bajo. —Nena, ¿por qué no vas haciendo el desayuno mientras ayudo a mi amigo?

Ella entrecerró los ojos. —Ha dicho la verdad, pero a mí me ha puesto verde. —El hombre se sonrojó. —¿O no?

—Eres un problema. ¡Se lo he dicho al chico desde el principio, pero es evidente que no me ha hecho caso!

—¡Y menos caso que te va a hacer porque nos vamos a casar!

Miró a Eric con horror. —¿Vas a meter a una mujer en casa?

Ella frunció el ceño. —¿Cómo que si va a meter una mujer en casa? ¿Acaso no tenéis a alguien que limpie y esas cosas? No será una novedad verme por aquí.

Ambos parpadearon como si estuviera hablando en chino y pegó un chillido mirando la enorme casa. —Ah, no. ¡Ya estáis contratando a alguien!

—Nena, eso es muy de inglesas.

—No empecemos. ¡Yo tengo trabajo!

—De momento, cuando llegue la enfermera de sus vacaciones ya no tendrás.

Miró a uno y luego al otro. —Pues tendré que buscar algo.

—¿Por qué se queja tanto? Como si la casa fuera una cochiguera.

—Mira majo, me he criado entre amish toda la vida y mi padre jamás pegó un palo en la casa. ¡No sabría ni hervir un huevo, así que no me cuentes rollos! —Señaló a Eric. —¡Este no sabe hacer nada de las tareas del hogar!

—Pero yo sí. —Levantó la barbilla orgulloso. —Y llevo mi casa como un reloj.

—Ah, ¿sí? —preguntó sorprendida. No se fiaba un pelo y mirándoles sin creerse una palabra

fue hasta los escalones del porche. Al ver que necesitaba barrerse gruñó por dentro, pero puede que en eso no se fijaran mucho. Abrió la mosquitera antes de meter la cabeza porque la puerta estaba abierta. El hall necesitaba una mano de pintura, pero los muebles estaban limpios. —Ah... —Entró mirando a su alrededor e hizo una mueca porque hasta estaban pulidos. Increíble. Fue hasta su izquierda donde veía el terrazo de la cocina y no se lo podía creer estaba impecable.

Ellos rieron por lo bajo y Constance se volvió sonriendo radiante a Phill. —Buen trabajo.

—Mi chico a veces me ayuda a pulir muebles. Mi esposa los tenía bien brillantes, no hay que dejar que se estropeen. Lo que no se me da muy bien es planchar.

—Eso puedo hacerlo yo.

—¿Y las comidas? —preguntó Eric casi con desesperación.

—Está bien, y las comidas. Phill se encarga de la limpieza y tú del rancho. ¿Trato hecho?

Ambos asintieron y ella sonrió encantada. —¡Soy inglesa! Ya no tendré que estar todo el día en la casa limpiando y cosiendo. Uff, menos mal. —Se volvió yendo hacia la cocina y al ver los fogones de gas frunció el ceño. —No es de leña.

—Madre mía, búscate una mujer del siglo veintiuno —dijo Phill exasperado.

—Aprenderá. —Se acercó. —Nena, es de gas.

—¿De gas? Las de leña calientan la casa.

—Con el calor que hace en verano te morirías con una así. —Giró uno de los botones y la cocina se encendió sola.

Ella le miró fascinada. —La de Teresa no es así. Es una vitro, es muy moderna.

—Esta cocina mejor —dijo Phill.

En ese momento escucharon el motor de un coche y los tres miraron hacia la ventana. Phill se acercó para apartar la cortina y juró por lo bajo. —Es Jeff. Ya se ha enterado.

Constance corrió hacia la ventana para ver que en la caja trasera de la camioneta iban dos de sus amigos y su hermano en el asiento del copiloto. —Cariño, son cuatro.

—Tranquila. —Apagó el gas y fue hasta la puerta.

Ella miró a Phill con rencor. —La que has liado.

—¿Yo?

—Bocazas.

—Oye...

Corrieron tras Eric que ya estaba en el porche esperando. Jeff frenó ante la casa derrapando y salió del vehículo sin cerrar la puerta. —¿Es cierto?

—¿El qué? —preguntó Eric.

—¡No hablo contigo! —gritó agresivo—. ¡Estoy hablando con mi padre! —Este miró a los ojos al anciano. —¿Es cierto que todo es mentira? ¿Una farsa?

—Hijo...

—¡Contéstame!

Phill apretó los labios y Constance temió que se sincerara, lo que lo liaría todo aún más. —No, no es cierto —dijo cortándole el aliento—. Intentaba ayudarte.

Jeff sorprendido separó los labios de la impresión. —¡Yo no he hecho nada!

—Entonces no tienes de que preocuparte, hijo. —Bajó los escalones. —Te dije la última vez que no aparecieras con estos maleantes por aquí.

Él se tensó. —Son mis amigos.

—¿Y veníais a dejar las cosas claras? —preguntó con ironía antes de mirar fríamente a su otro hijo que no había salido del coche—. ¡Ryan! —Este le retó con la mirada. —¿No saludas a

tu padre?

—¿Qué padre? —preguntó con desprecio antes de escupir a través de la ventanilla—. Yo no tengo padre.

Phill perdió todo el color de la cara y Jeff apretó los labios antes de mirar a Eric que desde el porche cruzado de brazos les observaba con el ceño fruncido. —Aquí pasa algo raro... —dijo tensándoles a los tres—. Lo huelo. Como cuando ese nos robó las tierras.

—No os robó nada, las compró.

—Pues hace unos minutos no pensabas lo mismo —dijo con ironía—. ¿Te ha convencido de nuevo? ¡Insinuaste que te las había robado! ¿Qué mierda está pasando aquí, padre?

—Que al intentar protegerte se me fue la lengua y me pasé hasta el punto de insultar al chico. No debí hacerlo.

Jeff sonrió con ironía, aunque para Constance fue evidente el dolor en sus ojos verdes. —Exacto padre, no debiste hacerlo. No te necesito.

—Eso es evidente. —Phill se volvió y subió los escalones. Los ojos de Jeff fueron a parar a ella. —Vaya, vaya... Tenéis visita. Al parecer ahora eres muy amigueta de Eric, ¿no? Te lo follas en la laguna.

Se puso como un tomate porque si lo sabía él ya lo sabía todo el pueblo. Quería morirse de la vergüenza y Eric se tensó bajando un escalón. —Lárgate de mis tierras antes de que te parta las piernas.

—Uy, que miedo... —Agarró la barandilla de las escaleras y la miró divertido. —Estoy hablando con ella.

—Pero ella no quiere hablar contigo.

—Ah, ¿no?

Constance entró en la casa a toda prisa intentando huir de esa situación y se dio cuenta de que así se comportaría una amish. Juró por lo bajo mientras escuchaba la risa de Jeff. —Que tímida.

—Largo de mis tierras.

—Tus tierras, durante generaciones fueron de los Morton.

—Tú no las querías. Jamás trabajaste en ellas y tu hermano tampoco —dijo su padre como si estuviera agotado—. Ahora vete, hijo. No te metas en más problemas.

Por la ventana del hall vio que Jeff apretaba los labios antes de volverse de golpe e ir hacia la camioneta furioso. —¡Algo de todo esto no me encaja y voy a descubrir que es! Y como sea cierto eso de que la sheriff ha querido jugármela... —Entró en su ranchera y fulminó a Eric con la mirada antes de acelerar a tope levantando polvo a su paso.

Cuando se alejó ella salió de la casa. —No se ha creído nada.

—Teniendo en cuenta lo vehemente que fue Phill hace apenas una hora no me extraña. Y en cuanto vea las imágenes en alguna televisión no le quedará duda. Si algo tiene mi amigo es que es demasiado sincero y siempre dice lo que piensa. Todos los de por aquí lo saben pues han tenido que lamerse las heridas más de una vez. Jeff no creerá que le estaba protegiendo, sino que simplemente estaba diciendo la verdad.

Constance apretó los labios porque entonces sí que estaban en problemas. A no ser... —Phill, ¿por qué no dices que desde que el médico te cambió las pastillas del corazón dices estupideces?

La miró sorprendido. —No me ha cambiado las pastillas del corazón, niña. —De repente sonrió. —Pero sí las de dormir.

Chilló de la alegría. —Genial.

Eric sonrió. —¿Creéis que funcionará?

—Por intentarlo no perdemos nada. —Phill subió las escaleras. —Pero como a mi hijo le pase algo...

—Sí, ya, ya... —dijo ella como si fuera muy pesado—. Voy a hacer el desayuno.

Capítulo 7

Cuando los chicos bajaron de colocar las cosas de Phill parpadearon por toda la comida que había sobre la mesa. Huevos, salchichas, beicon, pan tostado...

—No hay mermelada —dijo ella poniendo una jarra de café enorme en medio de la mesa.

—¿Has hecho todo esto en diez minutos? —preguntó Phill asombrado.

—Organización. El secreto está en la organización. Cielo, hay que ir a hacer la compra. —Miró por la ventana. —¿Aquí no hay huerto? ¿Cómo no tienes huerto?

—Esto es Texas, nena —dijo sentándose a toda prisa para servirse unos huevos como si estuviera famélico—. Hay que cuidarlo mucho y a Phill no se le dan bien los huertos. Compramos las verduras en el supermercado.

Les miró con desconfianza. —En la nevera no hay ni una miserable patata, no me cuentes historias.

—Vale, no es que compremos muchas —dijo con la boca llena—. Nena, esto está buenísimo.

Phill asintió vehemente y ella sonrió porque les gustara. Se acercó encantada y les sirvió el café.

—Este café no me gusta —dijo ella—. Compraré otro, ¿vale?

Su prometido gimió de gusto. —Hace el mejor café del mundo.

—Puede que no hayas hecho mal fichaje, chico.

—Vaya, gracias. —Se sentó ante su prometido y cogió pan para untarlo con la mantequilla antes de ponerle beicon, una salchicha, unos huevos revueltos y terminar con otra tostada. Los hombres la miraron asombrados. —¿Qué? Me gusta así. —Dio un buen mordisco y masticó con ganas. —Le falta mayonesa, pero no hay —dijo con la boca llena.

—Aunque es domingo hay una tienda a las afueras que abre las veinticuatro horas. Nos pasaremos por allí.

—Sí, que tengo que comprar algunas cosas para la cena. ¿Vendrás Phill? Es nuestra cena de compromiso. La haremos en la casa de Teresa.

—¿En la casa de Teresa? ¿Hablas de la señora Henderson? —preguntó como si nada—. Es una viuda muy agradable.

—Sí que lo es. Pues perfecto. Iremos después de misa a comprar lo que necesitamos.

Eric se detuvo con el tenedor en alto. —Yo no voy a misa.

—Claro que sí —dijo con una dulce sonrisa.

—No nena, eso quedó atrás.

—Pero ahora somos ingleses, ¿no?

Él gruñó antes de asentir.

—Y los ingleses los domingos van a misa. Además, Teresa va a presentarme a mucha gente y no nos vendrá mal que nos vean con Phill para que todo el mundo se dé cuenta de que su tontuna por las pastillas de dormir fue algo temporal.

Phill la miró con los ojos como platos. —Ah, que yo también voy.

—Pues sí.
—El cura se va a llevar una sorpresa mayúscula —dijo el hombre a punto de reírse.
—Hala, a ponerse el traje mientras recojo esto que después tenéis que llevarme a casa de Teresa para que me vista.
—Nena, tengo que ir a trabajar, mi capataz debe pensar que donde estoy.
—Es domingo. En domingo no se trabaja. Que trabaje él que para eso le pagas. —Con su plato en la mano fue hasta la pila y empezó a fregar con energía.
—Hace diez años que no te tomas ni un solo día libre. Los chicos van a pensar que te pasa algo.
—Constance...
—¡No! —Se volvió empezando a mosquearse. —¡Quiero ser parte de una comunidad ya que no tengo la mía y me la vas a dar!
Él apretó los labios y miró a Phill que parecía a punto de reírse. —La palomita tiene carácter.
—Es increíble, tenías que haberla conocido de pequeña, para sacarle una palabra había que hacerlo con sacacorchos.
Jadeó indignada. —Eso es...
—Una verdad como un templo. —Él sonrió. —Pero conmigo no, ¿verdad? Conmigo nunca fuiste tímida.
—Eras simpático.
Él sonrió. —Siempre fui su ojito derecho.
—¿No me digas? —preguntó Phill con interés.
—No era como otros chicos que no se molestaban en jugar con los niños. —Ella sonrió mientras seguía fregando. —Y tu ojito derecho era yo.
—Sí, no voy a negarlo.
Se le cortó el aliento y le miró sobre su hombro. —¿De veras?
—Sí, preciosa. No había niña más dulce y bonita en todo el pueblo. —Se levantó y la abrazó por la cintura. —Y eras una tramosilla que me hacía reír.
Se apoyó en él. —Yo no tengo la culpa de que no supieras las reglas de las canicas.
—Ya, claro. ¿Hablas de tus reglas?
—Claro.
Rio por lo bajo. —Igual no has cambiado mucho.
—Por supuesto que no. —Sonrió mirándole a los ojos y este besó sus labios sonrojándola. —Eric que está ahí Phill.
—Preciosa somos ingleses y ellos no piensan en esas cosas.
Pues tenía razón. Le dio un beso rápido en los labios haciéndole sonreír. —Así que un traje, ¿eh? Phill, ¿tenemos de eso?
—Algo tengo, pero tú, chico... No sé yo. A los funerales siempre vas en vaqueros.
Ella jadeó indignada y su novio sonrió divertido. —Me compraré uno.

Al lado de Teresa conoció a muchos de los parroquianos que estaban encantados de conocerla porque sabían que ella había obrado el milagro de que dos de los suyos volvieran al redil. Su amiga se encargó de decir que Phill había tenido un episodio esa mañana que le había trastocado y el doctor al enterarse se acercó a Phill de inmediato para decirle que puede que esas pastillas para dormir fueran muy fuertes, que dejara de tomarlas que le daría otras cuando pasara por su

consulta. Le escuchó gruñir mientras el médico se alejaba corriendo hacia su coche. —Con lo bien que dormía ahora.

—Te daré una tisana que es mano de santo —dijo ella—. Y mucho mejor que esas porquerías que no valen para nada.

—¿Y para el corazón tienes algo?

—Por mucho que digan todos estos yo no hago milagros.

Los tres se echaron a reír y la gente vio cómo iban hacia la camioneta donde para su sorpresa les esperaba Robert. —Me alegro de que te encuentres mejor, Phill.

Él gruñó, pero como iba Teresa con ellos dijo —Las pastillas me dejaban en una especie de pesadilla y no sabía lo que era real o no.

—Es una suerte que no te pasara nada —dijo Teresa.

—¿Cómo está Eliza? —preguntó Constance.

—Mucho mejor. El doctor dice que el golpe en la cabeza no tendrá secuelas y la fractura en la pierna es limpia, así que no tendrán que operarla.

Suspiró del alivio. —Buenas noticias.

—¿Y se sabe algo de quien es el criminal que le ha hecho algo así? —preguntó Teresa indignada—. A ese habría que lapidarlo en la plaza del pueblo.

—Se te ha puesto una cara de loca...

La miró sorprendida. —¿De veras? —Constance asintió. —Es que no debemos permitir que ocurran estas cosas, niña. —Miró al ayudante del sheriff. —¿Y bien? El pueblo quiere resultados.

—Y los habrá. Lo que ocurre es que Eliza no recuerda nada.

La mujer se llevó la mano al pecho. —¿De veras?

—Pero ya le encontraré.

Phill levantó una ceja mirando a Eric que le hizo un gesto sin darle importancia. Constance forzó una sonrisa. —¿Y Sybil?

—Pues eso me gustaría saber a mí.

Le miraron sin comprender. —Después de ver a su madre en urgencias le he perdido la pista.

—¿No me digas? —preguntó asombrada.

—Venía a ver si había quedado con alguna de sus amigas. Pero al parecer no ha llegado al pueblo. Alice, que es como su sombra, no tiene ningún mensaje suyo desde ayer.

—A ver si le ha pasado algo en Victoria —dijo Phill preocupado—. Esas ciudades son peligrosas.

—Dios mío, esto es lo que le faltaba a Eliza —dijo Constance antes de mirar a su novio que apretó los labios cogiéndole la mano. Ella susurró —Al parecer no ha aprendido la lección.

—Eso es evidente.

—Es inconcebible que se haya ido después de lo que le ha ocurrido a su madre —dijo Teresa indignada—. Los hijos de hoy... ¡Desagradecidos, eso es lo que son!

Phill asintió. —Que mal los hemos criado.

—Y que lo digas. Mis hijas me llaman una vez al mes. Si no fuera por las vecinas encontrarían mi cadáver putrefacto a saber cuándo. Como me arrepiento de haberlas consentido tanto. Unos buenos guantazos a tiempo, eso es lo que merecían.

—Que razón tienes. Con todo esto de ser tan modernos ya no hay respeto por los padres.

—Como me entiendes, Phill.

—Por supuesto que te entiendo y la mitad del pueblo también.

Robert sonrió. —Yo no he salido tan mal. —Al ver como los mayores le miraban carraspeó.
—Yo visito a mis padres todos los días.

—Porque vas a comer a su casa —dijo Teresa indignada.

—Es que os quejáis por todo. Si no fuera mi madre me volvería loco con sus quejas.

—Pues también tienes razón. ¿Y qué vas a hacer con la niña cuando la encuentres?

—No tengo ni idea porque su madre aún tiene como una semana en el hospital mientras le hacen algunas pruebas por eso de que no se acuerda de nada y no quiero llamar a servicios sociales. Hablaré con el doctor a ver si se la puede quedar unos días.

—Pero Eliza después necesitará ayuda —dijo Constance preocupada.

—A ver qué dice el doctor. —Estiró el cuello. —Mierda, ya se ha ido.

—Dijo que iba al hospital. —Phill hizo una mueca. —Esta mañana tuvo una urgencia y cuando salió del hospital vino directamente al pueblo para unirse al grupo de búsqueda. Como no encontró a nadie vino a la iglesia a preguntar. Prácticamente se acaba de enterar de que está viva.

—Pobre hombre. Qué susto. Con tanto trajín y el trabajo sé que lleva tres días sin dormir. A ver si nos quedamos sin médico porque este ya tiene una edad y no está para tantos trotes. —Todos miraron a Teresa. —¿Qué? Encima que me preocupo.

—Intentaremos ayudarle entre todos como buenos vecinos —dijo Eric—. Vamos nena, tenemos cosas que hacer.

—Sí, tenemos que ir a hacer la compra.

—Si alguien ve a Sybil que me avise —dijo Robert yendo hacia su coche.

—Tranquilo. —Phill miró de reojo a Teresa. —¿Quieres venir a comer al rancho? La niña nos hará la comida.

—Oh sí, por supuesto. Pequeña, deberíamos hacer la cena en el rancho porque así no vamos de un lado para otro.

—Una idea estupenda —dijo Eric sonriendo.

—¿Te importa que se apunten Lucy Anne y Sophie? Es que si no se van a poner celosas.

—Cuanto más mejor, que el rancho es muy grande —dijo Phill encantado abriendo la puerta de su ranchera para que se sentara.

Teresa sonrió tímidamente mientras ella miraba a Eric que parecía a punto de reírse. —No tiene gracia.

—Nena, será divertido. Será más una celebración a la inglesa.

Se acercó a él y susurró —He pensado en esta cena toda mi vida.

Él acarició su mejilla. —Pues déjala para un día en que estemos tú y yo solos.

Sus ojos brillaron. —Muy bien.

La besó suavemente en los labios. —Vamos nena, que tengo mil cosas que hacer.

Rodeó la ranchera. —¿Piensas trabajar?

—Vas a pasarte toda la tarde en la cocina, ¿qué más da?

—Pues tienes razón. —Se sentó en el asiento del copiloto y bostezó. —Aunque pensaba echarme una siestecita después de la comida.

Él la miró como si quisiera comérsela entera. —Mejor que se arreglen sin mí. Solo es un día, no pasará nada por un día.

Cuando llegaron a casa no había pasado ni media hora cuando entre Phill y Teresa aumentaron exponencialmente las invitaciones, porque ya que era una fiesta de compromiso iban

a hacerla a lo grande. En un visto y no visto Phill había llamado a un tal Paul para que les enviara bebidas y todo lo que pudieran necesitar. Y no se quedó ahí porque cogió la radio y le dijo a alguien que matara dos cerdos para una gran barbacoa. Una barbacoa en su compromiso, Constance no salía de su asombro. Eric le dijo que ya de paso celebraban que lo de Eliza había acabado bien. —Todavía no ha acabado —dijo por lo bajo.

—Esto está buenísimo, nena —dijo antes de meterse unos guisantes en la boca.

Ella gimió al pensar en todo lo que acababan de comprar y que se quedaría en la nevera muerto de la risa. Bueno, podía congelarlo.

—Piensa que ya no tienes que cocinar —dijo él comiéndosela con los ojos.

—¿Eso crees? ¿Y dónde va a comer toda esa gente? ¿Y los platos? ¿Y los cubiertos? ¿Y la ensalada de patata y todo lo demás para servir con la carne? ¿Y los postres?

Teresa entrecerró los ojos. —Déjame a mí. Tú consigue buena música y del resto se encargan mis chicas.

Asombrada vio cómo se levantaba con el teléfono en la mano y Phill la siguió diciendo — Pues yo conozco un grupo muy bueno de la última fiesta del ayuntamiento. Se lo conseguí yo al alcalde.

—Uy, mira que bien. Ni vas a tener que hacer eso, Constance. Mejor duermes un poco que tienes una cara...

Jadeó antes de mirar a Eric mientras Teresa gritaba desde el hall. —¿Y necesitas un vestido! Que pena que el chico no tenga traje.

Eric hizo una mueca. —Déjales, así Phill piensa en otra cosa.

Apoyó los codos sobre la mesa. —¿Y mi anillo?

La miró como si no supiera de lo que hablaba. —Los ingleses se dan anillo. Más bien se lo da él a ella. —Levantó su mano. —Y aquí no hay nada.

Dejó el tenedor carraspeando. —¿Te lo están ajustando?

—Muy gracioso —dijo entre dientes.

—Preciosa, es domingo.

—Búscate la vida.

Él se echó a reír. —¿Qué?

—Ya me has oído. —Mosqueada fue hasta la cocina y dejó su plato.

—Nena, nos comprometimos esta madrugada. —Suspiró volviéndose y vio que él preocupado estaba tras ella. —Eh... ¿qué ocurre?

—Es que nada de esto es como yo lo quería y... —Se echó a llorar sintiendo algo en el pecho que no sabía definir y Eric la abrazó. —No me hagas caso, soy tonta.

—No eres tonta. —La besó en la coronilla. —Tú querías que le pidiera permiso a tus padres y te regalara tu pulsera, que ellos hicieran el anuncio en la iglesia el día en que me preparas nuestra primera comida solos. Hacer el vestido con tus hermanas... Una noche de bodas... Y ya no tendrás nada de eso.

—Es que mi familia no esté... —Sollozó apretando su abrazo en su cintura. —Me hace recordar que no voy a verles más.

Eric apretó los labios. —Lo siento, nena.

—No es culpa tuya.

—Todavía estás a tiempo.

Se le cortó el aliento por lo que eso significaba y levantó la vista de golpe. —¿Qué has dicho?

—Sé lo duro que es no volver a ver a los tuyos y si quieres volver...

—Dijiste que ya no había vuelta atrás. ¡Lo dijiste!

—Eso puede cambiar si tú quieres.

La idea de perderle le retorció el alma y que le dijera esas palabras justo en ese momento... No se lo podía creer. —Te aseguro que lo que no necesito es que tú dudes de nuestra relación. ¡Lo que necesito es apoyo! —Dio un paso atrás espantada. —¿Tan poco te importo que te da igual que me vaya?

—Nena, no he dicho eso.

—Pero soportarías renunciar a mí, ¿verdad? —gritó alterada.

—No pienso contestar a esa pregunta —dijo como todo un patriarca amish—. Vete a la habitación y recapacita lo que estás diciendo. Creo que todo esto te ha sobrepasado.

Pálida dio un paso atrás. —Dios mío, ahora lo entiendo todo.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Por aquí no encontrabas una como yo, ¿verdad? Una amish que te diera la vida a la que estabas acostumbrado. Podías tenerlo todo. A la mujer que pariría a tus hijos y cuidaría la casa, pero en terreno inglés donde no me desenvuelvo nada mal, ¿no?

—No digas estupideces.

—Pero soy demasiado exigente, ¿no?

—No quería una amish —dijo entre dientes.

—Claro que no, querías lo mejor de ambos mundos —dijo con cinismo—. ¡Al principio me rechazabas porque has rechazado todo lo amish desde que te fuiste! Pero te lo has pensado mejor y viste las ventajas que yo podía ofrecerte. Una mujer pura que sería solo tuya, que no pondría pegas a tener todos los hijos que enviara Dios, que cocinara para ti... Tendrías que hacer sacrificios como con lo del trabajo, pero esto ya es demasiado. Que lloriquee por mi familia no piensas consentirlo. ¿Qué ocurre? ¿Que te recuerde continuamente lo que perdiste te supera?

—¡Te he dicho que puedes irte porque sé lo que es! —gritó perdiendo la paciencia—. Sé lo que es no tener familia de repente y si no quieres pasar por eso...

—¿Puedo irme? Creía que tú eras mi familia ahora y que me apoyarías en este trago, pero veo que no puedo contar con tu apoyo.

—¡Te estaba apoyando! —gritó asombrado—. ¡Creo que eres tú la que está buscando una excusa para no seguir adelante!

Parpadeó sorprendida. ¿Estaba haciendo eso? Dios, ¿de veras lo estaba haciendo? Se sintió fatal por ponerse histérica cuando era cierto que se había levantado para apoyarla. Aunque que dijera eso de que se fuera... No, eso no le había gustado un pelo. Entrecerró los ojos y siseó —Pienso seguir adelante. —Dio un paso hacia él. —¿Y sabes por qué? ¡Porque vas a ser mío! ¡Ahora ya no te librarás de mí!

La cogió por la nuca y besó sus labios como si estuviera desesperado. Ella gimió abrazando su cuello y pegándose a él. Eric apartó sus labios. —No quiero perderte, nena. Te juro que no —susurró.

—¿De veras? —Él besó sus labios suavemente y sollozó sin poder evitarlo. —No vuelvas a decir que me vaya.

La abrazó con fuerza. —Lo siento.

—Yo también lo siento —dijo contra su cuello—. Te quiero y si voy a renunciar a todo es porque ya no puedo vivir sin ti.

—Qué bonito.

Ella se tensó entre sus brazos al escuchar la voz de Teresa y se separó ligeramente para verles

a los dos en la puerta sonriendo. —¿Sabéis lo que es la intimidad?

—Eres amish, tenéis hijos como conejas y un montón de familia que siempre está a vuestro alrededor. ¿En serio molestamos cuando solo somos dos? —dijo Phill quedándose tan pancho.

Asombrada miró a Eric que carraspeó. —Amigo, una pareja a veces necesita intimidad.

—Ya había acabado la discusión.

—¡Estaban poniendo la oreja, Eric!

—Es que gritabas mucho. Muy gritona para ser amish, amigo. ¿Seguro que no quieres pensártelo mejor? Creía que las mujeres de tu pueblo eran sumisas y silenciosas. Que huían de los enfrentamientos y las discusiones. Igual te convendría más hacerte un viajecito y elegir a otra.

—Uy, lo que ha dicho. —Puso los brazos en jarras. —¿Has conseguido al grupo?

—Claro que sí, vienen en una hora para montar. Aunque todavía estamos a tiempo de dar marcha atrás.

—Más quisieras, vejestorio.

Phill se echó a reír y Teresa soltó una risita. —¿Entonces hay fiesta de compromiso?

Abrazó a Eric por la cintura. —Claro que sí. Ya no se librará de mí jamás.

—Chico eso ha sonado a sentencia. Como la cadena perpetua.

La cara de indignación de Constance le hizo reír. —Nena, la vida contigo va a ser mucho más interesante.

Emocionada le miró a los ojos. —Lo mismo digo.

Acarició su mejilla. —Intentaré que lo sea y que esa pena por tenerles lejos sea menos pena si es posible. —Besó suavemente sus labios. —Te juro que lo intentaré.

—No puedo pedir más, amor.

Capítulo 8

La fiesta estaba siendo todo un éxito. Los vaqueros de Eric se encargaron de la carne mientras el pueblo bailaba. Ella estaba fascinada con el vestido que le había regalado Beth. Iba a ser para el cumpleaños de su hija, pero en cuanto supo que no tenía que ponerse para su día especial no dudó en regalárselo. Y era precioso. Tenía una vaporosa manga de gasa rosa y la falda se parecía a la que llevaba Ginger Rogers en una película que había visto con Teresa unas noches antes. Recibió mil cumplidos que la sonrojaron y se preguntó qué dirían en casa si la vieran. Que era una presumida y que estaba dejando que la vanidad entrara en su alma, pero no podía evitarlo. Se sintió tan bonita y Eric la miraba de una manera tan embriagadora que era feliz.

El problema fue bailar como los ingleses. Lo intentó con algún invitado, como con el doctor que por supuesto había asistido después de dejar a su sobrina en el hospital. Se rio mucho con sus clases de baile, porque era todo un profesional. Estaba aplaudiendo como los demás de la pista cuando Eric se acercó a la banda. Empezó a sonar una lenta y caminó hacia ella. La abrazó y se balanceó de un lado a otro mirándola a los ojos. Constance sonrió. —Esto sí que sé bailarlo. —Acarició su nuca.

—Todavía no me puedo creer que estés aquí.

Emocionada le miró a los ojos. —Yo tampoco.

—Estás tan preciosa...

De repente se detuvo y arrodilló una pierna. A Constance se le cortó el aliento. —Sé que vas a renunciar a muchas cosas, pero te juro que estaré a tu lado. —Como de la nada apareció una cajita de terciopelo azul. —Ya me has dicho que sí, así que esto es tuyo, preciosa. —Abrió la tapa y Constance sollozó al ver el precioso anillo extendiendo la mano izquierda. Él se lo colocó en el dedo y se lo besó antes de ponerse en pie para besar sus labios.

—Te quiero —susurró ella—. ¿Cómo lo has conseguido?

—Tengo mis recursos, preciosa. —Le guiñó un ojo y la abrazó para seguir bailando mientras todos aplaudían. Se sonrojó sonriendo tímidamente. —No ha sido tan malo, ¿no?

—No me lo imaginaba así.

—¿Te hemos sorprendido?

—Mucho.

—Pues así será nuestra vida, nena. Estará llena de sorpresas que viviremos juntos.

Se abrazó a él sintiéndose feliz. Pero no pudo evitar que una imagen de su familia en la boda de una de sus hermanas empañara el momento. Tenía que superarlo, tenía que hacerlo. Ellos estaban bien y ella tenía que vivir su vida.

El sonido de un claxon que sonaba de manera insistente les hizo volverse a todos hacia el camino que llevaba al rancho. La camioneta de Jeff llegaba con unos cuantos hombres en la parte trasera y no parecía que fueran en son de paz, sino todo lo contrario porque era evidente que estaban borrachos. —¿Cielo?

—Tranquila. —Eric se alejó del grupo y Phill le siguió.

Teresa llegó hasta ella. —Uy, esos vienen a reventar la fiesta. —Sacó su móvil. —Voy a llamar al sheriff.

—No llegará a tiempo —dijo preocupada. Se acercó a Phill y a Eric sin que se dieran cuenta y en ese momento la camioneta giró frenando de costado ante ellos—. Papá, ¿das una fiesta?

—Vete de aquí, Jeff.

—¿No vas a invitarnos a una cerveza? Vamos, nosotros también queremos divertirnos.

—Esta es una fiesta privada —dijo Eric—. Ahora fuera de mis tierras.

Jeff con chulería salió de la camioneta. —Te llenas la boca al decir que ahora son tus tierras.

Sus amigos bajaron de la caja trasera. —¡Volved arriba! —ordenó Eric furioso.

—Hijo, vete de aquí. —Apretó los labios. —¿Por qué siempre tienes que buscar problemas?

—¿Acaso no podemos visitar a nuestro padre y tomar algo? —preguntó con burla—. Padre, ¿eso es darte problemas? ¿No puedo traer a mis amigos?

—Oye, ¿tú no entiendes mi idioma? —Eric dio un paso hacia él. Sus amigos estiraron el brazo cogiendo los bates y palos que tenían en la caja de la camioneta y su prometido sonrió. —Así que veníais a la fiesta, ¿eh? —Varios invitados les rodearon, Tommy incluido y les miraba con rencor demostrando que a él también le habían hecho algo. —Pues fiesta vais a tener. —Antes de que nadie pudiera evitarlo y mucho menos ella, Eric le había pegado un puñetazo a Jeff que le había hecho caer sobre sus amigos, hecho que los invitados aprovecharon para tirárseles encima. Constance chilló intentando salir del grupo porque se rifaban puñetazos a diestro y siniestro.

—¡Nena, sal de aquí! —Ryan aprovechó y le pegó un puñetazo a Eric, pero este ni se inmutó gruñendo antes de volver la vista hacia él para agarrarle del cabello y levantarlo agarrándolo por la entrepierna. Gritó tirándolo sobre la caja de la camioneta y todos le miraron con la boca abierta deteniendo la lucha. —¡Fuera de mis tierras!

Empezaron a pegarse de nuevo y cuando Constance vio que uno arreaba a Tommy con el bate dándole en la cabeza chilló de miedo. El chico se tambaleó a un lado cayendo al suelo, pero los demás no dejaban de pegarse. —¡Basta! —gritó ella corriendo hacia Tommy y arrodillándose a su lado. Estaba pálido y tenía una buena brecha en la frente, pero afortunadamente estaba consciente. Cogió su cabeza con delicadeza. —Dios mío. ¿Es que estáis locos? —Uno de los invitados retrocedió evitando un golpe y les cayó encima. Al ver que era Phill se quedó con la boca abierta. —¡Detén esto!

—Te aseguro que llevo años intentándolo, pero ya no hay vuelta atrás —dijo agotado.

Miró a su alrededor para ver que dos se tiraban sobre Eric y susurró —Llévate la mano al pecho.

—¿Qué?

—¡Haz lo que te digo!

Él pareció entender y se llevó la mano al pecho poniendo cara de dolor. —¡Phill! ¡Phill por Dios! —Se levantó dejando caer a Tommy que gimió de dolor. —¡Una ambulancia! ¡Le está dando un infarto! —gritó como una loca—. ¡Phill!

—¡Padre! —Jeff se soltó de malos modos de su atacante y corrió hacia ellos. —Padre, ¿qué te pasa?

—¿Qué le va a pasar? ¡Necesitamos una ambulancia!

Eric llegó en ese momento y le cogió en brazos. —¿Has visto lo que has hecho?

—¡Eric mételo en casa! ¡Necesita sus pastillas! —dijo el doctor Harris corriendo hacia su coche.

Este no se hizo esperar. Como si Phill no pesara nada lo llevó hasta la casa mientras todos los del pueblo les observaban preocupados. Su jefe pasó a su lado y al ver a Tommy hizo una mueca. —Chico tendrás que esperar.

—Tranquilo, doc. No es nada.

Corrió hacia la casa con su jefe que para lo mayor que era tenía una agilidad pasmosa, pero al llegar al hall, cuando ya estaban fuera de la vista de todos le cogió por el brazo para detenerle y susurró —No es nada.

La miró sin comprender. —Era para que pararan.

—Ah...—Sonrió. —Niña, que lista eres.

—Disimule un poco, ¿quiere? Tiene que estar gravísimo.

—Hecho.

Cuando llegaron al salón Eric se incorporaba con un vaso de agua. —Ya le he dado la cafinitrina.

El doctor hizo una mueca. —Pues... muy bien. —Se acercó a su paciente. —¿Cómo te encuentras?

—Ay... Me muero.

—Sí, algún día, pero no será hoy.

—¿No tendríamos que llevarle al hospital?

—¿Ahora eres médico? —preguntó a Eric con chulería.

Confundido por su actitud respondió —Pues no.

—Pues eso, a cerrar el pico. Ahora sal de aquí que quiero intimidad con mi paciente.

Eric mirándole extrañado salió del salón, pero regresó en un parpadeo. —¿Ella se queda?

—¡Ella es mi ayudante! ¡Aire! ¡Contento me tenéis! ¡Para una noche de descanso que tengo y todo el trabajo que ahora tendré que hacer!

—Es que no se controlan —dijo ella.

—No niña, y luego yo tengo que reparar los huesos rotos. —Ambos fulminaron a Eric con la mirada y este carraspeó. —En tu fiesta de compromiso, ¿no te da vergüenza?

—¡Han venido ellos!

—Y les habéis dado lo que buscaban —dijo ella enfadada.

—¿Y qué iba a hacer? ¿Dejarme pegar? —La fulminó con la mirada. —No nena, eso quedó atrás.

Apretó los labios viéndole salir de la casa y el doctor suspiró. —Estos chicos... —Se volvió hacia Phill y se sentó a su lado en el sofá. —¿Tú de qué lado estás? Porque te he visto pegar a ambos bandos.

Este soltó una risita. —Solo si atacaban a mis chicos. A cualquiera de los tres.

—Entiendo. Estás en medio, ¿eh?

—Ya me estoy acostumbrando.

—Esto tiene que acabar —dijo ella.

—Pues no has hecho mucho para que terminara, todo lo contrario —siseó él antes de mirarse la mano. Tenía los nudillos hinchados—. Diablos.

—Estupendo, esa mano no vas a poder moverla en unas semanas.

Gruñó mirando a Constance que cada vez estaba más arrepentida de haber ayudado a Eliza. Todo había empeorado en lugar de mejorar. —Lo siento —dijo ella.

—Bah, esto tenía que reventar por algún sitio tarde o temprano.

—¡Quiero ver a mi padre! —gritó Ryan—. ¡Déjame pasar!

Phill sonrió emocionado. —Me quieren. Mis hijos me quieren.

—Claro que sí, has sido un buen padre. —El doctor abrió el maletín. —Vamos a hacer algo de teatro. Niña, deja que entren.

Sacó el tensiómetro y ella salió a toda prisa encontrándose a los tres en el porche. —Podéis pasar, le están tomando la tensión.

Casi la arrollaron para ir hasta el salón y ella jadeó indignada. —¡A ver si mejoráis vuestros modales!

No le hicieron ni caso y Constance puso los ojos en blanco. Sintió a su novio tras ella y se volvió cruzándose de brazos para mirarle de arriba abajo. No tenía demasiado mal aspecto. —¿Te duele algo?

—Nada de importancia. ¿Crees que se pondrá bien?

Constance sonrió. —Le quieres mucho, ¿verdad?

—Es la única familia que he tenido en diez años. —La miró a los ojos mostrando su preocupación. —Hasta que llegaste tú. ¿Es muy grave?

Le abrazó sin poder evitarlo intentando calmarle. —Tranquilo, todo va a ir bien. —Mejor no decirle que estaban fingiendo porque a él tampoco le venía mal una lección. —Son sus hijos y todo esto le duele. Tienes que intentar ser más diplomático con ellos.

—Lo sé. Pero me he dado cuenta demasiado tarde.

—No es demasiado tarde. —Le besó en el cuello. —Nunca es demasiado tarde.

—¡Joder padre, no nos digas eso! —Ambos fueron hasta la puerta del salón para ver que Jeff acucillado al lado de su padre le apretaba la mano. —¡No te vas a morir!

—Claro que no, pero prométérmelo. —Suspiró como si estuviera agotado. —¿Eso es una luz?

—¡Te lo prometemos! ¡No nos meteremos más con él! —gritó Ryan—. ¡Pero vuelve!

Phill sonrió como si fuera un ángel. —La luz se aleja.

Sus hijos suspiraron del alivio y Constance alucinada se preguntó como esa relación padre e hijos se había podido deteriorar tanto cuando se querían.

—¡Bueno, ya está bien! —gritó ella sobresaltándoles—. ¿Se puede saber qué pasa aquí? —La miraron sin comprender. —Es evidente que os queréis y no entiendo, no me cabe en la cabeza que os hagáis tanto daño. ¿Se puede saber cuál fue la razón para que os alejarais así de vuestro padre?

—Eso no es asunto tuyo —siseó Jeff.

—¡Claro que lo es cuando vienes a destrozar mi fiesta de compromiso! —gritó cerrándole la boca. Se cruzó de brazos—. ¡Bien, estoy esperando! —Dio golpecitos en el suelo con el pie. —¿Quién va a ser el primero en hablar?

—¿Ahora haces terapia de grupo? —preguntó Ryan con burla.

Se le quedó mirando fijamente durante unos segundos y este tuvo la decencia de sonrojarse. —Joder, me mira como si quisiera condenar mi alma —dijo por lo bajo.

—Como he dicho antes no es asunto tuyo.

Miró a Phill. —¿Siempre fueron así?

—No, niña. Hasta que murió su madre no. Tenían catorce y quince años... Desde ese momento ya no supe por dónde me venían los problemas y se largaron de casa cuando Jeff cumplió los dieciocho.

Separó los labios de la impresión. —¿Responsabilizáis a vuestro padre de la muerte de vuestra madre?

—¡Cierra el pico! —gritó Ryan furioso.

Al ver las caras de los dos hermanos se dio cuenta de que Ryan estaba más furioso con Phill que Jeff.

—¿Por qué no decís la verdad? —Phill sonrió con pena. —Me lo habéis echado en cara mil veces, lo ha oído medio pueblo.

Asombrada miró al médico. —¿De veras?

Él asintió, pero no abrió la boca demostrando que de él no iban a sacar nada. —¿Me lo vais a contar o tengo que salir para que me informen?

—Haz lo que quieras —dijo Jeff con desprecio.

Se volvió hacia su prometido y este suspiró. —Nena...

—Me voy a enterar igual.

Este miró a Phill que se encogió de hombros como si le diera lo mismo. —La esposa de Phill murió en el antiguo establo.

Ella jadeó llevándose una mano al pecho. —¿Qué?

—Cuando se derrumbó.

—Dios mío.

—Fue a recoger algo de maíz para las gallinas que criábamos atrás —dijo Phill con la mirada perdida—. Me había dicho mil veces que teníamos que hacer un establo nuevo cerca de la casa, que aquel estaba que se caía a pedazos. Pero no le hice caso...

Sintió pena por él porque era evidente que se echaba la culpa y que sus hijos no dijeran nada demostraba que le creían culpable. Miró a sus hijos con hielo en los ojos. —Así que le culpáis.

—Cierra la boca, ¿no ves que está enfermo? —preguntó Jeff.

—Sí, se exactamente lo que le enferma. Y a vosotros eso os ha venido de perlas para hacer lo que os venga en gana atemorizando al pueblo y llevando una vida de delincuentes. ¿Intentabais demostrarle cómo era un hombre de verdad? —preguntó con burla. Tuvieron la decencia de sonrojarse. —¡Él no tuvo responsabilidad! Sé de sobra lo que es vivir en un lugar como este y hay que trabajar de sol a sol para sacarlo adelante. ¡Seguro que si no arregló el granero o no hizo otro fue por falta de recursos! ¡Ya fuera dinero o porque no tenía quien le ayudara! —El médico asintió dándole la razón.

—¡Qué sabrás tú! ¡Sí tenía dinero! —gritó Ryan.

—Entonces lo que no tenía eran manos que le ayudaran. Pues vosotros tenéis cuatro. ¿Os ofrecisteis a ayudarlo?

—Nosotros estudiábamos.

—Yo llevo trabajando en la casa de mis padres desde que tengo uso de razón y también fui a la escuela. ¡Lo que pasa es que sois unos vagos! Intentabais escaquearos de todo, ¿no? —Señaló a Phill con el dedo. —¡Pues entonces si él es responsable de la muerte de vuestra madre vosotros también porque en aquella época ya no erais unos niños!

Jeff apretó los labios, pero no dijo palabra lo que demostraba que algo de culpa tenía. Aunque solo fuera por su comportamiento posterior.

—No pienso quedarme aquí para escuchar esta mierda. —Ryan furioso fue hasta la puerta.

—Ah, ¿no? Cómo se nota que no te gusta escuchar verdades.

—Si no fueras una tía...

—Yo no soy tu tía —dijo con desprecio—. ¿Acaso hemos comido alguna vez juntos como para que me trates con tanta familiaridad?

—Bien dicho, niña —dijo el doctor—. Se ha perdido toda la educación.

—Ryan, espérame en la camioneta. Parece que padre ya se encuentra mejor.

—¡Joder! —Su hermano al salir golpeó algo rompiéndolo, pero nadie se movió del salón. Ella levantó una ceja. —Sí señor, muy educado.

—Qué sabrás tú lo que ha pasado mi hermano. —Con rabia dio un paso hacia ella. —¿Quién te crees que eres para juzgarnos?

—Se nos juzgará a todos por nuestras acciones. No está mal que alguien te avise. Te aconsejo que vayas más a la iglesia y expíes tus pecados. —Jeff se echó a reír. —¿Ese es tu único recurso? —preguntó ella mirándole como si fuera estúpido—. ¿Reírte del prójimo y avasallarle hasta intimidarle en lugar de darle un argumento sólido? —Eso le hizo perder la risa de golpe. —Tu padre está ahí tumbado. Nadie en esta habitación puede decir cuánto le queda de vida porque eso solo está en manos de Dios. En tu mano está que muera sintiendo que sus hijos no le aman, que no se preocupan por él y que piense que no es importante para su sangre. Solo está en tu mano porque Ryan te sigue como a un perrito faldero. —Negó con la cabeza. —Sé que nadie te ha dicho todo esto porque no se atreve o porque le da igual, pero a mí no me da igual porque odio ver sufrir a la gente que me rodea y pienso hacer lo necesario para que sean felices. Por eso te ruego que recapacites. Perdiste una madre, pero aún tienes un padre y sé que te quiere, que os quiere. —Le rogó con la mirada. —Todavía estás a tiempo de hacerle feliz los últimos años que le queden de vida.

El sonido de las sirenas del sheriff llegó hasta ellos. —Cielo, vete a decirle que no pasa nada, ¿quieres?

Eric no se movió. —Por favor...

Apretó los labios antes de salir del salón y Jeff miró al doctor. —¿Está mejor?

—Falsa alarma.

—No mienta, doctor —dijo ella—. Lo que ha sucedido esta noche nos alarma a todos porque están al borde de terminar con sus huesos en prisión.

—Solo ha sido una maldita pelea.

—¿Y si ese tipo hubiera dado un mal golpe a Tommy y le hubiera matado? ¡Eso pasa! Tu vida habría acabado para siempre. —Jeff palideció. —Estás caminando por la cuerda floja y en cualquier momento te caerás, eso es inevitable.

—Hijo, por favor... Busca trabajo.

—¡Aquí nadie me dará trabajo!

—Eric sí —dijo ella dejándoles de piedra.

—¿Qué has dicho? ¡En mi rancho! —gritó furibundo.

—Ya no es tuyo —dijo suavemente—. Lo perdisteis por vagos al no ayudar a tu padre cuando le dio el infarto. De eso no podéis responsabilizar a nadie salvo a vosotros.

—¿Pero quién coño te crees que eres para hablarme así?

—Tu tía no.

El doctor reprimió la risa poniendo aún más furioso a Jeff. Este intentó irse, pero ella se interpuso en su camino. —¿Dónde está Sybil?

—¿Y yo qué sé?

—Más te vale que lo averigües, porque como a esa chica le pase algo es a ti a quien van a responsabilizar en el pueblo por lo que ocurrió.

Miró pasmado a su padre. —No era virgen...

—Hijo, hazle caso a la niña. Búscala para que no haya más problemas. Tenemos que detener este lío.

—Joder, ¿por qué tengo que comerme yo este marrón?

—¿Porque te acostaste con ella? —preguntó Constance con cara de niña buena.

Él gruñó y en ese momento entró Robert con Eric. Ambos estaban muy tensos. —¡Sí, ya me voy!

Pero antes de que saliera ella dijo —Jeff, te quiero aquí mañana al amanecer. Y tráete a tu hermano.

—Ni de coña.

Salió pitando y para el asombro de Eric ella corrió hacia el porche y gritó —Más te vale que estés aquí, ¿me oyes? ¡A ti te voy a enderezar yo, aunque sea lo último que haga! ¡Cómo si tengo que perseguirte por todo el pueblo como si fuera tu sombra! ¡Vas a soñar conmigo, te lo juro! ¡Y no bebas! ¡Beber induce al pecado! ¡Y las drogas no digamos! ¡Pero tranquilo que cuando mi marido te haga trabajar todo un día, te va a doler tanto el cuerpo que se te van a quitar las ganas de hacer más tonterías! Al amanecer, ¿o es que no te crees capaz de hacerlo?

Él dio un portazo en respuesta y la miró como si quisiera que desapareciera de la faz de la tierra. Constance sonrió con descaro porque sabía que había herido su orgullo con esa última frase.

—¿Trabajar? —preguntó su prometido tras ella sobresaltándola. Constance gimió y se volvió apretándose las manos—. ¿Has dicho trabajar? No querrás decir...

—Cielo, todo el mundo merece una oportunidad.

—Los amish no damos oportunidades. ¡A quien mete la pata se les rechazan!

—Pero nosotros no somos así. Nosotros formamos nuestra propia comunidad y sí damos oportunidades.

—A ese le he dado muchas —dijo entre dientes.

—Recapacitará.

—¿Por tu inspirado discurso?

—¿Ha estado inspirado? —preguntó ilusionada.

—Nena...

Juntó las manos ante su pecho. —Solo un día y si no trabaja nadie podrá culparte de no haberlo intentado.

Robert le dio a Eric una palmada en el hombro. —Tranquilo, que no vendrá. Ese no se levanta al alba ni para recoger billetes de cien dólares.

—Sí que vendrá. —Phill apareció en la puerta y por su cara no parecía nada convencido de lo que decía. —Tiene orgullo y vendrá simplemente para demostrar que puede hacerlo. —De repente sonrió. —¿Por qué no suena la música?

Capítulo 9

Estaba haciendo el café y bostezó. Dios, estaba agotada. La fiesta se había animado después de la pelea y sus invitados no se fueron hasta las tres de la mañana. Hizo una mueca porque Eric se quedó dormido como un tronco en cuanto posó la cabeza en la almohada y ella pensando en todo lo ocurrido apenas se acababa de dormir cuando su prometido se levantó para ir a trabajar. Por supuesto mientras se vestía ella bajó a hacer el desayuno, no podía permitir que trabajara con el estómago vacío. Cuando escuchó el motor de un coche, a toda prisa corrió hacia la ventana para apartar la cortina y sonrió porque era la camioneta de Jeff. —¡Ja! —Se volvió y gritó — ¡Está aquí!

—Niña, no grites —dijo Phill entrando en la cocina—. Qué resaca.

—Eso te pasa por beber. Tu hijo está aquí.

La miró pasmado antes de casi correr hacia la ventana. —Si no lo veo...

—Hombre de poca fe. ¡Marido, mueve el trasero que aquí tienes dos vaqueros más!

Eric entró en la cocina con las botas en la mano y gruñó. Constance sonrió angelicalmente. — Cariño, ¿un café?

Escucharon como se abría la mosquitera y los pasos en el suelo de madera del hall. Los tres estiraron el cuello para ver aparecer a Jeff con Sybil que tenía los ojos muy rojos como si hubiera llorado toda la noche.

—Sybil... —dijo ella acercándose—. Tienes a todos muy preocupados. ¿Estás bien?

La chica se echó a llorar de nuevo y asombrada miró a Jeff que juró por lo bajo. —¿Qué le pasa?

—¡No se lo digas! —chilló Sybil medio histérica.

—Está embarazada.

Phill miró a su hijo como si le hubiera decepcionado muchísimo antes de dejarse caer en una de las sillas de la cocina. —¡No es mío, padre! ¡Es de Tommy Higgins! ¡Por eso se acostó conmigo, porque él no se hace responsable y me lo quería colar! Pero su madre nos interrumpió antes de... —Carraspeó como si estuviera incómodo. —Ya me entendéis.

Constance separó los labios de la impresión antes de mirar a la chica. —¿Tu madre lo sabe?

—Quiere que aborte. ¡Pero yo no quiero!

—Oh, Dios mío... —Asombrada miró a Eric que apretó los labios. Ellos no estaban de acuerdo con el aborto, era un pecado mortal pero los ingleses no lo veían mal. No sabía cómo comportarse con ella, no quería influir en su decisión porque era solo suya. Miró a la chica que estaba destrozada y evidentemente asustada. —Ven, siéntate. Te voy a hacer un desayuno para chuparte los dedos. Seguro que no has comido nada.

La miró con desconfianza antes de dejarse llevar hasta la silla que estaba al lado de Phill que de repente estaba contento como unas castañuelas. —Ya verás como todo se arregla.

—Nada se arreglará. Por eso me iba.

—La encontré en la parada del autobús de Victoria. Se iba a Nueva York.

—Oh, Nueva York —dijo Constance poniéndose a trabajar. Abrió la nevera—. Debe ser precioso. Pero una chica sola como tú en esa gran ciudad... —La miró sobre su hombro. —¿No te asusta?

—Sí —susurró—. Pero siempre he querido ir.

—Estás embarazada —dijo Eric—. ¿Si quieres tener al niño crees que alguien te ayudará en una gran ciudad donde no te conocen? Aquí estás rodeada de los tuyos.

—Claro que sí —dijo ella colocando todo lo que necesitaba sobre la encimera—. Aquí tienes a tus amigas y a tu madre.

—Mi madre no lo quiere. —Se miró las manos. —Y Tommy tampoco. Dirán que soy una perdida y que no merezco ser madre.

Recordando a su hermana se le encogió el corazón y se volvió. —Jamás vuelvas a decir eso, ¿me oyes? Tú no eres una perdida. Has cometido un error eso es todo, pero de ese error puede salir algo hermoso.

—O no, porque su madre no quiere que lo tenga —dijo Jeff antes de mirar a su alrededor—. Hostia, ¿has cambiado la cocina de mi madre?

—Solo la encimera —dijo Eric antes de fulminarle con la mirada—. ¿Dónde está tu hermano?

—Estará durmiendo la mona.

—Pues vete a por él. Tenemos que arrear unas reses al norte. Mis chicos no me valdrán para nada después de la borrachera de ayer.

Jeff bufó. —¿Iba en serio?

—¿Tú qué crees? Mueve el culo que solo te esperaré media hora.

—¡No he dormido en toda la noche!

—No será la primera vez —dijo Phill muy serio—. Ve a por tu hermano. ¡Ya!

—Veo que te encuentras mucho mejor, padre —dijo con ironía.

—Lo suficiente para patearte el trasero hasta la camioneta.

Constance jadeó del asombro por su tono de autoridad, pero Jeff no protestó, todo lo contrario, sonrió antes de salir de la cocina. —Increíble, ha seguido tus órdenes. —Corrió hacia la ventana para ver cómo se subía a la camioneta y salía de allí a toda pastilla.

Phill suspiró encantado de la vida. —Que bien me siento. Es como si flotara de gusto.

Eric sonrió. —Con lo duro que eras con los vaqueros no sé por qué dejaste que se te subieran a las barbas.

—Habían perdido a su madre. —Hizo una mueca. —No me salía ser duro con ellos. Y puede que después fuera demasiado duro al rechazarles por su comportamiento. —Miró a Sybil. —Pero nunca dejé de quererles, ¿entiendes? Son mis hijos. Por eso sé que tu madre te quiere. Si te ha dicho eso del aborto es porque cree que es lo mejor para ti.

Sybil sollozó. —Pero yo quiero tenerlo. Aunque Tommy me haya dicho que somos muy jóvenes, que nos queda mucha vida por delante, yo quiero tenerlo. Él está en la universidad y no piensa renunciar a seguir estudiando.

—Y hace muy bien —dijo Phill.

Eric miró a Constance de reajo cuando esta iba a decir algo, pero negó con la cabeza para que no le refutara. Gruñó yendo hacia la sartén y empezó a hacer los huevos.

Sybil la miró de reajo. —Tú no estás de acuerdo con lo del aborto, ¿verdad?

Suspiró antes de volverse. —No soy la persona adecuada para hablar de este asunto.

—Eres amish, lo sé. Se lo escuché decir a mi madre por teléfono. Por eso sé que no estás de acuerdo.

Se miraron a los ojos. —Ya no soy amish, he aceptado otra vida entre los ingleses.

—Si te hubiera pasado a ti...

—Nena...

—Me está haciendo una pregunta.

—¿No ves lo que está haciendo? Sabe que eres amiga de su madre y quiere que te pongas de su lado para que te enfrentes a ella.

Separó los labios de la impresión y miró a Sybil que se sonrojó. —¿Por eso has venido aquí?

—Me trajo Jeff porque no sabía a donde llevarme. —Se cruzó de brazos. —No quería ir a casa del tío de mi madre.

—¿El doctor lo sabe?

—Él me hizo la prueba y es quien me va a practicar el aborto. —Pasó el dedo por el cuadro del mantel. —Como a muchas de por aquí.

Ahora sí que no salía de su asombro. ¿Ese hombre tan agradable practicaba abortos? No juzgues, Constance. Ahora eres inglesa y te tienes que amoldar. Hay muchas cosas que no verás bien pero no puedes juzgar. Terminando el desayuno pensó en su hermana y si hubiera querido un aborto sin que se enterara nadie. Seguramente sí porque ella nunca se planteó irse de su casa. Esa hubiera sido una salida, pero estaba segura de que ni se le había pasado por la cabeza. No, seguro que ni lo había pensado y lo que había pensado había sido mucho peor. ¿Si se hubiera planteado, la hubiera apoyado en un aborto sabiendo que sino se quitaría la vida? Sin dudarlo. Y seguro que las chicas que habían acudido al doctor buscaban ayuda, así que no debía juzgarlas a ellas ni a él.

Cogió unos platos y se volvió con ellos en las manos para empezar a poner la mesa. También puso para Ryan y para Jeff. Su novio levantó una ceja. —Acostúmbrate.

—Ya veremos lo que ocurre.

Sonrió y le dio un beso en la mejilla. —¿Tú la apoyarías? —preguntó Sybil de sopetón.

Eric apretó los labios. —Sí.

—¿Incluso con diecinueve años?

—Totalmente. Es mi responsabilidad. Si soy lo bastante adulto para hacerlo también para asumir las consecuencias.

Sybil frunció el ceño. —Mi hijo no es algo que haya que asumir.

—Bien dicho... —dijo Constance volviéndose con la sartén—. Pero da mucho trabajo.

—Puedo hacerlo.

—¿Has cuidado alguna vez a un niño?

—¿Y tú? —preguntó con chulería

No se lo tomó en cuenta. —Pues a siete. Cuatro de mi madre y tres de mis hermanas cuando era necesario.

—Las mujeres amish ayudan en la casa desde muy niñas —le aclaró Eric—. Saben lo que es la carga de la maternidad desde que tienen uso de razón porque cuidan a sus hermanos pequeños, ayudan en las labores del hogar y en el huerto.

—¿De veras? —preguntó Sybil impresionada—. Así que prácticamente ya sabes lo que es estar casada.

—Sí, toda nuestra vida nos preparan para ello. —Le sirvió los huevos. —No vamos a fiestas ni nos relacionamos con nadie. Solo entre nosotros. No vamos a la universidad, no usamos nunca un ordenador ni escuchamos la radio ni vemos la televisión.

—Que peñazo de vida —dijo ella empezando a comer.

Rio por lo bajo. —Sí que es algo monótona.

—Me moriría sin mi móvil.

—No te mueres por no tener un móvil —dijo Eric mirándola muy serio—. Como tampoco te morirías sin el televisor. De hecho, yo no lo veo nunca.

Phill sonrió. —Se dedica a leer, cuando no está trabajando, claro.

—No todo en la vida es trabajo —dijo Sybil.

—No todo en la vida es trabajo, pero si hubieras trabajado antes sabrías lo que es. Como lo que es tener a un hijo.

—¿Me estás diciendo que tener a mi bebé es como un trabajo?

Eric suspiró como si no pudiera con ella y Constance se sentó a su lado. —No es que sea un trabajo, lo que se hace por un hijo no es un sacrificio, pero te aseguro que es agotador.

—Pero es que vosotros tenéis muchos. Yo solo tengo que cuidar a este.

—Tienes razón. —Miró a Eric. —La verdad es que no creo que tenga catorce hijos.

—Hala, no si yo con este me planto.

—¿Y la universidad? —preguntó Phill—. ¿No quieres ir?

—¿Con mis notas? —preguntó incrédula—. Como mucho me darán con una puerta en las narices.

—¿Y pretendes que tu madre te mantenga el resto de tu vida? —Sybil iba a decir algo y Eric la fulminó con la mirada. —Ni se te ocurra.

Constance chasqueó la lengua antes de mirar a Sybil. —Tienes que buscar trabajo, no querrás cargar a tu madre con más bocas que alimentar.

—¿Y dejar el instituto? —preguntó horrorizada.

Le daba la sensación de que no lo había pensado muy bien.

—¿Esperas que tu madre atienda al bebé? —preguntó Phill sin salir de su asombro—. Es tu hijo. Tu responsabilidad. Mira, hazle caso a tu madre...

Constance se mordió el labio inferior mientras pensaba que igual era demasiado irresponsable para tener un hijo y que su madre tenía razón, pero Sybil protestó —¡Pienso cuidarlo yo!

—Así que piensas criar a tu hijo, sin trabajar y yendo al instituto —dijo Eric empezando a cabrearse.

—Buscaré la manera. ¡Tengo que acabar el instituto! Solo tendré esos estudios y sin el título solo conseguiré trabajos de mierda.

Constance sonrió. —Muy bien. Me parece muy bien.

—Nena...

—¿Tiene razón?

Los hombres asintieron. —Pues entonces me parece muy bien. ¿Un zumo, Sybil?

—Sí, gracias. No puedo tomar café, no es bueno para el bebé.

Eric entrecerró los ojos—¿Entonces a qué te ibas a Nueva York?

Sybil le retó con la mirada. —Lo he pensado mejor.

—¿En estos cinco minutos?

—¡Pues sí!

Exasperado se levantó. —Dile a tus hijos que les espero en el establo, amigo. Voy a ensillar los caballos.

—Cielo...—dijo preocupada con el envase de zumo en la mano.

—Nena, encárgate tú. —Se acercó y susurró —Me saca de mis casillas. —Le dio un beso en los labios y salió de la cocina por la puerta de atrás.

—No se puede hablar con este hombre —dijo la chica asombrada—. Se cree que lo sabe todo. La puerta se abrió de nuevo sobresaltándola y Eric la miró con el ceño fruncido. —No hagas tonterías como quitarte la vida o algo así.

Sybil le miró como si estuviera mal de la cabeza. —¡Claro que no!

—Eso, todo puede arreglarse.

Su corazón se calentó porque había pensado en su hermana y le observó irse preocupado. — ¡Nena, no te metas en más líos! ¡En boca cerrada no entran moscas!

—¿Te metes en líos? —preguntó Sybil con la boca llena mientras Phill reprimía la risa.

Soltó una risita. —¿Yo? Soy amish. Huimos de los conflictos.

—¿De veras? Qué peñazo.

—Anda termina de desayunar que vamos a ver a tu madre.

—¿Y cómo vas a ir? ¿Tienes coche? —preguntó Phill. Ella levantó una ceja—. No fastidies.

—No protestes tanto, gruñón.

Llamaron a la puerta de la habitación antes de abrir lentamente por si estaba dormida. Eliza se echó a llorar al ver a su hija y esta corrió hacia ella para abrazarla.

—¿Dónde estabas? —preguntó enfadada abrazándola con fuerza—. ¿Estás bien?

—Sí, mamá. Jeff me encontró.

—¿Jeff? —preguntó sorprendida mirando a Constance que le guiñó un ojo—. ¿Se lo has pedido tú?

—Algo le he dicho —dijo rodeando su cama antes de sentarse a su lado—. ¿Cómo estás?

—Bien.

—Todavía no le han pillado, mamá. Tienes que ponerte bien para descubrir quién ha sido.

—No debes preocuparte por eso. Seguro que estaba de paso.

—Jeff no ha sido. Me dijo que no y le creo. —Eliza asintió. —Pero tiene que ser alguien que te tiene rencor, mamá. Quisieron hacerte daño. ¿No te acuerdas de nada? ¿No tienes flashback de esos?

—No —contestó mirando de reojo a Constance—. Por cierto, felicidades. Al parecer me he perdido la mejor fiesta del año.

Se sonrojó. —Siento que no hayas podido asistir.

—Iré a la boda. —Le guiñó un ojo antes de mirar a su hija y acariciar su cabello. —¿Lo has pensado ya? ¿Se lo has dicho a Constance?

—Es amish, está de mi lado.

La miró asombrada. —Yo no he dicho eso.

Sonrió maliciosa. —Pero lo está.

—Así que buscando aliados, ¿eh, cielo?

—Mamá...

—No podrás con la responsabilidad —dijo con pena—. ¿Crees que esto me gusta?

Agachó la mirada. —Sé que no.

Eliza la cogió por la barbilla. —Eh... Tendrás otros hijos, pero cuando llegue el momento.

—¿Y si es mi única oportunidad?

A su madre se le cortó el aliento. —¿Cómo has dicho?

—Tú no tuviste más y sé que lo intentasteis. ¿Y si Dios quiere que venga ahora?

—Uy, uy... —Fulminó a Constance con la mirada. —¿Le has metido tú esas ideas en la

cabeza?

—Claro que no. —Entrecerró los ojos. —Pero es muy lista. Muy lista y una capulla de cuidado.

—¡Eh!

—¡Tendrás cara! ¡Quieres utilizarme a mí como querías utilizar a Jeff!

—¿Que querías qué? —Sybil se sonrojó. —¿Qué pasa aquí?

—¿No lo sabes? —preguntó Constance pasmada.

—¿Saber el qué?

—¡Que Jeff no es el padre!

Eliza perdió todo el color de la cara. —¿Qué has dicho?

—Es de Tommy, mamá.

Su amiga gimió cubriéndose la cara con las manos. —Dios mío... —Miró a su hija como si quisiera cargársela. —¿Vas a tener un hijo del hijo del alcalde?

—Pues sí. —Levantó la barbilla orgullosa. —Es suyo.

—¡La madre que te parió! ¡Que por cierto soy yo! ¿Sabes lo que has hecho? —gritó alterada. Constance sin entender nada miró a una y luego a la otra. —Me he perdido.

—¡Los Higgins querrá que lo tenga, son muy conservadores!

—Ah, entonces se harán cargo de su parte.

Las dos se la quedaron mirando y esta sonrió. —¿No se hace así? ¿Cuando se tiene un hijo y la pareja no está junta no tienen que pasar una pensión o algo así? —Ambas asintieron. —Pues solucionado, ¿no?

—Pues no —dijo Eliza—. ¡No quiero que destroce su vida!

—Ah, pues nada. Me callo.

—Eso bonita, tú mantén el piquito cerrado.

Puso los ojos en blanco. Encima que intentaba ayudar. Que poco agradecidos eran los ingleses. —Entonces será mejor que me vaya. —Al ver que se levantaba la miraron pasmadas. —Tengo que trabajar y ya llego tarde. Tu tío me va a tirar de las orejas.

—¡Siéntate! —Eliza la cogió del brazo para sentarla de mala manera.

—Ah, que me quedo.

—Pues sí —dijeron las dos.

—Pues habla tú con tu tío que no quiero perder el trabajo.

—Tranquila, que de él me encargo yo.

Inconscientemente se rascó la cabeza mientras ellas discutían y sintió como se le soltaba un punto quedándosele enganchado con la uña. Asombrada se miró la mano.

—¿Qué es eso? —preguntó Sybil.

—Un punto. Se me ha caído solo —dijo impresionada.

—Es porque ya está curado. —Eliza se lo cogió de la mano tirándolo a un lado.

—A ver, a ver... —Sybil se acercó a toda prisa para mirar su cabeza. —Oh, sí. Aquí hay otro suelto. —Tiró de él haciéndola chillar. —Uy, que del otro lado está pegado.

—Hija déjalo —dijo exasperada.

—No, espera que pido unas pinzas para arrancárselo. —Salió corriendo.

Eliza gruñó al ver su cara de horror. —Tampoco será para tanto.

—Claro, como no te lo va a quitar a ti...

Soltó una risita. —Siempre le ha interesado la medicina. De pequeñita tenía un maletín blanco con una cruz roja que tenía varios envases de plástico como una jeringuilla y cosas de esas. La

volvía loca. Se lo llevaba a todos lados.

—¿Y por qué no trabaja con tu tío?

—Por la tontuna de la adolescencia y porque va al instituto.

—Ah... Pues un trabajo por horas no le vendría mal.

—No la animes.

—Te juro que intento no hacerlo con todas mis fuerzas. Es su decisión. —Eliza se la quedó mirando como si se diera cuenta de algo. —¿Qué?

—Repite lo que has dicho.

—¿Lo de que intento no animarla con todas mis fuerzas?

—Lo otro.

Constance sonrió. —Es su decisión, Eliza. Se equivoque o no es su vida para vivirla a su manera. Tú solo puedes apoyarla o no. Mi madre me daría la espalda, pero sé que tú no harías eso.

Pensó en ello durante unos segundos. —Es duro, ¿verdad?

—¿El qué?

—Ser como tú. Como vosotros. Tener que hacer siempre lo correcto por miedo al rechazo.

Apretó los labios. —Supongo que te acostumbras. Y allí tenemos muchas cosas buenas, ¿sabes? De niña fui muy feliz. Pero murió mi hermana y todo cambió. Mi vida cambió —susurró sin darse cuenta de que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Siento lo de tu hermana.

—Fue muy duro. Era la única a la que le contaba todas mis cosas y ella a mí. Desde que nací me cuidó y la sentía como una segunda madre. Estaba embarazada y por miedo al rechazo se suicidó.

Eliza se llevó la mano al pecho de la impresión. —Lo siento muchísimo.

Sonrió con tristeza limpiándose las lágrimas. —Por eso te digo que no pienso decirle nada a tu hija que pueda inclinarla a hacer lo que desea o lo que desees tú. Intento que vea los dos puntos de vista y es su decisión seguir adelante.

La puerta se abrió y Sybil la miró ilusionada como si fuera a hacer lo más interesante del mundo. —Ya estoy aquí.

Capítulo 10

La madre que parió a la niña, ¡le había arrancado media cabellera! Se tocó la cicatriz de nuevo porque le picaba. A ver si se le infectaban los puntitos que le había dejado...

En ese momento salió el doctor Harris hablando con la señora Pierson que había llevado a su pequeño por unos granitos en la cara. —Que se quede en casa hasta que pase la infección.

—Gracias doctor.

—¡Y que no se rasque! —dijo mientras salía. Se acercó al mostrador—. ¿La siguiente?

—El señor Moreno.

—Oh... —Se volvió para ver como el hombre se levantaba apoyándose en el bastón. —¿Sigue dándote guerra esa cadera, George?

—Ya no lo soporto más.

—Entonces es momento de hablar de operarse, amigo.

En ese momento entró Jeff como una tromba con la camisa manchada de sangre. —¡Doc, ayuda!

Su jefe salió corriendo y ella salió del mostrador para ver la camioneta de Jeff ante la puerta. Vio como Ryan estaba abriendo la portezuela de la caja trasera y como el médico gritaba que lo sacaran rápido. Constance fue a abrir la puerta y al escuchar la campanilla Jeff la miró apretando los labios. —Es Eric.

—¿Qué? —Corrió hacia el vehículo y al verle tumbado sobre la caja con un corte muy feo en el pecho de parte a parte se tapó la boca de la impresión.

—Se subió al molino del depósito de agua porque estaba atascado y no giraba bien. Le dijimos que no lo hiciera —dijo Ryan—. Se cayó sobre una de las aspas antes de caer sobre la plataforma. Nos ha costado muchísimo bajarle.

—No teníais que haberlo bajado —dijo el doctor tomándole el pulso mientras los vecinos le bajaban agarrándole por brazos y piernas—. ¡Cuando ocurre algo así hay que llamar a emergencias!

—No funcionaban los móviles. ¡No podíamos dejarle allí arriba!

Angustiada preguntó al doctor. —¿Cómo está?

—Ahora le reviso, niña. Si está vivo hay esperanza. —Apretó los labios viendo como lo llevaban a la consulta entre seis antes de seguirle. Corrió tras él. —¡Llama al helicóptero!

Muy nerviosa descolgó de inmediato y llamó al número que estaba apuntado justo debajo para emergencias sanitarias. Estaba hablando con ellos cuando llegó Teresa con Beth. —Dios mío, niña. ¿Está bien?

—Sí por favor, que venga cuanto antes —dijo al teléfono antes de colgar—. No lo sé. Le están revisando. —A toda prisa fue hasta la consulta del médico que le estaba mirando la cabeza. —¿Por qué no se despierta?

—No es por lo del pecho, eso seguro, no es un corte tan profundo. —El médico hizo una mueca. —Tiene un chichón, así que se ha golpeado la cabeza al caer. Mierda. —Miró a Jeff. —

¿Hace cuánto que se cayó?

—¿Una media hora? Nos costó muchísimo bajarle de allí. Tuvimos que bajarle colgado en una cuerda.

Ryan miró su reloj. —Sí, media hora. Miré el reloj justo antes de que pasara.

El doctor dejó su cabeza sobre la camilla y muerta de miedo vio como elevaba los párpados pasando una lamparilla por ellos. —Pupilas reactivas.

Entonces Eric abrió los ojos y respiró de una manera que le puso los pelos de punta. Parecía que se ahogaba y ella fue hasta su mano cogiéndola con fuerza. —Eric respira. —Él tosió y la salpicó de sangre.

—¡Joder, se ahoga! ¡Ayudarme a ponerle de costado! —gritó el doctor.

Muerta de miedo vieron que así respiraba mejor. —¡Mierda, mierda! —dijo el médico desesperado poniéndole una vía. Colgó una bolsa en uno de los ganchos que tenía la camilla. —Tiene un trauma de tórax. ¡Necesito ese helicóptero ya! Por Dios, estoy trabajando a ciegas. Necesita un tac con urgencia.

Sin darse cuenta de que lloraba apretó su mano y se agachó a su lado. —Estoy aquí, cielo. No me voy a separar de tu lado. —Besó su mano acariciando su dorso con la mejilla. —Estoy aquí. Tú resiste, mi amor. —Besó su frente. —¿Recuerdas aquella vez que me caí y tú viniste a recogerme? Me pusiste en pie y dijiste que al día siguiente ni me acordaría de que me había caído. —Sollozó. —Dentro de un mes ni te acordarás de esto, mi amor. Será un mal sueño y seguiremos con esa vida maravillosa que habíamos planeado. Aún tienes que sorprenderme, ¿recuerdas? Con sorpresas maravillosas que viviremos juntos. No me dejes, mi amor. ¿Qué haría sin ti? Estaría perdida en este mundo de locos. Tú eres mi guía, mi fuerza, mi fin. Sin ti... —Sollozó sabiendo que le perdía. —Sin ti no estaría aquí, si vine fue por ti. Porque no he podido olvidarte en todos estos años, porque te necesito a mi lado. No me dejes, por favor no me dejes.

De repente algo pitó y el médico la apartó de un empujón poniéndole boca arriba mientras gritaba que se apartaran. Pálida negó con la cabeza mientras le ponía las palas sobre el pecho y este se elevó estremeciéndola de miedo. Al ver que le ponía las palas de nuevo gritó sintiendo que se le resquebrajaba el alma. En ese momento llegaron tres hombres con una camilla y rodearon a Eric hasta que ella no pudo verle. Intentó acercarse y Jeff la agarró por la cintura.

—¡Sáquenla de aquí! —gritó uno de los sanitarios.

Jeff tuvo que sacarla a la fuerza y Teresa impresionada por su dolor se desmayó. Jeff consiguió sentarla en una silla y agarrándola por los brazos le dijo —Cálmate. Es fuerte, luchará por volver a ti.

Sollozó negando con la cabeza. —No, no lo hará. —Le miró a los ojos. —Los amish no luchamos, nos resignamos.

Sorprendiéndola Jeff sonrió. —Entonces ninguno de los dos sois amish.

En ese momento salió la camilla y los sanitarios corriendo le sacaron de la consulta girando la camilla a su izquierda. Se levantó, pero sin saber qué hacer se detuvo en la acera para ver que le llevaban hasta el helicóptero que había aterrizado en el cruce. Jeff la cogió por el brazo. —Ven, te llevo al hospital.

Se echó a llorar. —Gracias. Gracias por tu ayuda.

—No me las des. Él hubiera hecho lo mismo.

Asintió porque sí que lo hubiera hecho. Las aspas del helicóptero se movieron y se elevó. Sintió que se llevaban su corazón en él y tuvo la sensación de que no lo recuperaría nunca.

Fueron horas eternas en la sala de espera del hospital. Estaba tan saturado de gente que tuvieron que sentarse en el suelo al lado de la máquina expendedora de café. Ella no hablaba pendiente de cada médico que salía de urgencias. Cuando Phill llegó lo hizo con el doctor. —¿Os han dicho algo?

—No —contestó Jeff levantándose y acercándose a su padre para susurrarle algo. Este la miró preocupado y se agachó ante ella—. Niña, ¿por qué no te tomas la pastilla que te ha dado el médico que te vio al llegar?

—No es imprescindible —dijo sin dejar de mirar la puerta.

—Sí que lo es. —Cogió el vaso de agua que le tendía su hijo. —Tómatela, ¿dónde está?

Ella hizo un gesto hacia la papelerera que había en una esquina y Jeff puso los ojos en blanco. El doctor Harris se acuclilló ante ella sacando un bote del bolsillo de la chaqueta y le metió una en la boca antes de que pudiera evitarlo. —¡Traga! —dijo antes de ponerle el vaso en los labios. —¡Traga Constance!

Casi se atraganta con el agua y antes de darse cuenta había tragado la pastilla. Miró al doctor con rencor, pero este sonrió antes de tirar el vaso a la papelerera. —Ahora voy a ver cómo está tu hombretón.

—Al parecer resiste —dijo Phill satisfecho mientras el doctor se alejaba.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó ella ansiosa.

—Niña, porque si no hubieran venido a decir que la había espichado.

Perdió todo el color de la cara. —¿Así que si vienen es malo?

—Si vienen muy pronto sí.

—¿Familiares de Jericó Troyer?

—¡No! —gritó ella sobresaltando al médico que la miró con los ojos como platos. —¡Váyase! ¡Váyase!

—¿Pero qué? —El médico se acercó a ellos y estiró el cuello para verla escondida tras la máquina expendedora. —¿Se encuentra bien?

—Está un poco agobiada. Es amish —dijo Jeff forzando una sonrisa.

—¿Mi chico la ha espichado? —preguntó Phill muy tenso.

—Todavía no... —Carraspeó. —Quiero decir que le están tratando. ¿Saben que seguro privado tiene?

Ella aliviada porque aún seguía vivo se levantó a toda prisa. —¿Qué pregunta de un seguro?

—Nada niña, es una formalidad —dijo el doctor Harris—. ¿Phill?

Este se rascó la cabeza. —Ni idea.

—¿Pero tiene seguro privado? —preguntó el doctor mirándole fijamente.

—Sí, claro que sí —dijo a toda prisa—. Mi chico es muy formal con sus cosas.

A Constance le dio la sensación de que mentía y a aquel médico también porque le miró con desconfianza. —Les aconsejaría que se enteraran cuanto antes.

El tipo se alejó y ella se acercó a ellos. —¿Es importante eso del seguro?

—Joder sí, si no quieres que te pongan la factura en la cara antes de poner un pie fuera del hospital —dijo Jeff—. Y te aseguro que una factura así va a tardar en pagarla.

—Yo me pasé años en un hospital y no pagué nada.

—Sería estatal, lo pagaría el estado. Pero este no lo es y se financia de manera privada.

—¿Es muy caro?

—Prohibitivo niña, por eso casi todos tenemos seguro —dijo el doctor antes de mirar a Phill

—. No tiene, ¿verdad? Las veces que ha venido a consulta me ha pagado en efectivo.

—Ya sabes cómo es el chico con el tema de los médicos. Cuando se lo comenté por mi problema de corazón dijo que esos seguros eran unos sacacuartos y se negó a escucharme. —Se pasó la mano por la nuca. —Joder, si se salva podría perder el rancho.

Jadeó llevándose la mano al cuello. —¿Tanto puede ser?

—Un conocido mío tuvo un paciente que recibió una factura de cuatrocientos mil dólares porque tuvieron que colocarle un bypass de urgencia. Ni te imaginas lo que te cobran por una noche en la UCI, ya no te quiero contar una semana como estuvo él porque hubo complicaciones. —Al ver que no le comprendía dijo —Es una unidad especial para los que están muy mal.

—Cuatrocientos... Dios mío. Tendrá que ir a ese sitio si sobrevive, ¿no?

Todos asintieron y preocupada volvió junto a la máquina. Los tres se miraron y el doctor dijo —Esto no tiene buena pinta.

—No va a perder el rancho —dijo Jeff—. ¿Con lo que ha trabajado? Pedirá un crédito o algo.

—Hijo, ¿con que crees que me pagó a mí? El rancho está hipotecado ya.

Jeff apretó los labios y todos volvieron la vista hacia ella que tenía la mirada perdida. —Esa pastilla que le has dado es fuerte, ¿no? —Jeff carraspeó. —Doc, ¿me das una? —La colleja que se llevó le hizo gemir. —Joder, padre.

—Cierra la boca. ¿Dónde está tu hermano?

—En la camioneta. Ya sabes que no lleva muy bien estas cosas.

Phill asintió.

—¿Por qué? —preguntó ella saliendo de su letargo—. ¿Por qué las lleva mal?

—Él encontró a su madre. —El doctor se agachó ante ella. —¿Tienes sueño?

Asintió y todos vieron como se le cerraban los ojos. —¿Qué le ha dado? —preguntó Jeff—. ¿Se vende sin receta? —Los tres le fulminaron con la mirada y él levantó las manos en son de paz. —Vale, no lo preguntaré más.

—A ver si es verdad —dijo el doctor antes de centrarse en ella—. Al parecer era muy fuerte para ti, pequeña. Phill busca un hotel por aquí. Hay que llevársela. —Ambos le miraron como si quisieran pegarle cuatro gritos. —¿Qué? ¿No sabía que tenía un organismo tan sensible!

—¿Familiares de Jericó Troyer? —Una mujer salió con un pijama verde y cuando los hombres se volvieron hacia ella se acercó de inmediato. —¿Son ustedes?

—Sí —dijo ella en voz bajita—. Estoy aquí.

La doctora estiró el cuello y pasó entre Jeff y Phill para verla en el suelo. —Por Dios, ¿está drogada?

—Con prescripción médica.

Se agachó ante ella. —¿Me entiende?

Constance sonrió. —Sí.

—Su...

—Es su novio —dijo Jeff a toda prisa—. Se comprometieron ayer.

—Mierda... —dijo ella por lo bajo alertándoles—. Pues su novio está en este momento en quirófano. Está muy grave, ¿lo entiende?

—Sí. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —¿Se va a morir? No tiene seguro, pero no dejen que se muera.

La doctora miró a los hombres sorprendida y los tres forzaron una sonrisa. —Está drogada —dijo el doctor Harris como si no tuviera importancia.

—Será mejor que lo ignore —dijo levantándose—. En cuanto salga de quirófano el cirujano

jefe vendrá a hablar con ustedes.

—¿Su traumatismo torácico ha afectado a la médula? Todo fue tan rápido que no pude protegerle la espalda.

—¿Es usted doctor?

—Fui quien le atendió, pero cuando he llegado aquí esa enfermera del mostrador no me ha dejado pasar.

—Venga conmigo y le explicaré la situación.

Phill observó como entraban por la puerta de urgencias y cuando se volvió vio que Jeff ya tenía en brazos a Constance que dormía con la boca abierta. —Está claro que son una bomba —dijo divertido—. Joder, es preciosa incluso con esa cara.

—Hijo, ni se te ocurra.

—Igual se queda viuda.

—Mucho te tendrías que enderezar para que te mirara dos veces —dijo antes de caminar hacia la puerta.

—No será para tanto, padre. En el fondo le gusto —dijo siguiéndole—. ¿No lo crees?

Abrió los ojos sintiéndose mareado, pero era consciente de que un montón de rostros emborronados le rodeaban. —Jericó... —dijo una voz de mujer distorsionada—. Jericó despierta.

—Nena... —preguntó con la voz rasposa.

—Soy la doctora Spring.

Intentó que su vista se aclarara y lo hizo poco a poco. Consiguió distinguir el rostro de una mujer que sonrió. —Eso es... Bienvenido.

—Constance.

—Ahora no está aquí, pero la verás enseguida. Estás en la UCI del hospital Victoria. ¿Me entiendes?

—Sí. Tiene que encontrar a mi novia —dijo sintiendo la boca seca—. No está acostumbrada...

—Tranquilo, Constance está muy bien.

—¿La conoce?

—Ya la conoce todo el hospital, amigo —dijo un hombre.

La doctora sonrió. —¿Todo el hospital solo?

—¿Perdón? —preguntó confundido.

—Nada, que su novia es muy sociable.

Él sonrió. —Sí. En cuanto llegó al pueblo se ganó a la sheriff y eso que es dura de pelar. A mí me vigiló un mes seguido.

—Ya está mucho más lúcido. ¿Le duele algo, Jericó? —Se volvió y le preguntó a alguien tras ella —¿Cuándo le toca la medicación para el dolor?

—En una hora, doctora. Todavía le queda en la bolsa.

La mujer miró hacia arriba antes de tocar una bolsa de plástico que tenía a su lado para mirar el contenido y asentir. —Muy bien. Jericó, nos has dado bastante guerra, ¿sabes?

—¿No me diga? —Sonrió sin fuerzas.

—Sí, hemos tenido que operarte dos veces porque dos costillas habían entrado en tu pulmón. Fue un milagro que no te ahogaras con tu propia sangre. Además te rompiste la muñeca,

seguramente al caer precipitado. Todavía te queda una buena temporada con nosotros, pero tranquilo que todo está en orden.

Elevó la vista hasta sus ojos. —Mi seguro...

La doctora sonrió. —No te preocupes por eso, está todo arreglado. —Le guiñó el ojo antes de decir —Brian, ¿siguiente paciente?

—Lewis Parsons, doctora —dijo de la que se alejaban—. Arrollado por un coche.

—Oh, le recuerdo. Iba vestido de payaso de circo.

—Venía de una fiesta de...

Eric ya no pudo escuchar más y elevó la vista hacia la bolsa. En ese momento llegó una enfermera y le sonrió. —Me alegro de que se haya despertado. Constance se pondrá muy contenta.

—¿La conoce?

—Una chica estupenda.

Él sonrió. —Sí que lo es.

—Es muy afortunado. —Se inclinó sobre su rostro. —Si es bueno en cuanto acabe la ronda la dejo pasar.

—¿Está fuera?

—Sí, pero aquí solo se puede entrar media hora al día. Y aun así ella se pasa fuera todo el tiempo por si alguna como yo se apiada y la cuela.

—Esa es mi chica. —Sonrió agotado.

—Si quiere dormir, duerma. Deje que su cuerpo se recupere.

—¿Cuándo podré irme?

Ella hizo una mueca. —Mínimo, mínimo tres semanas.

—No joda —dijo espantado.

—¿Los amish dicen tacos? —preguntó sorprendida.

—¿Cómo sabe que fui amish?

La enfermera se sonrojó. —Uy pitido, tengo que irme o este la casca.

Él gruñó mirando al techo. —Nena, ¿se lo has contado a todo el mundo?

Capítulo 11

Sonrió a la cámara. —Y así es como las mujeres amish hacen sus vestidos, sin cremalleras y con puntadas discretas. Hasta el próximo video, amigos.

Sybil bajó el teléfono y empezó a teclear. —Tranquila que enseguida lo subo a la red.

—¿Cuántas descargas tuvimos del último?

Soltó una risita. —Cuatro millones. Y pico.

—Eso es mucho, ¿no?

—Gracias al diez por ciento que me llevo no voy a tener que trabajar hasta que la niña vaya a primaria. Tendré hasta para la guardería. Y como siga así haré un fondo para su universidad.

—Que bien. —Miró hacia la puerta de la UCI y chasqueó la lengua porque la borde de Anne nunca la dejaba entrar.

—Mamá me va a administrar el dinero y me va a dar una paga mensual el primer año a ver cómo lo hago. Si va bien me dejará a mi aire.

Sonrió. —Eso está muy bien. Seguro que lo harás genial. Oye, gracias por traerme. Venir en autobús es un engorro.

—Tienes que sacarte el carnet... —dijo como si fuera un desastre.

—Eso mismo dijo Eric.

Sybil elevó la mirada de la pantalla. —Se pondrá bien. Ya has oído a la doctora. Cuando le quitó la medicación respondió como un campeón. Y no tiene problemas en la columna. En nada de tiempo te lo llevarás a casa.

La puerta se abrió y Julie le hizo un gesto con la mano mirando hacia la UCI. Se levantó en el acto. —¿No está Anne?

—Se ha ido a tomar un café. Tienes diez minutos.

Entró a toda prisa y se puso el mono blanco de papel antes de que se diera cuenta. Al entrar en la sala fue directamente hacia la cama de Eric deseosa por verle. Estaba dormido. Julie sonrió. —Se ha vuelto a dormir, pero va muy bien.

—¿De veras?

—¿No te fías de mí?

—Claro que sí, pero... —Acarició su mano mostrando su anillo de compromiso. —Ya son muchos días.

Eric abrió los ojos y sonrió. —Hola nena.

Emocionada se acercó. —Estás despierto.

—Oí tu voz. La he oído todos estos días, era como un sueño.

—¿Te duele mucho?

—No. —Acarició su mano. —Estás preciosa.

—Mientes muy mal.

Él rio gimiendo de dolor llevándose la otra mano escayolada al pecho. Asustada dijo —No te rías, ni te muevas.

—Lo intentaré. ¿Cómo va todo en el rancho?

—Como un reloj. Los chicos se encargan de él deseando que vuelvas. No te preocupes por eso.

—Nena, la factura del hospital...

—Eh, soy medio amish medio inglesa, tengo mis recursos. —Le miró como si fuera a regañarle. —Pero cuando salgas de aquí te harás un seguro.

—Pero, ¿cómo...?

—Bah, ha sido muy fácil. Todos me ayudaron.

Pareció aliviado. —¿Los del pueblo?

—Claro, para eso están los vecinos. Para echar una mano cuando se necesita. Y tú les has ayudado mucho —dijo orgullosa—. Ni te imaginas todo el apoyo que tienes.

Él sonrió. —Habrás que retrasar la boda.

—Eso no tiene importancia. —Se acercó. —Ante Dios ya eres mío para siempre. ¿O crees que voy a dejarte escapar?

—No, mi chica no se rendiría fácilmente.

De repente Anne apareció a los pies de la cama y se cruzó de brazos mirándola como si fuera una auténtica delincuente. —¿Te has colado otra vez? —Se puso como un tomate. —¡Me vas a obligar a llamar a seguridad, Constance!

—Por favor dos minutos más.

—¡Será posible! —Se volvió exasperada y se alejó para decirle a Julie —¿Es que no la has visto?

—Es muy lista —dijo disimulando—. No sé cómo lo hace.

—Me tiene harta. Porque me cae bien que sino...

Constance miró a Eric que levantó una ceja. —Bah, me adora.

—Claro que sí, nena. Todos te adoran.

Soltó una risita loca de contenta por verle tan bien. —En nada te subirán a la habitación y ya no podrán separarnos.

—Que ni se les ocurra. Dame un beso, preciosa.

—Ah no, que entonces sí que me echan —dijo enderezándose de golpe—. Puedo pasarte gérmenes o yo qué sé.

Él rio por lo bajo. —Pues dime que me quieres.

Le miró con adoración. —Te amo, ¿eso no es mucho mejor?

—Mucho mejor.

Se acercó y susurró —Te he echado de menos, mi vida. Porque eres mi vida, ¿sabes? —La miró de una manera que se sintió la mujer más hermosa de la tierra. —No vuelvas a hacerme algo así, he pasado mucho miedo.

—Lo siento, preciosa. —Con el dorso del índice acarició su mejilla borrando una lágrima. —Estoy orgulloso de ti.

—¿De mí? —preguntó sorprendida—. Si no he hecho nada.

—Has pasado por todo esto sin tu familia a tu alrededor, sin su apoyo. Rodeada de desconocidos.

—Ahora son mis amigos. La familia que elegimos. —Sonrió. —¿Sabes que Jeff y Ryan te salvaron la vida? —Él la miró sorprendido. —Y me han ayudado mucho. Me han traído cuando han podido y lo he necesitado. Han ayudado mucho a Phill con el rancho... Estos últimos días su vida ha dado un giro total. Y Sybil ha decidido tener el bebé y su madre la va a apoyar en todo.

Oh, y Teresa y Phill han salido un par de veces. Este romance promete. —Hizo una mueca. — Aunque Teresa se queja de que ni la coje de la mano. Él dice que es un hombre tradicional y que va a ir poco a poco para que vea que la respeta. Y Tommy se ha largado del pueblo después de decirle a sus padres que iban a ser abuelos. No veas como se pusieron. ¿Qué más...? Oh, la enfermera del doctor Harris ha vuelto de sus vacaciones y para él fue un alivio porque yo no estaba nunca. Pero lo entendió, ¿sabes? No se enfadó ni nada. Me ha dicho que si quiero el trabajo de recepcionista para cuando vuelvas, que es mío. —Él abrió la boca para decir algo, así que rápidamente le interrumpió —Pero le he dicho que a media jornada porque soy medio inglesa. —Se miraron a los ojos. —Hay muchas cosas de ser amish que no quiero perder.

—Ni yo quiero que las pierdas, cielo. Son parte de ti como siempre formarán parte de mí. He intentado reprimirlas, pero es imposible.

Le miró ilusionada. —¿Tendremos muchos hijos?

—Muchos.

Anne apareció de nuevo y al escucharles puso los ojos en blanco. —Venga ya...

—¡Oye, si no hubieras hablado con tu marido en dos semanas hablaríais hasta del tiempo!

—¡Si no hubiera hablado con mi marido durante dos semanas haría fiesta porque eso significaría que habría firmado el divorcio y no tendría que llamarle continuamente para recordarle que firmara el puñetero papel! —Señaló la puerta. —¡Largo!

—A punto de divorciarse, ahora lo entiendo todo.

—¿Cómo has dicho? —preguntó indignada.

Dio dos pasos hacia ella. —Todavía le quieres, ¿no? Eso es lo que te tiene amargadita. Llámale y hablad del asunto, mujer. Seguro que tiene solución.

—Será... ¡Largo!

—Te va a dar un tirón en el brazo.

—Constance...

—Ya me voy, ya me voy. —Se acercó a Eric que reía por lo bajo y susurró —Te quiero. —Y le dio un rápido beso haciendo jadear a la enfermera. —Chúpate esa —dijo antes de salir corriendo.

Cuando salió por la puerta Anne sonrió. —Amigo, que suerte tienes.

Sonrió. —Lo sé.

—Veamos cómo va esa medicación.

—¿Veis? las muñecas de trapo se hacen así. ¿A que son bonitas? Aunque no tengan cara con ojitos y boca. Nosotros las hacemos así para demostrarles a los niños que todos somos iguales ante los ojos de Dios ya tengas los ojos azules o verdes. —Dejó la muñeca que acababa de hacer sobre la mesa. —Bueno, este es el video de hoy. El próximo día os enseñaré a hacer una tarta que es para chuparse los dedos. —Se acercó y susurró —Y os contaré cómo es el cortejo amish. — Les guiñó un ojo. —Hasta la próxima, amigos.

Sybil parpadeó bajando el móvil. —¿Cómo es el cortejo de las amish?

—Muy de hace dos siglos. —Se levantó impaciente para ir hasta la ventana. —¿No tenían que haber llegado ya? Tenía que haber ido yo a recogerle.

—Está bien sino no le habrían dado el alta. Deja de preocuparte, llevas semanas de la ceca a la meca. Si el doctor te ha dicho que descanses debes hacerlo que luego es peor. ¿Te sigue doliendo la cabeza?

—No. —Bufó volviéndose y vio que Sybil estaba preocupada. —Estoy bien. Ya oíste al médico, es normal con tanto estrés.

—Pues eso. Tú tranquilita en casa que a ver si la liamos y perdemos a la gallina de los huevos de oro.

Sonrió divertida. —Sé que me echarías de menos.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque te has pasado a mi lado casi todo el verano. —Preocupada se acercó a ella. —Ya no ves a tus amigas.

Perdió la sonrisa. —Sí, claro que sí. Muchas veces cuando tú estabas en el hospital y te llevaba Jeff.

Se sentó a su lado. —¿Qué pasa Sybil?

Se mordió el labio inferior. —Algunos padres dicen que soy una mala influencia y no les dejan hablarme. Y otras... pues ahora se meten conmigo por el bebé.

—Entonces es que no son tus verdaderas amigas. Son unas brujas y cuanto más lejos mejor —dijo molesta. Vio en sus ojos tristeza. Seguramente eran sus amigas desde la infancia y las echaba de menos—. Lo siento.

—Bah, si lo siento por alguien es por Trixi.

—¿Trixi? Creo que no la conozco.

—Es la hermana de Tommy. Éramos inseparables, ¿sabes? Pero desde que empecé a verme con su hermano se alejó de mí. Puede que fuera culpa mía, siempre le estaba hablando de él. Después empezó el curso y Tommy se fue a la universidad...

Se le cortó el aliento. —¿Desde cuándo estabas con Tommy?

—Desde el año pasado. Esta Nochevieja hubiéramos hecho dos años.

—Así que no fue...

—¿Un aquí te pilló aquí te mato? No. Fuimos novios, pero no se lo dijimos a nadie porque sabía que mi madre se pondría como loca porque era mayor que yo. —Sonrió con tristeza.

—Entiendo. Y tu relación con Trixie no volvió a ser igual cuando se enteró de que salías con su hermano.

—No, aunque no le dijo nada a nadie, ¿sabes? Nos guardó el secreto porque sabía que sus padres se pondrían como locos. Pero este último curso casi ni nos hablábamos. Decía que yo había cambiado, que desde que estaba con su hermano me había vuelto una chula insoportable.

—Tu madre me dijo una vez que habías cambiado. Puede que tu amiga tuviera razón —dijo recordando la tarde en que la conoció—. No debía ser fácil tratar contigo.

Hizo una mueca. —Eso ya no puedo cambiarlo.

—Pero puedes pedir perdón, es bueno para el alma disculparse.

—¿Y si no me perdona?

—No debes hacerlo con intención de volver a tener la misma relación que antes. Debes hacerlo por liberar tu culpa, cielo. Las reacciones de los demás no están en nuestras manos. Si te perdona pues muy bien, pero sino es así, al menos tú habrás hecho lo correcto.

—La última vez que la vi me acusó de haberme quedado embarazada a propósito. —Se miró las manos. —Y no es cierto.

—Pues entonces ella también tendrá que disculparse contigo por hacerte sentir mal y más en un momento tan delicado como este. —Acarició su cabello. —Sé que estás asustada, yo lo estaría, pero te apoyaremos, ¿de acuerdo? Intenta no llevar más carga de la que puedes soportar. Discúlpate, te aseguro que te hará sentir mucho mejor.

Se sonrojó. —Tendría que disculparme con Jeff, ¿no?

—Sabes de sobra que sí.

Sonrió. —Le metí en un lío enorme.

—Podía haber acabado en la cárcel si el juez hubiera seguido adelante por tener relaciones contigo. Y esos antecedentes no se borran nunca. Aunque él también hizo muy mal porque es mucho mayor que tú.

—Tiene veintisiete.

—Pues eso. —Por la cara que puso la miró pasmada. —¡No!

—Ha madurado mucho.

—¿Estás con él?

—No, no quiere que me acerque ni a diez metros.

—Ay, madre... —Se levantó. —¡Sybil no puede ser!

—¿Por qué?

—Porque...

—Ahora tiene trabajo.

—¡Es un delincuente!

—Todo el mundo merece otra oportunidad. ¡Tú lo dijiste! ¡Además, ahora trabaja y mucho!

—Sí, pero... ¿Y Tommy?

—¡Qué le den a Tommy! ¡Me ha dejado tirada con este marrón! ¡Yo necesito un hombre!

Pasmada vio cómo se levantaba muy digna y salía de la cocina. —¡Vuelve aquí, jovencita! ¡Tu madre va a poner el grito en el cielo!

Volvió a aparecer y en sus ojos vio la resolución. —Se acostumbrará.

—¿Por qué él? —preguntó incrédula.

Se sonrojó. —Bueno, aquella noche me hizo maravillas. —Constance se puso como un tomate. —Tommy no le llega ni a la suela de los zapatos. ¡Y lo quiero para mí!

—¡No te pongas cabezona!

—Me voy a llamar a Trixie.

Desapareció de nuevo. —¡Muy bonito, Sybil! ¡Hablaré con él!

Apareció de nuevo mirándola indignada. —Ni se te ocurra.

Gimió dejándose caer en la silla. —¿No ves que es mayor para ti?

—Eric te lleva la misma edad. —Parpadeó asombrada porque era cierto. —¿Acaso no le querrías igual con tres años menos? —Al ver que le había cerrado la boca sonrió triunfante. — ¡Pues eso! ¡Así que no intervengas!

Suspiró pensando en ello. La verdad es que tenía razón. Lo que sentía ahora por él seguramente también lo habría sentido con dieciséis, diecisiete y lo sentiría a los cien. El amor no tenía edad. La miró a los ojos. —Nada hasta los dieciocho.

—No, claro que no —dijo antes de sonreír radiante—. Primero está mi bebé.

Entonces escucharon el motor de un coche y corrieron hasta la misma ventana de la cocina. Al ver llegar la camioneta de Phill chilló de la alegría. —¡Ya están aquí!

La miró como si estuviera loca. —Si le viste ayer mismo.

—Pues mi corazón vota como si fueran meses. —Emocionada corrió hasta el porche con ella detrás y Phill detuvo la camioneta ante la casa. Al ver que Eric estaba muy serio se preocupó, porque debía dolerle muchísimo. A toda prisa abrió la puerta de la camioneta. —Cielo, ¿te duele mucho?

—Niña, se ha levantado con el pie izquierdo. No te preocupes.

La inquietó que no la mirara. —¿Eric? —Sus ojos fueron a parar a los suyos y era evidente que estaba furioso. —Eric, ¿qué ha pasado? ¿Estás enfadado porque no he ido a buscarte? — Sonrió con tristeza. —Esta mañana me dolía mucho la cabeza. El doctor Harris me prohibió ir preocupado por mi antigua lesión. —Miró a Phill. —¿No se lo has dicho?

—Claro que sí. —Phill se bajó y para su sorpresa Eric arrastró el trasero por el asiento para salir por la puerta del conductor.

Fue como una cuchillada, la estaba rechazando como cuando alguien hacía algo mal en su congregación. —¿Eric?

Él pasó ante el vehículo y subió los escalones del porche bajo la atenta mirada de todos.

—Cielo, ¿qué pasa?

Entró en la casa en silencio y Phill al ver como se apretaba las manos de la angustia susurró —Es culpa mía.

—¿Qué?

—Mientras Eric esperaba en administración a que le trajeran unos papeles yo estaba viendo el último video que subiste a YouTube. Pero lo estaba haciendo en la sala de espera, te lo juro. Él lo ha visto y no me he dado cuenta de que estaba detrás. Parecía espantado. Me ha preguntado qué era eso y le he contado que habías hecho videos para ganar dinero contando como era ser amish. Parecía que le estaba dando el susto de su vida y no ha dejado de preguntar si sabía todo el mundo que él era amish. Yo le he dicho, pensando que se relajaría que se había hecho famoso. Que vuestra historia hasta había salido en los periódicos nacionales. Le he mostrado las entrevistas que diste para publicitarte en las redes sociales que te llevaba Sybil y desde ese momento no ha vuelto a hablar.

Sus ojos se llenaron de lágrimas porque para comportarse así tenía que estar furioso. — Quería contárselo yo.

—Lo siento, pero tenía que decirle algo.

Corrió hacia la casa y le encontró bebiendo del brik del zumo en la cocina. —Lo hice para pagar la factura del hospital. Sé que no te gusta que nadie sepa que eres amish, que lo has mantenido en secreto durante todos estos años, pero teníamos que hacer algo. Podías perder el rancho. —Él dejó el envase sobre la encimera y fue hasta la puerta de la cocina. —¿Me estás rechazando? —preguntó entre el asombro y el miedo.

No le contestó y cuando empezó a subir las escaleras sintió que el mundo se le caía encima. No podía ser, aquello no podía estar pasando. La estaba apartando de él, le estaba demostrando que ya nunca le hablaría, que ya nunca la amaría. Fue como si el corazón se desgarrara de su pecho y quiso morir. —¿Eric? —susurró con los ojos llenos de lágrimas.

Phill y Sybil la observaron desde el hall. —Tranquila, se le pasará —dijo ella.

Negó con la cabeza. —Cuando un amish hace algo así, ya no hay vuelta atrás. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas. —No me perdonará.

—A mí me perdonó —dijo Phill.

—Ve a hablar con él. Intenta que entienda tus razones.

Desesperada subió los escalones de dos en dos y al verle en la puerta de su habitación dijo — Cielo, lo hice por nuestro bien. —Se acercó angustiada. —Si me escucharas... —Él cerró la puerta de un portazo cortándole el aliento. Tres rechazos, era definitivo. Se tapó la boca para que no la oyera sollozar y se volvió sintiendo un dolor indescriptible. Y para huir de lo que sentía corrió bajando los escalones a toda prisa.

—Dale algo de tiempo para que lo madure y... —Phill asombrado vio que pasaba ante el

como una exhalación saliendo de la casa. —¿Niña? ¿A dónde vas?

—¡Constance! —gritó Sybil.

Phill se metió en casa y gritó —¡La niña se va!

El silencio en el piso de arriba cayó como una bomba sobre ellos. Sybil asombrada siseó —
Será cabrón. Si todo lo ha hecho por él.

Phill apretó los labios. —Lo arreglarán.

Capítulo 12

Sentada en el sofá de Teresa se abrazaba las piernas sin poder dejar de llorar. Teresa preocupadísima por su estado mandó llamar al doctor que a su lado acariciaba su espalda. —No lo ha entendido, niña.

—Sí lo ha entendido. No quería que se supiera, yo lo sabía de sobra y aun así lo hice.

—Por su bien.

—No respeté sus deseos. Si lo hubiéramos hablado él hubiera dicho que no y ...—Sollozó. —Yo lo he contado todo a miles de personas que ni nos conocen en realidad. Le he humillado por dinero.

Preocupado miró a Teresa y en ese momento sonó el teléfono de la cocina. —Debe ser Beth, habíamos quedado.

—Siento haber venido y...

—Niña, no digas tonterías. —Fue hasta la cocina y la escucharon contestar.

—En cuanto recapacite...

Miró al doctor y sonrió con tristeza sintiendo un vacío enorme. —No lo hará. En nuestra comunidad se trata así a los que transgreden las reglas.

—¿Para siempre?

—Si lo hace toda la comunidad sí.

—Pues tu comunidad te apoya, niña. Nosotros te apoyamos y me parece muy mal lo que Eric está haciendo contigo, que tienes un corazón de oro y que lo único que intentas hacer es que todos estén bien.

Sollozó agachando su rostro para esconderlo en sus rodillas. —Ya nada tiene sentido.

—¿No me digas? —dijo Teresa por lo bajo y por su tono parecía pasmada.

Levantó la vista como un resorte para mirar hacia allí y Teresa que se dio cuenta se apartó para que la cubriera la pared. —¿Pero no le has dicho...? Entiendo.

Constance se levantó a toda prisa. —¿Es Phill?

Teresa asintió y esta le cogió el teléfono. —¿Te ha dicho algo de mí? —El silencio al otro lado la hizo sollozar. —¿No va a cambiar de opinión?

—Esto es un calentón que en unos días se le pasa, ya verás.

Le pasó el teléfono a Teresa. —Gracias. —Fue hasta la puerta del sótano y bajó a su habitación para tumbarse en la cama. Mirando la pared dejó que las lágrimas fluyeran. Rechazada. Jamás la habían rechazado. Una vez su madre por una mala contestación no le habló en dos días, pero la perdonó. Igual Eric hacía lo mismo, pero que precisamente él se comportara así después de ser rechazado por su comunidad le decía que estaba furioso con ella. Tan furioso que ni era capaz de gritarle como de costumbre y sintió tal tristeza que se preguntó si era el hombre adecuado para ella. Si estuviera en su casa y hubiera hecho algo mal comprendería su enfado, pero al parecer eran ingleses para lo que a él le convenía. Y al parecer le convenía rechazarla. Igual era que no la amaba, cuando el amor era profundo puede que dolieran las

traiciones, pero no llegar ni a escuchar sus razones, los motivos para su comportamiento, era cruel. Y no quería un hombre así a su lado.

—Entiendo —dijo Phill al móvil mirando de reojo a Eric que se estaba sirviendo un café—. Es una pena, pero lo entiendo. Te llamo luego, amorcito. —Suspirando dejó el teléfono sobre la mesa y cogió su taza de café. —¿Vas a ir a trabajar?

—Por supuesto.

—Esas costillas aún no están curadas, no creo que lo mejor sea que te subas a un caballo.

Se encogió de hombros como si le diera igual acercándose a la ventana y mirando por ella mientras bebía de su café. —Si esperas que aparezca para arrastrarse, estás muy equivocado, chico.

Le fulminó con la mirada. —No espero que se arrastre.

—¿No? En estos dos días has mirado más por esa ventana que en los últimos diez años.

—Qué sabrás tú.

Phill apretó los labios. —Seguramente nada. Pero si una mujer como esa me amara y ella te ama muchísimo, correría tras ella para pedirle perdón por haberla tratado como tú.

—¡Me traicionó! ¡Sabía lo que pensaría y me lo ocultó!

—Un pecado gordísimo —dijo con burla—. Un pecado hecho por amor y sacrificándose a sí misma.

—No tienes ni idea de lo que hablas. —Dejó la taza dispuesto a irse.

—¿Has visto los videos? —preguntó con burla—. No, claro que no, porque si lo hubieras hecho estarías dándote de cabezazos contra la pared.

—No necesito verlos. —Se detuvo en la puerta. —¡Ahora todo el pueblo sabe de donde he venido! ¡Y si vine aquí era para dejarlo atrás y que no me miraran como a un bicho raro!

—¿Y crees que eso ha cambiado?

—Seguramente sí. Ahora por cualquier cosa que haga todos dirán que como soy amish pienso así.

—Eres más estúpido de lo que parece —dijo sorprendido.

—Viejo...

—Deberías ver los videos.

—¡Que le den a los videos y que te den a ti! —Salió de la casa dando un portazo.

Phill salió tras él y le vio ir hacia la camioneta. —¡Pues que sepas que todos están orgullosos de ti! ¡Qué ahora entienden mejor tu carácter y valoran todo lo que has conseguido por ti mismo!

—¿Pero no era un amish avaro que te había engañado con tus tierras?

Su amigo jadeó. —¿Ahora me lo echas en cara?

Eric se volvió furioso. —¡Déjame en paz!

—¡Pues deja de hablarme como a ella, eso lo arreglará todo!

—¡Tendré que planteármelo, viejo entrometido! —Se subió a la camioneta.

—¡Se ha ido! —Se detuvo en seco mirándole a través de la ventanilla abierta. —Esta mañana se ha ido a casa con los suyos. Si quieres recuperar el anillo de compromiso lo tiene Teresa. Hasta ha dejado toda su ropa y se ha ido del pueblo vestida de amish.

Muy tenso miró al frente antes de asentir arrancando la camioneta. Phill observó como se alejaba y suspiró dándose por vencido. —Será cabezota.

Jeff rodeó la casa acercándose a su padre. —¿No se baja de la burra?

—Tenemos que hacer que vea esos videos.
Su hijo sonrió malicioso. —Eso déjame a mí.
—Sí, hijo... Pero no le magulles mucho que ya está hecho polvo.
—Seré de lo más delicado.

Sentada en la cama acarició la colcha hecha a mano y escuchó como su madre abría la puerta. Los pasos sobre el suelo de madera la hicieron volverse con una sonrisa en los labios. —¿Estás lista? —preguntó su madre emocionada antes de agacharse y atarle bien el lazo de su gorrito negro que en su congregación indicaba que era soltera.

—Sí, madre.

—Vamos, todos te están esperando.

Se levantó mostrando su simple vestido azul y nerviosa la miró a los ojos. —¿Ha llegado el momento?

—Sí, hoy es un día especial que seguramente no olvidaremos nunca. —Acarició su mejilla.
—Me alegra muchísimo que hayas vuelto con nosotros.

—Sí —susurró perdiendo algo la sonrisa.

—Constance, ¿qué te ocurre? —preguntó su madre preocupada.

—¿Nunca has querido algo más? ¿Nunca has anhelado otra vida?

—Eso es pecado, hija. Esta es la vida que me ha dado Dios e intento que esté orgulloso de mí.
—Anne separó los labios. —Tienes dudas.

Agachó la mirada y su madre impresionada se sentó en la cama. —¿Tienes dudas? ¿Crees que esta vida de sacrificio y amor a Dios no será suficiente para ti?

—No es eso.

—Es precisamente eso, cielo. ¿Qué ocurrió en estas semanas que estuviste fuera? ¿A dónde fuiste?

—No quieres saberlo.

—Sino no te lo preguntaría. Desde que has vuelto estás distinta.

—¿No es esa la función de la rumspringa? ¿Que conozca otra manera de vivir para decidir la que más me gusta? Es normal que lo que he visto me incline hacia un lugar u otro.

—Tengo la sensación de que te has conformado con esta vida. —Mirando sus ojos negó con la cabeza. —Has sufrido. No te veía así desde la muerte de Bridget.

—Fue doloroso.

—Como lo que te ha ocurrido. —Se levantó asustada y cogió su mano. —¿Te han agredido como intentaron aquellos chicos?

—No madre. —Sonrió dulcemente intentando tranquilizarla. —No es nada de eso. Todo está bien, de veras. —Acarició su mano. —Y gracias.

—¿Por qué?

—Porque sé que me quieres.

Emocionada su madre la abrazó. —Por supuesto que te quiero. Sé que a veces he sido dura contigo y con tus hermanos, pero os quiero más que a nada. Os daría la luna si me la pidierais.

—¿Y me rechazarías?

Su madre se tensó dando un paso atrás. —¿Qué has dicho?

—¿Si no viviera según nuestras leyes dejarías de hablarme como le pasó a Jericó?

—Sabes que no tendría otra opción.

Su corazón se retorció por dentro, aunque esperaba esa respuesta y forzó una sonrisa. —Nos están esperando, madre.

Esta asintió y sin quitarle ojo la observó salir de la habitación. Constance pasó ante la cocina de leña mirando a su alrededor intentando retener en la memoria cada detalle. Escuchó un sollozo de su madre, pero no se volvió. Ya no hacían falta las palabras, todo estaba dicho. Salió de la casa y sonrió a sus hermanos que ya estaban sentados en el carro. Los chicos con traje negro y sombrero del mismo color mientras que sus hermanas llevaban el mismo vestido que ella. Su padre ya sentado con las riendas en la mano la miró fijamente para decir serio —Hija, nos esperan. Es una falta de respeto a nuestro obispo hacerle esperar, lo sabes.

—Lo siento, padre —dijo como se esperaba de ella antes de ir hacia la parte de atrás para coger la mano que le ofrecía su hermano Thomas.

Se sentó al lado de sus hermanas y escuchó decir a su padre —¿Por qué lloras, mujer?

—Por nada, este día es muy emocionante.

—Deja de llorar por estupideces, esposa —dijo cortante.

El silencio de su madre le hizo cerrar los ojos. Ella le hubiera gritado a Eric por hablarle en ese tono. Hubiera protestado por su falta de comprensión, pero las amish eran sumisas y daban la razón en todo al marido. Eso demostraba lo que había cambiado. ¿Cambiado? No, siempre había sido así, lo que pasaba era que simplemente lo había reprimido.

—¿Estás emocionada por tu bautizo? —preguntó una de sus hermanas pequeñas.

—Sí, Laura —respondió como se esperaba de ella.

—Yo tengo muchas ganas de que me bauticen y así Jeremiah podrá empezar a cortejarme. —Glory soltó una risita. —Lo está deseando.

Aún tenía catorce años. Dios, aún tenía toda la vida por delante. Pensó en Sybil y en su sociedad. Todavía era considerada una niña, pero allí ya sería toda una mujer. Se sentía como si dos mundos la reclamaran y a la vez no la quisieran en ninguno. Tenía la sensación de que allí ya no encajaba y pensar en la posibilidad de casarse con Jacob le ponía los pelos de punta, la verdad. Menos mal que no veían la televisión y nadie tenía ordenador para ver sus videos porque la echarían a patadas después de lo que había dicho sobre cómo eran los matrimonios de por allí. Entrecerró los ojos. Pero ella no había hecho nada malo. Solo había explicado cómo había sido su vida, lo que había visto. No tenía que arrepentirse de nada y por mucho que Eric estuviera furioso por su conducta, ella sabía que había hecho lo correcto.

—Hermana, frunces el ceño —dijo Thomas.

—¿De veras? —preguntó molesta porque no dejaban de observarla.

Asombrado contestó —Sí, lo haces.

—El ceño es mío, ¿no? Podré fruncirlo cuando a mí me venga en gana.

—¿Estás enfadada? —preguntó Laura.

—¿Por qué habría de estarlo?

Esos diez pares de ojos la miraban como si estuviera haciendo algo realmente malo. Por supuesto no había que alterarse. Los amish odiaban los enfrentamientos. Otra cosa en la que no encajaba. Antes de irse se había mordido tanto la lengua que hasta tenía heridas. Recordó la liberación que sintió al poner un pie fuera de esas tierras, la emoción por conocer algo nuevo, lo tímida que era al llegar al pueblo y como su carácter salió al exterior en cuanto no pensó en las consecuencias. Allí era libre. Podía llorar, gritar, cantar si le daba la gana y bailar... Ya, pero allí está Eric y te ha rechazado. Apretó los labios porque ya pensaría en eso. El mundo es muy grande, dijo una vocecita en su interior. Y tienes dinero. Mucho dinero para hacer lo que te

venga en gana. Pero estaría sola, dijo para sí aterrorizada.

—Bajad —ordenó su padre.

Todos sus hermanos bajaron en un parpadeo y Thomas estiró la mano para ayudarla a bajar.

Resignada la cogió y bajó del carro de un salto. Tras sus padres se acercaron a la puerta de la iglesia donde ya todos estaban sentados y escucharon la voz del obispo. —Oh, ya han llegado —dijo como si estuviera contentísimo por su llegada. Ella miró extrañada a su hermana Laura que soltó una risita cómplice que no le gustó un pelo—. Acercaos, os hemos reservado el primer banco.

En un silencio sepulcral caminaron todos hacia allí a toda prisa y al pasar vio a Jacob que le sonrió haciendo una inclinación de cabeza a modo de bienvenida.

Era tan parecido a Eric que se le puso un nudo en la garganta. Forzó una sonrisa y se dejó caer en el banco provocando que chirriara y todos la miraron. —Vaya, este está en las últimas, va a haber que hacer otro.

Se escucharon unas risitas seguidas de unos chistidos. El joven obispo sonrió abriendo los brazos. —Hermanos, hoy es un día de celebración. Una de nuestras hijas se unirá a nuestra congregación aceptando la palabra de Dios y nuestras costumbres. Me regocija...

Ahí sí que entró en pánico. —Eh...

Todos la miraron de nuevo y se sonrojó mientras su padre decía —Hija no interrumpas al obispo.

Miró hacia él. —Es que tengo algo que decir, padre. —Se levantó de golpe sobresaltándoles e ignoró que sus hermanos la miraban con los ojos como platos. Si todavía no había dicho nada. Pero lo iba a decir. Tenía algo dentro que debía sacar y cuanto antes porque la estaba reconcomiendo por dentro.

Se acercó al obispo que sonrió. —¿Tienes algo que decir a nuestra comunidad?

Ese estaba de lo más agradable de repente. ¿Le estaba haciendo ojitos? Uy, uy que este antes pensaba que se largaría de allí y ahora que había vuelto le había echado el ojo. Lo que le faltaba. Constance céntrate que van a pensar que te has vuelto idiota. —Sí, obispo. Es una especie de confesión antes de sumergirme de lleno en esta vida de sacrificio, rezo y crianza de hijos uno tras otro.

—¿Una confesión? Lo que hayas hecho en tu viaje es entre Dios y tú.

—No se trata de eso, obispo. —Entre otras cosas porque no diría ni muerta lo que había hecho fuera de allí. —Afecta a alguien y le debo unas disculpas.

—Pues adelante —dijo encantado de no oír sus correrías antes de mirar a su congregación—. ¡Es de buen creyente arrepentirse de nuestros actos si no son dignos!

Todos asintieron como si fuera palabra de Dios y después la miraron a ella que forzó una sonrisa. —Pues el hecho es que sé que esto va a herir a mis padres, pero tengo que decirlo porque es lo justo.

Esto se miraron sin entender. Bueno, ahí iba. —Bridget estaba embarazada cuando se suicidó.

Hubo varios jadeos y muchas mujeres la miraron horrorizadas. —¿Pero qué estás diciendo? —gritó su padre levantándose.

—Joshua no te alteres —dijo el obispo—. Deja que se explique y no te dejes llevar por la ira.

—Lo estaba, padre. De un chico del pueblo con el que salía cuando iba a llevar las mermeladas a la tienda donde las vendemos. Ella me lo contó. —Apretó los labios. —Es una pena que no hubiera tenido la suficiente confianza como para contároslo a vosotros y es una pena que otra persona pagara las consecuencias de sus actos. —Se miró las manos. —Aunque intenté

decírselo para que supiera la verdad.

—Lo que hizo tu hermana es un acto deleznable y se merece lo que le ocurrió —dijo el obispo tensándola—. ¡Quien se deja llevar por la lujuria merece el fuego eterno!

Ella volvió la cabeza hacia él lentamente. —¿Qué has dicho, enano sarnoso?

El obispo se sonrojó. —¿Qué?

—Eso digo yo, ¿qué? —preguntó agresiva haciéndole dar un paso atrás—. ¡Vuelve a hablar de mi hermana y te juro por lo más sagrado que te parto las piernas, capullo prepotente!

—¡Hija! —gritó su padre escandalizado—. ¿Es que has perdido el juicio?

—¿Dejas que hable así de tu hija? ¿De tu sangre? Tú conocías a Bridget. —Se emocionó al recordarla. —Era buena, cariñosa y tenía buen corazón. ¡Cómo puedes dejar que este malnacido la humille en público! ¡Se enamoró! ¡Le amaba y se entregó a él! ¡No hay nada de malo en eso y no voy a dejar que lo ensuciéis!

—¡Se mató porque sabía que había hecho mal! —gritó el obispo.

—¡Se mató porque sabía que todos le darían la espalda! Por personas como tú de mente estrecha —dijo con desprecio antes de mirar a la congregación—. ¡Disteis la espalda a Jericó cuando él no tenía responsabilidad! ¡Le juzgasteis cuando no sabíais lo que había ocurrido! ¡Vosotros sois también responsables! ¡Cómo lo sois todos de la muerte de mi hermana porque nadie la ayudó! ¡Vosotros sois los que tenéis que arrepentiros de vuestros actos!

—Ha perdido el juicio —dijo una de las ancianas asombrada.

—¡Oye bruja, que para hablar hay que tener la boca muy limpia! ¡Sé que bebes a escondidas el vino que compras cuando llevas los bordados al pueblo!

Esta jadeó. —Menuda mentira. —Su marido la fulminó con la mirada. —Te juro que no.

—Pues que no te mire así que este sisa compinchado con el tratante cuando vende el trigo de los demás.

—¿Qué? —gritaron varios antes de fulminarle con la mirada—. ¿Eso es cierto? —preguntó el hermano de Eric.

—Está mintiendo —dijo ofendido rojo como un tomate.

—Todos tenéis pecados que intentáis esconder. ¡Quién esté libre de pecado que tire la primera piedra!

Su madre se levantó. —Hija baja de ahí.

—¿Eso significa que ya no me puedo bautizar?

—¡No! —gritó toda la congregación sobresaltándola.

—¿Por decir la verdad? —Sonrió con ironía. —Pues me he quitado un peso enorme. ¡Y por cierto Internet es la leche! —dijo a grito pelado. Todos se levantaron dándole la espalda—. Ah, ah... —Se volvieron asombrados. —No me he bautizado, no podéis rechazarme hasta que lo haga porque no formo parte de vuestra comunidad todavía. —Se echó a reír. —La cara que habéis puesto. Vale que esto del bautizo me pilla algo mayor, pero seguro que Dios puso ese coma en mi camino para que tomara mi decisión en otro momento. En este momento.

—¿Vas a bautizarte o no? —preguntó el obispo mosqueado.

—¿Para que después me rechacéis? No pienso daros el gusto.

—¡Fuera de aquí!

—No puedes echarme de la casa de Dios —dijo indignada—. ¿Qué clase de obispo eres tú que echan a los que se arrepienten? —Dio un paso hacia él para gritarle a la cara —¡Y no me grites!

—Tú no te arrepientes de nada.

—Claro que sí. ¡Me arrepiento de no haber abierto la boca mucho antes! ¿Es que estás sordo? Porque he sido muy clara.

Este se sonrojó. —Ha perdido el juicio.

—El golpe en la cabeza que se ha agravado —dijo su madre muy nerviosa.

Se escuchó una risa al fondo de la iglesia y a Constance se le cortó el aliento. No, no podía ser.

—No he escuchado a nadie tan cuerdo en mi vida. —Todos se volvieron y se escucharon murmullos. Varios se apartaron como si se abrieran las aguas del mar Rojo y allí estaba provocándole que su magullado corazón diera un bote en su pecho. Vestido con unos viejos vaqueros y una camiseta blanca sonrió a Constance. —¿Qué haces ahí, nena?

Se mantuvo en silencio y él perdió la sonrisa poco a poco. —No me lo vas a poner fácil, ¿no?

Levantó la barbilla cruzándose de brazos y como no decía nada todos miraron hacia él. —¿Te das cuenta? Ahora me miran —dijo divertido. Inclino la cabeza—. Es un gusto verte tan bien, padre.

Este carraspeó levantándose. —Jericó...

—Ya no soy Jericó, dejé de serlo hace muchos años. Pero no vengo por vosotros, vengo por ella.

—¿Qué has hecho? —preguntó su madre asombrada.

—Lo que debí haber hecho hace mucho. Contárselo.

—¿Y la memoria de tu hermana?

—¿Y la justicia, madre? ¿Acaso él no merece que se sepa la verdad? Si hay alguien aquí a quien le ha dolido la muerte de mi hermana ha sido a mí y la conocía mejor que nadie. Si me he callado todos estos años ha sido por ella, por su memoria, pero eso no me impedía ver lo que estaba mal. ¿No te das cuenta de lo que él ha sufrido? ¿De lo que le hemos hecho entre todos? ¡No se lo merecía, lo perdió todo! ¡Todos le disteis la espalda!

—Nena, déjalo. Nos vamos a casa.

—Ah, no.

Él se tensó. —No, al parecer no va a ser fácil. —Todos le miraron y carraspeó antes de susurrar —¿Me perdonas?

—No te he oído —dijo con burla—. Será que me he acostumbrado a no oírte.

—¿Me perdonas? —preguntó más alto.

Se cruzó de brazos. —¿Por qué habría de hacerlo?

—¡Porque me quieres!

—No, ya no. —Él perdió todo el color de la cara y le miró con pena. —No puedo quererte porque tú no sientes nada por mí y darte mi amor sería malgastarlo. ¡Y no pienso malgastar más!

—Sé que te hice daño.

Sus preciosos ojos mostraron su dolor. —Te lo di todo. Mi alma, mi corazón y te entregué mi vida. Renuncié a todo lo que conocía y a todo lo que amaba por ti.

Arrepentido dio un paso hacia ella. —Nena, lo siento.

—No pienso dejar que me hagas daño. Lo siento, pero se acabó. ¡Si algo me ha enseñado la rumspringa es que hay hombres a patadas! —Las mujeres jadearon asombradas. —Oh sí, y bien guapos no como estos que... ¡Mejor me callo que sube el pan!

—Constance eso no ha tenido gracia —dijo él entre dientes.

—Y menos gracia te va a hacer. —Se bajó del altillo para acercarse a sus padres. —No soy amish, no he entrado en vuestra comunidad. Sé porque lo he visto antes con otros que han

decidido irse que seguramente esta será la última vez que nos veamos. —Su madre sollozó y cuando dio un paso hacia ella su padre la agarró del hombro deteniéndola. Fue como una cuchillada y sonrió con tristeza. —Lo siento, siento no haber sido la hija que esperabais. Siento tener aspiraciones, deseos y ganas de entender la vida por mí misma. Siento querer vivir al máximo todo lo que este mundo puede ofrecerme. —Eric separó los labios de la impresión por lo que eso significaba. —Os quiero, os querré siempre. —Miró a su padre a los ojos. —¿Puedo enviaros una carta al año para que sepáis donde estoy por si alguien en algún momento me necesita? Sé que no contestaréis, pero al menos deja que madre la lea. —Los labios de su padre temblaron antes de asentir. Los ojos de Constance se llenaron de lágrimas de la emoción. —Gracias, siempre has sido un hombre de palabra, padre, y sé que la cumplirás.

—Te contestará. —Su madre sollozó. —Pero solo una vez al año.

Antes de que pudiera impedirlo nadie su madre la abrazó. —Te quiero, hija. Deseo que seas feliz.

—Lo seré. Te quiero. —Miró a su padre sobre su hombro. —Te quiero, padre. —Sus hermanos las abrazaron y sorprendiéndola su padre se unió al abrazo rodeándoles a todos como si quisiera protegerles. —Os quiero y os echaré de menos.

—Y nosotros a ti, hija. —Su padre se apartó. —Te deseo mucha suerte en la vida.

Se fueron apartando y su madre fue la última que la soltó. Fue como dejar allí parte de su corazón. Forzando una sonrisa se alejó sin dejar de mirarlos. Sus hermanas lloraban mientras los chicos intentaban hacerse los fuertes. —Os quiero. —Se volvió y caminó por el pasillo mientras toda la comunidad se iba volviendo a su paso. Eric la esperaba en la puerta, pero ella pasó de largo yendo hacia el coche. Sorbió por la nariz subiéndose en él y Eric preocupado se sentó tras el volante. Cuando no arrancó el motor dijo —Podemos irnos.

—¿No quieres ir a recoger nada a casa de tus padres? Sabes que te dejarán unos minutos para que lo hagas.

—Casi todo está en casa de Teresa.

Él sonrió. —¿Entonces volvemos a casa?

Le fulminó con la mirada. —No, solo voy a recoger mis cosas.

—Joder nena, para haber nacido amish eres de lo más rebelde.

—¡Cierra el pico y conduce!

Después de unos kilómetros en los que se dijo que tampoco había ido tan mal porque al menos tendría noticias una vez al año se dio cuenta de que Eric no había hablado con los suyos. Le miró de reojo. —¿Cómo te sientes?

—¿Qué? —La miró sin entender.

—Por haberles visto.

—Querían verme tanto como yo a ellos —dijo seco—. Conozco bien a mi padre y si se levantó para hablarme era porque todos nos observaban, no porque quisiera hacerlo. Nunca le gustó que destacaran sus errores y este ha sido uno mayúsculo. —Apretó el volante. —En realidad me ha dolido más que mis hermanos mayores, con los que me he criado, no se acercaran. Pero si no lo han hecho es que no merecen la pena. Dejé de torturarme con esta mierda hace mucho tiempo. —Le sonrió. —Pero tú... ¿Sabes lo que has conseguido? Una carta al año, nena.

—Seguramente ahora les estarán poniendo verdes diciéndoles habéis creado un precedente. El pecado va a entrar en nuestra comunidad a través de esas cartas. El aislamiento es necesario para salvar nuestra comunidad.

—¿Crees que tu padre cumplirá su promesa aun teniendo que enfrentarse a todos?

Pensó en ello. —Sí, sí que lo hará. —Sonrió. —Me ha abrazado, nunca lo había hecho. Casi nunca muestra afecto.

—Eso no significa que os quiera menos.

—Lo sé, pero... Ese abrazo ha hecho que me fuera más tranquila.

Él carraspeó. —Nena, ya que estamos con el tema... Yo me crie como ellos, y a veces...

Le miró como si quisiera desmembrarle. —¡Esta conversación se acaba aquí!

—Vale.

Un minuto, dos, diez, media hora en silencio. Eric se estaba poniendo de los nervios y apretando el volante se removió incómodo en su asiento.

—¿Te duele el pecho?

—Pues ya que lo dices... —La miró de reojo. —¿No sería mejor que paráramos?

—Puedo llevarlo yo. —La miró espantado. —Me enseñó Sybil mientras estabas en el hospital. Por si tenía que ir sola.

—¿Por si tenías que ir sola? ¿Estáis locas? ¡No tienes el carnet!

—¿Y? Eso no significa que no pueda conducir.

—No hace falta que lo lleves tú, gracias —dijo entre dientes.

—De nada —contestó remilgada antes de decir por lo bajo—. Y para que lo sepas conduzco mejor que tú.

—¡Nena, no vas a llevarlo porque si nos paran acabarás en comisaría!

—Eliza me adora. Me echaría un cable.

—¿Desde la otra punta del país?

—Claro, para eso están las amigas. ¿Seguro que puedes conducir veinte horas?

—Seguidas no. Pararemos a... —Al ver cómo le miraba carraspeó. —Habitaciones separadas.

—Pagas tú, no tengo dinero en efectivo. —Se levantó la falda mostrando la liga que tenía atada al muslo y como si quisiera asegurarse abrió el sobrecito de piel y sacó la tarjeta de crédito que sus amigos le habían ayudado a conseguir cuando Eric estaba en el hospital. Tranquila porque aún estaba allí, la guardó de nuevo bajándose las faldas y miró por la ventanilla antes de decir por lo bajo —Además, yo ya he pagado bastante.

—¿Qué has dicho?

Le miró con chulería. —Que me debes cuatrocientos veintisiete mil trescientos cuarenta y tres dólares con veintiséis centavos.

La miró asombrado. —¿Tanto?

—Eso para que no te hagas seguro, capullo.

—¡Nena, ya está bien!

—Claro que está bien. ¿Cómo piensas pagarme? —preguntó maliciosa.

Entrecerró los ojos. —¿Puedes esperar?

—¿Cuánto?

—¿Treinta años?

—¡Ja! Más quisieras. Pide un crédito o lo que sea que se pida a los bancos. Si no estás de acuerdo en la manera en que pagué la cuenta del hospital, estarás deseando devolvérmelo para echarme mi sucio dinero a la cara. ¡Pues paga!

—No puedo pedir un crédito, el rancho ya está hipotecado.

—Qué pena. Igual debería seguir el consejo de una buena amiga y solicitar un embargo en el juzgado, ¿tú que crees?

—¡Qué menudas amigas tienes tú!

—¡Imbécil!

—¡Se te está soltando la lengua y la vamos a tener!

—¿Vas a dejar de hablarme? —preguntó con burla.

Gruñó apretando el volante —Te he pedido perdón. —Se mantuvo en silencio. —¿Tengo que arrastrarme?

—No hace falta porque me importas un pito y no necesito humillarte para no llegar a nada. —Se cruzó de brazos. —Este viaje va a ser un suplicio.

—Si quieres te dejo en la cuneta.

—¿No lo habías hecho ya?

—Nena...

—¿Por qué no te callas? Para ahí, tengo que ir al baño. —Se quitó el gorrito y lo acarició doblándolo con cariño antes de ponerlo sobre el salpicadero.

En cuanto frenó ante la cafetería que también tenía gasolinera, él aprovechó para llenar el depósito mientras Constance entraba. Estaba pagando al dependiente cuando miró hacia la cafetería. —¿Se come bien ahí?

—Hay sitios peores.

—Menuda recomendación.

—No hay otra en treinta kilómetros, así que usted verá.

Suspiró yendo hacia la camioneta y la aparcó ante la cafetería. Frunció el ceño porque Constance todavía no había salido. Entró en el local y miró a su alrededor para ver el cartel de los baños. Fue hasta el de caballeros y lo usó. Cuando salió se acercó a la barra. La camarera se acercó con la jarra del café, pero él negó con la cabeza. —Dos zumos de naranja y dos sándwich para llevar.

—Marchando.

Miró a su alrededor y vio salir a una mujer del baño. Frunció el ceño. ¿Qué estaría haciendo? La camarera se echó a reír. —Si parecía una amish de esas, ¿verdad? —Se tensó al escucharla. —Pero en cuanto vio a Bill allí que fue. Menuda descarada, esa de amish tenía poco. Al pobre se le caía la baba cuando le dijo que la llevara.

—Yo nunca cojo a nadie. Eso solo trae líos.

—Eso mismo dice mi Roger. Una vez subió a uno y casi se caga de miedo.

—¡Eh, oiga! —La camarera se volvió. —¿Dice que una amish ha pedido que la llevaran?

—Sí, se ha ido con Bill.

Se le pusieron los pelos de punta. —¿Qué ruta tiene ese tipo?

—Creo que iba hacia Nueva York, amigo —dijo el de la barra.

Juró por lo bajo antes de correr hacia la puerta. —¡Eh, los sándwiches!

Cuando apagó el motor ante su casa cerró los ojos apoyando la cabeza sobre el volante. Escuchó como alguien se ponía a su lado. —Chico me estás defraudando.

—¿Ves papá como no era para tanto? De chicas no sabe nada —dijo Ryan

—Es que los que tienen tanto músculo tienen poco cerebro. —Jeff estaba al borde de la risa. —¿Te ha dado calabazas?

Gruñó. —Se me escabulló entre los dedos, joder. He estado toda la semana buscándola y nada.

—¿Buscándola? Chico pues haber llamado. Llegó hace seis días.

Levantó la cabeza como un resorte. —¿Qué?

—Sí, está en casa de Teresa. O estaba porque pensaba irse y eso que doc le ha rogado que se quedara porque su enfermera le ha vuelto a dejar tirado. Algo de que quiere conocer más mundo y no se queda aquí ni muerta. Pero... —La camioneta salió disparada y los tres rieron por sus prisas en alcanzarla.

—Pringado —dijo Ryan antes de recibir una colleja—. ¡Padre!

—A trabajar, quiero esa cerca arreglada antes de que oscurezca.

Jeff empujó a su hermano. —Tira.

—¿Hoy podremos salir a tomar una cerveza?

—¿Y que la lées y mañana no vengas a trabajar? ¿No ves que el jefe está ocupado y nos faltan manos? Sigue soñando.

—Últimamente eres un peñazo.

—Tengo que ahorrar que tengo planes y no puedo perder el curro.

—¿Planes? ¿Qué planes vas a tener tú?

Jeff levantó el puño y Ryan se echó a reír corriendo para huir de él.

Phill sonrió viendo como se alejaban impresionado por lo que habían cambiado en tan poco tiempo. Y todo gracias a la influencia de Constance durante las semanas que estuvo con ellos, porque en aquellos días de idas y venidas del hospital habían hablado muchísimo y el cambio en sus chicos era increíble. —Sí, nuestra niña tiene que volver.

Eric frenó en seco ante la casa de Teresa y salió del coche dejando la puerta abierta. Eliza en mitad de la calle le gritó —¡Menuda multa que te va a caer! ¡Ibas a cien por hora por lo menos en un tramo de cincuenta!

Sin hacerle caso abrió la valla y corrió hacia la puerta. —¿Nena? Constance, ¿estás ahí? —preguntó aporreándola.

—Está en la consulta. Teresa lleva dos días algo pachucha.

Salió corriendo calle abajo y cuando llegó a la puerta estaba sin aliento. La abrió de golpe sobresaltando a todos los que allí había y cuando vio a Constance tras el mostrador entrecerró los ojos. —Oh, si está aquí el señor Troyer. —Sonrió falsamente. —¿En qué podemos ayudarle? ¿Le duele el pecho?

—Nena... —dijo entre dientes—. ¿Sabes el miedo que he pasado pensando que ese Bill te había descuartizado y tirado a la carretera? —gritó furioso.

Constance miró a las vecinas. —Bill es un camionero muy agradable que hizo el favor de llevarme hasta Cleveland para que fuera al aeropuerto. —Todas asintieron antes de mirarle a él. —No era un psicópata ni nada por el estilo. Tiene seis hijos.

—¡Me importa una mierda!

Jadeó al igual que las demás, pero él no les hizo ni caso. —Vamos a hablar, sal de ahí.

—Estoy trabajando.

—Nena, tengamos la fiesta en paz. ¡Sal de ahí!

Hizo que no le oía y cogió el teléfono. —Consulta del doctor Morton. Oh, señora Clayton, ¿cómo se encuentra? —Hizo una mueca mirando la agenda. —Mal, ¿eh? Claro que le hago un hueco. Si viene en una hora... —El teléfono desapareció de su mano y acabó estampado contra la pared.

Atónita levantó la vista para ver que sus ojos decían que no la dejaría en paz y sin poder evitarlo su corazón se calentó. —¿A que fastidia que no te hagan caso?

—No lo haré más, te lo juro por mi vida —dijo desesperado.

—Muy bien, me lo pensaré.

—¿Cómo que te lo pensarás? —gritó incrédulo—. ¡Me he recorrido medio país por ti! ¡Hasta he llegado a Nueva York!

—¿De veras? ¿Y cómo es? —preguntó ilusionada.

Él entrecerró los ojos. —¿Qué te parece si vamos de luna de miel?

—Casi cuela.

Dejó caer los hombros como si estuviera derrotado. —Te amo, nena. Siento haber metido tanto la pata y haberte hecho creer que no me importabas nada, pero te juro que eres lo que más quiero de este maldito mundo y te seguiré hasta donde haga falta. —Impresionada vio que daba un paso hacia ella—. Ya me da igual todo. En Nueva York un tipo me reconoció, ¿sabes? Y me dio igual. Hasta nos sacamos una foto. Que por cierto nena, eso de sacar mi foto en el periódico para pedir ayuda y que compartieran los videos no sé si... —Al ver su mirada de advertencia forzó una sonrisa. —¡Fue una idea estupenda! ¿Quieres que salga en un video tuyo dando las gracias? ¿Cuándo lo grabamos? Me vestiré de amish y todo.

Sí que debía quererla sí. Constance sin poder evitarlo sonrió. —¿De veras lo harías?

—Ahora mismo si quieres.

Se acercó a él por encima del mostrador. —¿Y qué más harías?

Se la comió con los ojos. —Lo que quieras, nena. Por ti lo que sea.

Dios, cuanto le quería. Era evidente que no podía estar enfadada con él mucho tiempo. —Doc me necesita a jornada completa. De momento he dicho que sí.

—Hecho.

—Y quiero un coche.

—Me parece muy bien, aquí es muy necesario.

—Y mi propio caballo.

—Elige el que quieras.

—Vestiré como quiera.

—Es tu derecho.

—Y tendré amigas inglesas. Hemos pensado en salir una vez a la semana.

—Es muy bueno tener una vida fuera del matrimonio.

—Nuestro primer hijo se llamará Joshua.

—Por encima de mi cadáver.

—Y... —Al darse cuenta de lo que él había dicho se echó a reír y Eric la cogió por la cintura sentándola sobre el mostrador. Constance sin dejar de mirar sus ojos volvió las piernas mostrando sus pantalones cortos por debajo de la bata. Él gruñó colocándose entre sus piernas y la agarró por las caderas deslizándola hasta su cuerpo. Acarició su nuca y susurró —¿No vas a decir nada?

—Tienes unas piernas preciosas. —Besó suavemente sus labios. —Te amo, nena.

—No vuelvas a hacerlo.

—Te juro por mi vida que no volveré a hacerte daño. —La miró a los ojos. —¿Me perdonas?

—Te amo y sí te perdono.

—¿Te casarás conmigo?

—Sí. —Sonrió radiante. —Sí, me casaré contigo.

Él metió la mano en el bolsillo del vaquero y sacó su anillo. Se emocionó porque lo llevara encima y dejó que se lo pusiera en la mano con una delicadeza que la enterneció, pero el anillo no entraba como antes. —Nena, ¿tienes los dedos hinchados?

—¿Eso crees?

—Te queda más apretado. Qué raro. —Confundido preguntó —¿Te lo he puesto en la mano equivocada?

—No cielo, es que he engordado un poco.

—¿De veras? Pues no se te nota.

—Pues se notará. —A Eric se le cortó el aliento antes de levantar la vista hasta sus ojos y ella sonrió. —Se va a notar mucho.

—Pero te fuiste a Ohio.

—Nunca fue mi intención quedarme. Quería despedirme, eso es todo. Sabía que allí ya no tenía futuro. Porque mi futuro estaba en este pueblo en cuanto naciera el niño. Porque todo niño necesita a su padre. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Te lo iba a decir aquel día, pero...

La abrazó con fuerza. —Joder nena y no quise escucharte. Lo siento, lo siento...

—Te amo, júrame que seremos felices y todo merecerá la pena.

—Te lo juro por mi vida, nena. No te fallaré. Esta vez no te fallaré.

Le miró sintiéndose tan feliz que creía que su corazón iba a estallar de la alegría mientras sus ojos no dejaban de llorar de la emoción. Y se preguntó qué diría su hermana de como había acabado todo. Seguramente estaría muy feliz por ella. Recordando su rostro la vio en la habitación que compartían, estaba sentada en su cama y le decía risueña —¿Qué significa eso de cómo ha acabado todo? Si tu vida acaba de empezar.

Epílogo

Con el niño en brazos entró en la consulta y el doctor puso los ojos en blanco. —No me mire así que soy madre trabajadora y no tengo niñera.

—Llegas tarde, madre trabajadora.

—Y no me puedo quedar.

—¿Otra vez?

—Hoy se queda Sybil, ya he hablado con ella.

—Eso de que os repartáis el trabajo no lo veo. —En ese momento llegó la aludida empujando su carrito. —¡Llegas tarde y con la niña!

—Es que me avisó ahora y me he quedado sin niñera. Teresa se ha fugado con Phill. —El doctor dejó caer la mandíbula del asombro y ambas asintieron.

—Será una broma. A ver si le da un infarto de la emoción.

Ambas soltaron una risita. —Qué romántico, una fuga —dijo Sybil soñadora—. A ver si mi Jeff un día de estos me sorprende con algo así.

—O con una orden de detención, que también puede ser —dijo él con mala leche.

—¡Oiga, que mi hombre ha cambiado mucho! ¡Ya no se mete en líos!

—Y la pelea del otro día en el bar, ¿eh?

Sybil se sonrojó. —Culpa mía. Uno me miró de más, yo le animé para darle celos y se cabreó. —Soltó una risita. —Menudo ataque de cuernos que tenía. Y me ha pedido que me vaya a vivir con él. —La miraron asombrados y ella levantó la barbilla. —Y yo le he dicho que ni de broma. Que si me quiere que me ponga el anillo que tengo una hija y a mí no me marea.

—Muy bien dicho. —Constance interesada se acercó. —¿Y qué contestó él?

—Que primero comprará la casa del señor Johnson y que explotará sus tierras. Le gusta más la agricultura que la ganadería, ¿sabéis? Ya casi tiene el dinero que le pide el banco para que le den la hipoteca.

Sonrió. —Me parece muy bien.

—Yo le ofrecí poner la parte que le falta y cómo se puso... No quiso ni oír hablar del asunto. Hombres.

—Tiene mucho orgullo.

—Eso mismo le dije yo.

El sonido del claxon la sobresaltó. —Oh...

—¿A dónde vas? —preguntó Sybil estirando el cuello—. ¿Ese es Eric?

—Vamos a Victoria. —Le puso al niño en brazos y Sybil la miró horrorizada. —Por favor por favor, Beth viene enseguida.

—¡Si tiene que quedarse con la mía!

Miró a su niña que estaba casi dormidita y luego al otro que estaba destrozando su zapatilla a mordiscos. —Bah, puede con los dos. —Fue hasta la puerta acariciándose su vientre de ocho meses. —¡Os veo esta tarde!

Corrió hacia el coche y su marido la miró exasperado mientras se sentaba. —Que no corra ya lo sé, pero si no quieres que me dé prisa no toques el claxon, cielo.

—La niña va a salir botando en cualquier momento. ¡No paras!

Acarició su muslo. —No te quejabas tanto esta mañana cuando te desperté.

—Nena, que llegamos tarde a la tocóloga.

—Yo sí que te lo tocaba todo.

El sonido de una sirena les hizo mirar hacia atrás. —Oh, es Eliza. —Se bajó del coche antes de que él pudiera darse cuenta

—¡Nada, que no llegamos! —Vio por el espejo retrovisor que le entregaba un sobre y Eric frunció el ceño cuando su mujer se llevó la mano al pecho. Se bajó del coche a toda prisa y se acercó. Constance miraba el sobre emocionada. —Nena, ¿qué pasa?

—Es suya. De mi madre. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —Me ha contestado.

—El cartero me llamó a mí porque ya no estabais en casa y todos sabemos lo que la esperaba.

—Ven, nena... Volvamos a casa y la lees tranquilamente. Llamaré a la doctora y pediremos cita otro día.

Sorbió por la nariz asintiendo. —Sí, quiero leerla con calma.

—Tranquilos, yo me quedo con el niño —dijo Sybil.

—Gracias. —Fue hasta el coche y su marido abrió su puerta para sentarla con delicadeza. —Me ha escrito.

Eric sonrió y le dio un beso en los labios. —Tu padre lo prometió.

—Y ha cumplido —susurró acariciando la carta—. Aunque ha tardado dos meses.

Él se sentó a su lado. —Bueno nena, es que tu carta era un poco extensa. Hubo que meterla en una caja porque tenía trescientas sesenta y cinco hojas.

Soltó una risita. —La cara que debieron poner.

Eric sonrió. —Pero así se enteraron de todo lo que había ocurrido este último año.

—Es que todo era muy importante. —Al ver la carta hizo una mueca porque no es que fuera muy gruesa, pero algo era algo.

Él conduciendo la miró de reojo. —¿No la abres?

—Todavía no. En casa. —Miró su perfil. —Gracias.

—¿Por qué, nena? —preguntó sorprendido.

—Por dejarme ser como soy.

Él sonrió cogiendo su mano. —No hay nada de malo en ti. —Elevó su mano para besarla. —Ni una sola cosa.

Rio. —Mentiroso. Hago mil cosas que no te gustan, pero te muerdes la lengua.

—Eso no es cierto —dijo ofendido—. Me gusta todo de ti.

—Odiaste que hiciera los videos.

—Hasta que los vi.

Se le cortó el aliento. —¿Qué?

La miró de reojo. —Hasta que los vi.

—¿Has visto los videos?

Hizo una mueca. —Más bien me obligaron a verlos, nena. Al menos el primero, luego ya no pude parar.

No se lo podía creer, nunca le había dicho nada. —¿Por qué no me lo dijiste?

Carraspeó. —Bueno, es que tampoco quería sacar mucho el tema después de cómo me puse. —Apretó los labios. —No quería recordar como fui contigo.

—Cielo... Eso es agua pasada.
Él sonrió. —Te amo.
—Y yo a ti, mi vida. ¿Qué video te gustó más?
—El primero, nena. Donde decías todo lo que me querías y que estabas dispuesta a cambiar de vida por mí, por estar a mi lado.
—Donde explicaba por qué ahora soy inglesa.
Él asintió. —Lo he visto al menos cien veces. Alguna noche me lo he puesto cuando ya estabas dormida. Es cuando doy gracias a Dios por la suerte que tengo.
—Yo sí que he tenido suerte. —Él detuvo el coche frente a la casa y se miraron a los ojos.
—Estás asustada por lo que diga esa carta, ¿verdad? —susurró.
—Un poco.
Besó sus labios suavemente. —Estoy a tu lado y te apoyaré en todo.
Constance acarició su mejilla. —Porque me amas.
—Porque te amo ahora y te amaré siempre, mi vida. No dudes que este amor es para siempre.
—No dudo, desde aquella tarde en la consulta ya no he vuelto a dudar y sé que hice lo correcto. Lo que diga esta carta no cambiará nada porque esta es mi vida ahora.
Él cerró los ojos como si fueran las palabras más hermosas del mundo y Constance besó sus labios. —Te amo, te amo. Y no cambiaría lo que tenemos por nada.
La miró demostrándole todo lo que le importaba. —Y lo que queda por venir.
—Sorpresas maravillosas que viviremos juntos...

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que lleva varios años publicando en Amazon. Todos sus libros han sido Best Sellers en su categoría y tiene entre sus éxitos:

- 1- Vilox (Fantasía)
- 2- Brujas Valerie (Fantasía)
- 3- Brujas Tessa (Fantasía)
- 4- Elizabeth Bilford (Serie época)
- 5- Planes de Boda (Serie oficina)
- 6- Que gane el mejor (Serie Australia)
- 7- La consentida de la reina (Serie época)
- 8- Inseguro amor (Serie oficina)
- 9- Hasta mi último aliento
- 10- Demándame si puedes
- 11- Condenada por tu amor (Serie época)
- 12- El amor no se compra
- 13- Peligroso amor
- 14- Una bala al corazón
- 15- Haz que te ame (Fantasía escocesa) Viaje en el tiempo.
- 16- Te casarás conmigo
- 17- Huir del amor (Serie oficina)
- 18- Insufrible amor
- 19- A tu lado puedo ser feliz
- 20- No puede ser para mí. (Serie oficina)
- 21- No me amas como quiero (Serie época)
- 22- Amor por destino (Serie Texas)
- 23- Para siempre, mi amor.
- 24- No me hagas daño, amor (Serie oficina)
- 25- Mi mariposa (Fantasía)
- 26- Esa no soy yo
- 27- Confía en el amor
- 28- Te odiaré toda la vida
- 29- Juramento de amor (Serie época)
- 30- Otra vida contigo
- 31- Dejaré de esconderme
- 32- La culpa es tuya
- 33- Mi torturador (Serie oficina)
- 34- Me faltabas tú
- 35- Negociemos (Serie oficina)
- 36- El heredero (Serie época)
- 37- Un amor que sorprende

- 38- La caza (Fantasía)
- 39- A tres pasos de ti (Serie Vecinos)
- 40- No busco marido
- 41- Diseña mi amor
- 42- Tú eres mi estrella
- 43- No te dejaría escapar
- 44- No puedo alejarme de ti (Serie época)
- 45- ¿Nunca? Jamás
- 46- Busca la felicidad
- 47- Cuéntame más (Serie Australia)
- 48- La joya del Yukón
- 49- Confía en mí (Serie época)
- 50- Mi matrioska
- 51- Nadie nos separará jamás
- 52- Mi princesa vikinga (Serie Vikingos)
- 53- Mi acosadora
- 54- La portavoz
- 55- Mi refugio
- 56- Todo por la familia
- 57- Te avergüenzas de mí
- 58- Te necesito en mi vida (Serie época)
- 59- ¿Qué haría sin ti?
- 60- Sólo mía
- 61- Madre de mentira
- 62- Entrega certificada
- 63- Tú me haces feliz (Serie época)
- 64- Lo nuestro es único
- 65- La ayudante perfecta (Serie oficina)
- 66- Dueña de tu sangre (Fantasía)
- 67- Por una mentira
- 68- Vuelve
- 69- La Reina de mi corazón
- 70- No soy de nadie (Serie escocesa)
- 71- Estaré ahí
- 72- Dime que me perdonas
- 73- Me das la felicidad
- 74- Firma aquí
- 75- Vilox II (Fantasía)
- 76- Una moneda por tu corazón (Serie época)
- 77- Una noticia estupenda.
- 78- Lucharé por los dos.

- 79- Lady Johanna. (Serie Época)
- 80- Podrías hacerlo mejor.
- 81- Un lugar al que escapar (Serie Australia)
- 82- Todo por ti.
- 83- Soy lo que necesita. (Serie oficina)
- 84- Sin mentiras
- 85- No más secretos (Serie fantasía)
- 86- El hombre perfecto
- 87- Mi sombra (Serie medieval)
- 88- Vuelves loco mi corazón
- 89- Me lo has dado todo
- 90- Por encima de todo
- 91- Lady Corianne (Serie época)
- 92- Déjame compartir tu vida (Series vecinos)
- 93- Róbame el corazón
- 94- Lo sé, mi amor
- 95- Barreras del pasado
- 96- Cada día más
- 97- Miedo a perderte
- 98- No te merezco (Serie época)
- 99- Protégeme (Serie oficina)
- 100- No puedo fiarme de ti.
- 101- Las pruebas del amor
- 102- Vilox III (Fantasía)
- 103- Vilox (Recopilatorio) (Fantasía)
- 104- Retráctate (Serie Texas)
- 105- Por orgullo
- 106- Lady Emily (Serie época)
- 107- A sus órdenes
- 108- Un buen negocio (Serie oficina)
- 109- Mi alfa (Serie Fantasía)
- 110- Lecciones del amor (Serie Texas)
- 111- Yo lo quiero todo
- 112- La elegida (Fantasía medieval)
- 113- Dudo si te quiero (Serie oficina)
- 114- Con solo una mirada (Serie época)
- 115- La aventura de mi vida
- 116- Tú eres mi sueño
- 117- Has cambiado mi vida (Serie Australia)
- 118- Hija de la luna (Serie Brujas Medieval)
- 119- Sólo con estar a mi lado

- 120- Tienes que entenderlo
- 121- No puedo pedir más (Serie oficina)
- 122- Desterrada (Serie vikingos)
- 123- Tu corazón te lo dirá
- 124- Brujas III (Mara) (Fantasía)
- 125- Tenías que ser tú (Serie Montana)
- 126- Dragón Dorado (Serie época)
- 127- No cambies por mí, amor
- 128- Ódiame mañana
- 129- Demuéstrame que me quieres (Serie oficina)
- 130- Demuéstrame que me quieres 2 (Serie oficina)
- 131- No quiero amarte (Serie época)
- 132- El juego del amor.
- 133- Yo también tengo mi orgullo (Serie Texas)
- 134- Una segunda oportunidad a tu lado (Serie Montana)
- 135- Deja de huir, mi amor (Serie época)
- 136- Por nuestro bien.
- 137- Eres parte de mí (Serie oficina)
- 138- Fue una suerte encontrarte (Serie escocesa)
- 139- Renunciaré a ti.
- 140- Nunca creí ser tan feliz (Serie Texas)
- 141- Eres lo mejor que me ha regalado la vida.
- 142- Era el destino, jefe (Serie oficina)
- 143- Lady Elyse (Serie época)
- 144- Nada me importa más que tú.
- 145- Jamás me olvidarás (Serie oficina)
- 146- Me entregarás tu corazón (Serie Texas)
- 147- Lo que tú desees de mí (Serie Vikingos)
- 148- ¿Cómo te atreves a volver?
- 149- Prometido indeseado. Hermanas Laurens 1 (Serie época)
- 150- Prometido deseado. Hermanas Laurens 2 (Serie época)
- 151- Me has enseñado lo que es el amor (Serie Montana)
- 152- Tú no eres para mí
- 153- Lo supe en cuanto le vi
- 154- Sígueme, amor (Serie escocesa)
- 155- Hasta que entres en razón (Serie Texas)
- 156- Hasta que entres en razón 2 (Serie Texas)
- 157- Me has dado la vida
- 158- Por una casualidad del destino (Serie Las Vegas)
- 159- Amor por destino 2 (Serie Texas)
- 160- Más de lo que me esperaba (Serie oficina)

- 161- Lo que fuera por ti (Serie Vecinos)
- 162- Dulces sueños, milady (Serie Época)
- 163- La vida que siempre he soñado
- 164- Aprenderás, mi amor
- 165- No vuelvas a herirme (Serie Vikingos)
- 166- Mi mayor descubrimiento (Serie Texas)
- 167- Brujas IV (Cristine) (Fantasía)
- 168- Sólo he sido feliz a tu lado
- 169- Mi protector
- 170- No cambies nunca, preciosa (Serie Texas)
- 171- Algún día me amarás (Serie época)
- 172- Sé que será para siempre
- 173- Hambrienta de amor
- 174- No me apartes de ti (Serie oficina)
- 175- Mi alma te esperaba (Serie Vikingos)
- 176- Nada está bien si no estamos juntos
- 177- Siempre tuyo (Serie Australia)
- 178- El acuerdo (Serie oficina)
- 179- El acuerdo 2 (Serie oficina)
- 180- No quiero olvidarte
- 181- Es una pena que me odies
- 182- Si estás a mi lado (Serie época)
- 183- Novia Bansley I (Serie Texas)
- 184- Novia Bansley II (Serie Texas)
- 185- Novia Bansley III (Serie Texas)
- 186- Por un abrazo tuyo (Fantasía)
- 187- La fortuna de tu amor (Serie Oficina)
- 188- Me enfadas como ninguna (Serie Vikingos)
- 189- Lo que fuera por ti 2
- 190- ¿Te he fallado alguna vez?
- 191- Él llena mi corazón
- 192- Contigo llegó la felicidad (Serie época)
- 193- No puedes ser real (Serie Texas)
- 194- Cómplices (Serie oficina)
- 195- Cómplices 2
- 196- Sólo pido una oportunidad
- 197- Vivo para ti (Serie Vikingos)
- 198- Esto no se acaba aquí (Serie Australia)
- 199- Un baile especial
- 200- Un baile especial 2
- 201- Tu vida acaba de empezar (Serie Texas)

Novelas Eli Jane Foster

1. Gold and Diamonds 1
2. Gold and Diamonds 2
3. Gold and Diamonds 3
4. Gold and Diamonds 4
5. No cambiaría nunca
6. Lo que me haces sentir

Orden de serie época de los amigos de los Stradford, aunque se pueden leer de manera independiente

1. Elizabeth Bilford
2. Lady Johanna
3. Con solo una mirada
4. Dragón Dorado
5. No te merezco
6. Deja de huir, mi amor
7. La consentida de la Reina
8. Lady Emily
9. Condenada por tu amor
10. Juramento de amor
11. Una moneda por tu corazón
12. Lady Corianne
13. No quiero amarte
14. Lady Elyse

También puedes seguirla en las redes sociales y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.